

W
Y
S
W



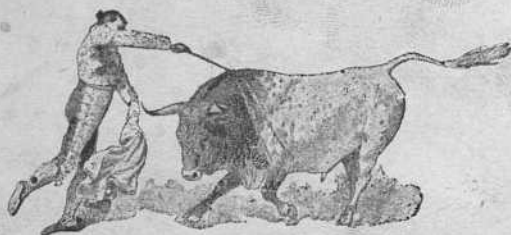
ESTOCADAS
Y
PINCHAZOS

(Continuación de «Lances de Capa»)

ARTICULOS Y VERSOS TAURINOS

DE

LUIS CARMENA Y MILLÁN



MADRID

AÑO MIL NOVECIENTOS

ESTOCADAS Y PINCHAZOS

27

ESTOCADAS
Y
PINCHAZOS

(Continuación de «Lances de Capa»)

ARTICULOS Y VERSOS TAURINOS

DE

LUIS CARMENA Y MILLÁN



MADRID

AÑO MIL NOVECIENTOS



NOTA

Este libro es propiedad del que lo compre;
y cualquier ciudadano español ó extranjero,
puede, si gusta, reimprimirlo en todo ó en
parte.





ADVERTENCIA

Los artículos y versos que forman este volumen, completan la serie que me propuse publicar en colección, impulsado por los móviles expuestos á la cabeza del libro *Lances de Capa*, que puede considerarse como primera parte del presente.

A pesar de haber condenado al perpetuo olvido que merecen muchos trabajos de este género que corrieron impresos en periódicos y revistas, creo que todavía he pecado por exceso, sacando de nuevo á relucir cosas de exiguuo interés y de poca enjundia. Sirva-

me de disculpa á los ojos del lector benévolo, el que con la publicación de este libreojo apago mi linterna como Figaro en *El Barbero de Sevilla* y me corto la coleta de escritor taurino.

Hasta hace poco tiempo pudo ser grato, abandonando á ratos tareas más arduas, ocuparse en celebrar los esplendores de nuestra incomparable fiesta nacional y elogiar las bizarrías y habilidades de las grandes figuras de la tauromaquia que imprimieron al espectáculo, vigor, grandeza y colorido artístico y brillante; pero habiendo desaparecido aquéllas del palenque y no quedando en él más que medianías y nulidades, sólo por obligación comprendo que haya quien dedique su pluma á narrar lo que hoy sucede en los circos taurinos.

La plaza de toros de Madrid huele á cadáver que apesta, dijo el malogrado Peña y Goñi al retirarse *Frascuelo*; y

eso, que todavía se lidiaban entonces toros en vez de *cabras montesas*, y aún alumbraban los últimos fulgores del gran astro taurino que se llamó Rafael Molina (*Lagartijo*), y vivía el *Espartero*, y estaba en todo su apogeo el coloso Rafael Guerra (*Guerrita*), que luego inspiró al inolvidable escritor uno de sus más preciosos libros (1). Si hoy viviera Peña y Goñi, habría expedido la partida de defunción á un espectáculo que ha perdido ya por completo sus condiciones de virilidad, de arte, de emoción y de belleza, degenerando en una repugnante mojiganga, tolerada y aplaudida por un público ignorante, sin conciencia de su dignidad ni de su derecho y que se deja arrollar é imponer con incomprensible resignación, por empresarios, ganaderos y

(1) GUERRITA; por Antonio Peña y Goñi. Madrid, 1894.—Un tomo en 8.º con 423 páginas y el retrato del diestro.

toreadores, confabulados para explotarle y reirse de él.

No necesitan los amigos Navarrete y Ferreras constituir ligas ni formar sociedades contra el espectáculo taurino, porque éste como la nariz del inglés se caerá solo; que no es posible que á la larga, puedan prevalecer tales pantomimas. Y bien será decir, ya que la ocasión se presenta, que las corridas de toros no nos dieron patente de salvajismo ante los extraños, ni nos trajeron, como quieren suponer dichos señores, al estado de postración en que nos hallamos, ni han tenido absolutamente parte alguna en nuestra espantosa caída.

Los toros no tienen la culpa de que los gobiernos que padecemos hace muchos años en España, hayan llevado á la Nación al descrédito y á la ruína, en vez de conducirla á la prosperidad y al florecimiento; los toros no tienen

la culpa de que las oligarquias que con el nombre de partidos políticos devastan el país, hayan considerado á éste como un feudo y se hayan dedicado sólo á saciar sus apetitos; los toros no tienen la culpa del desbarajuste de nuestra administración; de la escasa confianza que inspira nuestra justicia; de que aquí todo se rinda y se conceda á la influencia y al favor; de que el caciquismo impere en ciudades y pueblos constituyendo en señores de horca y cuchillo á los caciques de cada localidad; los toros no tienen la culpa de que Ayuntamientos y Diputaciones sean constantemente piedra de escándalo en todas partes; de que se haya ido deshaciendo lentamente un ejército que era la gloria y el orgullo de España; de que no exista marina de guerra después de destinarse muchos millones para que la hubiera; los toros no tienen la culpa de la situación ri-

dícula en que aparecemos ante las naciones extranjeras, donde fuera de los naturales actos de cortesía, no se nos tiene en cuenta para nada, ni pesamos un adarme en ninguna de las decisiones europeas; los toros no tienen la culpa de nuestro tremendo fracaso en la Exposición de Paris; de que hayamos sido expulsados de todas nuestras posesiones ultramarinas, á pesar de que los gobiernos y sus órganos aseguraban que nuestro porvenir estaba en Filipinas y que Cuba sería siempre española; los toros, en fin, no tienen la culpa de que la inmoralidad y el agio se enseñoreen de todos nuestros organismos.

La prostitución, pues, viene del centro á la circunferencia y la tauromaquia, rama de un árbol que se pudre por momentos, está atacada de la enfermedad que corroe al tronco. No es, por tanto, necesario constituir ligas

ni formar sociedades para combatirla, porque aun dada la mansedumbre inverosímil de este pueblo degenerado, la tauromaquia se irá, si es que no se va todo en España y estamos condenados á soportar mayores vergüenzas que las sufridas.

Nunca con más razón que ahora puede decirse con el poeta:

*¡Cómo pensar generación menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto!*





LA MUERTE DE «LAGARTIJO»

I

No por ser cosa prevista y descontada me ha impresionado menos la muerte del gran maestro. Amigo particular suyo, admirador ferviente del torero que más entusiasmos despertó en mí, asociada á la época de sus triunfos una juventud perdida para siempre, esta hora fatal evocó recuerdos imborrables de muchos días dichosos que ¡ay! no volverán ya.

Más de cuatro meses hará que encontrándome en la calle á mi buen amigo el noble Marqués de los Castellones, que acababa de regresar de Córdoba, me dijo:

—Nuestro Rafael el Grande vivirá muy poco tiempo. Le he visto, y en el rostro lleva ya impreso el sello de la muerte.

Tanto tenía de verdad el lúgubre vaticinio del Marqués, que pasados pocos días hubo ya noticia del traslado de *Lagartijo*, que se encontraba gravemente enfermo, á un balneario de la provincia de Málaga, donde encontró algún alivio, bien fugaz por cierto, á sus terribles dolencias. Asomó, sin embargo, alguna esperanza; pero al venir *Guerrita* á Madrid en los primeros días del pasado Julio, y preguntándole yo por el estado de Rafael, me anunció que su muerte era irremediable y cosa de muy poco tiempo. No queriendo convencerme de que la situación del enfermo fuera tan angustiosa como la pintaba Guerra, me dijo éste una frase, que, aunque vulgar, denotaba claramente el estado de *Lagartijo*:

—No le digo á *usté* más que una cosa—decía *Guerrita*;—y es: que le andan las moscas por la cara y no se las quita. Por ahí podrá *usté* calcular cómo estará. *Pa mí* que el pobre no vive un mes.

Este ha sido poco más ó menos el plazo que faltaba para rendir su cuerpo á la tierra, al torero que avasalló á las multitudes más

que ningún otro con su arte exquisito é incomparable.

Alcancé en su ocaso á *Curro Cúchares* y á Manuel Domínguez, y pude admirar todavía la maestría y habilidad del uno y el valor sereno é imponderable del otro; batí muchas veces palmas ante el clásico toreo de Cayetano Sanz, las gallardías del *Tato* y los adornos y alegrías del *Gordito*; sin pertenecer al bando frascuelista, admiré como el que más á aquel fenómeno del valor y de la vergüenza torera; conocidas son mis modestas campañas á favor de un lidiador tan excepcional y de tan inagotables recursos como Guerra; entre los mismos espadas de segunda fila, he aplaudido y he disfrutado viendo el toreo fino de *Cara-ancha*, *el Gallo* y Angel Pastor, el arrojo temerario del *Espartero* y la guapeza de Luis Mazzantini en sus primeros años de matador; pero por ninguna figura entre las más preeminentes de la tauromaquia, sentí la emoción, el entusiasmo, el delirio que despertaron en mí las incopiables y espléndidas faenas de Rafael Molina.

No he de repetir aquí lo que ya he dicho

en otras ocasiones y lo que plumas más autorizadas que la mía consignaron miles de veces respecto al modo de torear del coloso cordobés; pero sí diré que el tipo del torero elegante, sin jactancia ni afectación; el ejecutor de las *suertes* con un sello de arte y esplendor á que nadie llegó; el rey del *adorno*, no artificial y preparado, sino espontáneo, natural, ingénito en su figura proporcionada y armónica en todas sus líneas, fué RAFAEL MOLINA. Risa me da cuando hoy veo que se da el dictado de *toreros elegantes* á personalidades que *resultan*, al recordar á Rafael, *toreros de pandereta*.

Retirado Guerra, nada queda absolutamente en las plazas que pueda recordar siquiera la obra de *Lagartijo*. Sus magníficas y majestuosas *largas*, sus filigranas de mula variadísimas, su inacabable repertorio en los quites, sus famosas medias estocadas *lagartijeras*, sus extraordinarios volapiés hasta *la taza*, sus prodigiosos pares de banderillas en todas partes y de todas maneras, bien distintos en precisión, variedad y elegancia, de esta suerte llamada del *cohete*

que tanto entusiasmo actualmente á las masas y que la practica ya hasta el *Habla poco*, todo eso ha muerto también para siempre.

Fué el torero que tuvo mayor número de admiradores y más *incondicionales*. El malogrado Juan Manuel Robles, conocido revisero que firmaba sus escritos con el pseudónimo de *Puyazos* y que era *lagartijista* frenético, me decía en una ocasión:—No me gustan más que dos toreros: primero, *Lagartijo* cuando está bien; después, *Lagartijo* cuando está mal, y luego *Guerrilla*, que siempre está bien. A todos los demás, *me alegro de verlos buenos*.

A las simpatías universales que conquistaba Rafael en las plazas, uníanse las que inspiraba como particular.

Modesto, amable, generoso, caritativo, *bueno*, en una palabra, sin hallarse engreído por su mérito y por la alta estimación de que era objeto, tenía el don de conocer á las personas con quienes trataba y ejercitaba á maravilla *el arte de callar*, temeroso siempre—pues su instrucción era escasísima—de *meter la pata*, como él decía.

Talento natural tenía mucho, y sus dichos, generalmente lacónicos, sonaban como á sentencias. Visitábamos una noche á un aficionado mejicano que se hallaba bastante enfermo, y era gran admirador de *Lagartijo*, y al salir de la casa, le pregunté:

—¿Qué le parece á usted, Rafael, del estado de nuestro amigo?

—Asunto *concluío*—me respondió. Y no tardó, en efecto, mucho tiempo en llegar el triste desenlace de aquel *asunto*.

Le pregunté otro día su parecer sobre un novillero que traía mucho *tronío*, y que luego como matador ha ido al montón, y me respondió con esta lacónica frase:

—Ese es un farol que se apaga.

En otra ocasión se deshacía Salvador en improperios contra algunos que le hostilizaban sin razón en la plaza, haciéndole coro en alta voz sus banderilleros Armilla y Pablo Herráiz. Acercóse pausadamente *Lagartijo* y le dijo en voz baja á *Frascueto*:

—Tú te vas á *perdé* por la boca.

¡Pobre Rafael! Hombre de tan altos méritos; que alegró é hizo las delicias de dos

generaciones; que consoló penas, endulzó aflicciones, y fué, en cierto modo—y aunque parezca esto paradoja—un bienhechor de la humanidad, bien merece los elogios que se le tributan.

II

Grande, extraordinaria, inmensa, ha sido la manifestación de sentimiento producida por la muerte de Rafael, y no sólo la prensa que podemos llamar profesional ha reflejado la honda emoción que en todas las clases sociales ha causado la desgracia, consagrando sendos números extraordinarios á la memoria del rey de los toreros, sino que lo han hecho asimismo con verdadero lujo de información, la prensa política diaria, las publicaciones de carácter literario y no pocas del extranjero.

No ha habido una nota discordante en el elogio del célebre cordobés. Hasta revisteros que amargaron los últimos años de su vida activa del toreo con críticas tan acerbas, injustas y desconsideradas, como benignas, parciales y transigentes son las que hoy

emplean con los *Pelé* y *Melé* de la torería militante, han rendido en este triste momento el debido tributo de consideración y cariño al coloso que acaba de bajar á la tumba. Háse agitado también la idea de erigir un monumento público en Córdoba para perpetuar la memoria de Rafael, idea que me parece descabellada, no porque éste no merezca una estatua, más que algunos que la tienen erigida acaso por el daño que hicieron á su patria, sino porque los que somos amantes del *espectáculo más nacional* como ha llamado al del toreo el Conde de las Navas, debemos dar pruebas de continencia y seriedad y no sacar las cosas de quicio; aparte de que el valor del homenaje se va desvirtuando tanto, por obra y gracia de nuestros políticos de pacotilla, que ya no hay pelagatos que no tenga en España una estatua, ó una calle que lleve su nombre.

La muerte de aquel gran torero, único que no necesitó llegar á ejecutar las *suertes* para obtener la benevolencia de los espectadores, pues se la captaba solo con pasear su artística figura por el *ruedo*, ha tenido una

nota tierna, ejemplar y simpática. Al aproximarse el momento del *eterno viaje*, hizo Rafael que descolgaran un cuadro de la Virgen de los Dolores, y asiéndolo con sus ya trémulas y descarnadas manos y dirigiendo á la Imágen su vacilante mirada, oró ante aquella fervorosamente, conmoviendo á todas las personas que presenciaban la terrible escena.

De antiguo venía ya la especial devoción consagrada por *Lagartijo* á la Virgen de los Dolores, que ocupaba en su casa sitio muy preferente y á la que casi á diario se dedicaban flores y cera.

Tengo para mí, que aun habiendo sido siempre ostensibles los sentimientos religiosos de Rafael, el culto predilecto que por esta Imágen sentía, le fué infiltrado por su esposa D.^a Rafaela Romero y Renedo, en quien adoraba, y que prematuramente falleció á 12 de Junio de 1882.

La dulce compañera de su vida, la que compartió con él dichas y pesares durante quince años, la virtuosa joven á quien entregó su corazón y el gobierno de su casa,

pasaba las horas de angustia en que Rafael comprometía su existencia, orando ante aquella Imagen ahora solicitada con tanto anhelo por el moribundo. Quizá en estos solemnes instantes fundió Rafael en sus rezos la idea del perdón para él y el recuerdo del angel que perdió en vida.

Entre los muy curiosos papeles y documentos que poseo referentes al gran Califa cordobés, hay algo de la tragedia que se desarrolló en su casa el día 11 de Junio de 1882. Agonizando su esposa, no cesaba de preguntar si había telegrama de *su Rafael*, que en aquella tarde cumplía sus compromisos en la plaza de Málaga, obteniendo una de las ovaciones más grandes de su vida. Volaba enseguida el atribulado esposo al lado de la enferma, esperando hallar una tregua por lo menos en los estragos de la aguda dolencia; pero solo encontraba ya un cadáver en que depositar sus besos y sus lágrimas.

Un telegrama suyo que conservo, da cuenta del triste suceso en estos términos:

«*Rafaela ha muerto hoy á las seis.*—**RAFAEL.**»

Y una poesía manuscrita sentidísima que también se halla entre mis papeles, de letra de Don José Pérez de Guzmán, paisano, amigo y primer biógrafo de Rafael Molina (1), dice así:

«Ya en Córdoba no le espera
aquella mujer querida,
que fué vida de su vida
y su dulce compañera.

Ni entre angustias y temores
y en llanto su faz bañada,
la verá á sus piés postrada
la Virgen de los Dolores.»

¿No será lícito sospechar en todo esto, algo de *la devoción por el amor*? Yo, así lo creo. En todo caso, los siempre demostrados sen-

(1) Toreros Cordobeses. Noticias biográficas y necrológicas de los diestros que desde los primeros tiempos del toreo han nacido en esta ciudad. Biografía completa y detallada del espada Rafael Molina (*Lagartijo*). Obra escrita y publicada por el aficionado José P. de Guzmán. Córdoba, 1870. — En 4.º con 80 páginas, 1 hoja de índice y el retrato de *Lagartijo*.

timientos religiosos de Rafael, sus bondades, sus actos de caridad y las oraciones de su mujer ante la Imagen Dolorosa, habrán conseguido sin duda la paz y ventura eternas para el alma del gran torero.

Agosto 1900.





EL TECNICISMO-TAUROMÁQUICO

EN EL LENGUAJE.

En nada se refleja tanto el grado de popularidad que alcanza nuestra fiesta nacional como en el uso de las frases y modismos que, emanando de ella, han venido á enriquecer el lenguaje vulgar. El carácter pintoresco de estas frases ha llegado á ser tan adecuado y gráfico, que aun no correspondiendo la acepción privativa de ellas al concepto que quieren expresar, y usándose en sentido figurado, determinan la idea con tal eficacia, que mejor no pudiera hacerlo la locución más académica.

Diversos espectáculos han compartido en todo tiempo el favor y las aficiones del pueblo español, pero ninguno como la tauromaquia ha tenido el privilegio de llevar al idio-

ma un verdadero vocabulario de frases técnicas, haciéndolas de uso común, hasta entre los que son indiferentes ú hostiles á las corridas de toros.

Sirvan de ejemplo las siguientes, elegidas entre las más usuales y definidas tan sólo en su acepción más general:

¡*Qué bien se torea desde la barrera!* ó lo que es lo mismo, ¡qué fácil y sencillo parece todo, cuando no tiene uno que ejecutarlo!

¡*Buen revolcón ha llevado V!* como si dijéremos, se ha metido V. á hablar de lo que no entiende, ó á hacer lo que no sabe y le han probado su insuficiencia.

A ese mozo va á ser necesario pararle los pies; ó lo que es igual, va á ser preciso llamarle al orden, por las demasías é imprudencias que comete.

Una mujer que toma varas, es decir, una mujer que corresponde á las miradas insinuantes que se le dirigen.

¡*Anda y que te mate el Tato!* es locución muy usada en el pueblo bajo de Madrid, para decirle á uno que puede marcharse, sin que importe nada lo que le suceda.

Descuide V. que yo estaré al quite, vale tanto, como, no tenga V. recelo que yo me encargo de que nada suceda, para lo cual estaré prevenido.

¿*Y quién le echa la capa al toro?* ó en otros términos, ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Quién se atreve á dar el primer paso en este ó el otro sentido?

Saltó como si le hubieran clavado una banderilla, es decir, se puso furioso al oír tal ó cual juicio, apreciación ó palabra.

Se que me andan buscando el bulto, ó lo que es lo mismo, me consta que se está tratando de hacerme daño.

Es un torero de invierno, frase que se aplica al que se le considera muy adocenado en cualquier arte, ciencia, profesión ú oficio.

¡*Vaya una hembra de buen trapío!* significa, ¡vaya una moza graciosa y de buen aire! ó, en términos más plebeyos, ¡vaya una mujer de buena *estampa* y de buenos *andares!*

Esta desgracia ha venido á darme el cachete, ó lo que es igual, á acabar conmigo, á sumirme en el abatimiento más profundo.

Yo me encargo de trastear á Fulano, es decir, de inclinar su ánimo á favor de esta ó la otra solución.

Me voy á embozar en la torera. Con este nombre se designa á la moderna capa española, cuyo corte es casi igual al de las capas de lidia que usan los toreros.

Ese es un bicho de mucho cuidado; se explica esta frase tratándose de algún individuo de mala intención y mucha trastienda, al que es difícil engañar.

Me han dejado en las astas del toro, equivale a comprometerle á uno en cualquier lance ó negocio y abandonarle en el momento del peligro.

Todo se lo merece ese hombre, por cabestro, ó lo que es lo mismo, le está bien empleado lo que le sucede por ser demasiado sufrido y aguantar lo que no debía.

Usted descuide, que yo le echaré un capote: vale tanto, como decir, yo le llamaré la atención y trataré de que haga lo que V. me recomienda.

Esa es una mujer muy torera, no significa, ni que la mujer tóree, ni que la guste es-

tar precisamente entre toreros; sino que es de carácter abierto y se halla siempre dispuesta á correr una broma, ó en lenguaje más *flamenco*, una *juerga*.

¡*Valiente cogida ha tenido Fulano!* es decir, qué papel tan ridículo ha hecho, qué tropezón ha dado; ó aplicada la frase en otro sentido, se ha ido á *picos pardos* y le han puesto que no hay por donde cogerlo.

¡*Qué buen quiebro he dado!* ó lo que es igual, con qué maña he salido del compromiso, qué bien he *escurrido el bullo*.

Yo soy de los que se crecen al castigo, ó de otro modo, soy de los que, cuando veo que me atacan, respondo con más violencia.

El pueblo de Pan y Toros; se suele denominar así al pueblo español, por suponer que ambas cosas constituyen su más indispensable necesidad.

Ya sé que estuvo V. enchiquerado cinco meses, es decir, que estuvo V. preso ó enfermo, sin poder salir de una habitación.

Ese hombre es muy blando al hierro; frase aplicada al que se dá en seguida por vencido ó cede pronto á lo que se le propone.

Fulano es un torito muy claro: tiene aplicación al hombre sencillo y sin malicia, del que se penetran enseguida las intenciones, así como en sentido contrario se le llama *marrajo* al que es de carácter oscuro, reconcentrado y malicioso.

A ese le voy á dar yo la puntilla, quiere decir, á ese le voy yo á dar una lección severa que le desacredite, para que no vuelva á levantar más la cabeza.

No hay más remedio que irse al toro, ó lo que es igual, no es posible ya andarse con rodeos, sino que es preciso abordar de frente la dificultad.

Decididamente me corto la coleta, modismo que significa, abandono en definitiva mi oficio, mi carrera, mis negocios ó mi afición y concurrencia á cualquier círculo.

Después de tanto bregar no he podido conseguir nada. Aquí el *bregar* es sinónimo de trabajar.

Aquello ha sido una novillada; se dice así de una función ó espectáculo que ha defraudado por completo las esperanzas de los concurrentes.

En cuanto pude tomé el olivo, ó lo que es igual, en cuanto tuve ocasión, dejé de exhibirme y me retiré á sitio más seguro y reservado.

Buena puya, ó buena banderilla, ó buen rejoncillo le ha clavado V. á Mengano; significa que se le ha dicho una cosa que debe haberle herido profundamente.

Yo por ahora me quedo en la querencia; frase que se aplica á estar en el sitio en que uno se halla más á gusto.

Si es V. valiente salga V. al redondel es, como si dijéramos, si quiere V. haberse-las conmigo, estoy dispuesto.

Estar en el terreno vale tanto, como ocupar el verdadero lugar que á uno le corresponde.

Ese hombre tiene una intención como un toro. No hay para qué explicar el significado de esta frase.

Gracias á un buen recorte salí del compromiso: me valió mi agilidad (ya sea de imaginación ó de piernas) y me salvé del lance.

A ese muchacho hay que darle ya la alter-

nativa, ó lo que es lo mismo, hay que igualarle en categoría á otros que la tienen mayor.

Esta función no va á dar juego, equivale á que no va á ofrecer interés alguno, que va á aburrir á los espectadores.

Yo no salgo á los medios, me quedo entablerado, significa yo no quiero exhibirme en sitio muy visible y me quedo en uno más reservado.

Ese asunto lo han despachado de un bajonazo; supone que lo han resuelto de cualquier manera, sin conciencia, á salga lo que saliere.

Milagro será que no tengamos toros y cañas, ó lo que es igual, milagro será que no haya un alboroto mayúsculo, ó en lenguaje más *macareno*, que no se arme un *jollín* de mil demonios.

Lidiar contra el destino: se emplea mucho este verbo como equivalente á *luchar*.

Fulano ha hecho una salida falsa; como si dijéramos, ha intentado una cosa que no ha podido ó querido llevar á cabo.

¡Qué buena muleta tiene usted! quiere de-

cir, qué sagaz es V., ó qué buena maña se dá para conseguir de cualquiera aquello que desea.

Pero... basta ya de locuciones y digamos para terminar, que á los descendientes de los antiguos *Manolos* de Lavapiés y *Chisperos* de Maravillas y á la gente de bureo de los barrios del Rastro y las Vistillas, real de castañeras y gualdraperos, se les designa hoy con el dictado de *chulos* nombre que ostentan con orgullo, sin duda, por ser también procedente de la tauromaquia. En la actualidad sólo se llaman *chulos* en el ejercicio del toreo, á los que, vestidos con el traje de torero, abren las puertas de los toriles y dan las banderillas y garrochones; pero hasta principios de este siglo se conocía con el nombre de *chulos* á los peones de lidia.

Ignoro el porvenir que estará reservado á nuestra fiesta nacional. La afición se generaliza cada día más y el número de prosélitos aumenta; pero la carencia de buenos lidiadores es tal, que en la actualidad sólo existen dos *espadas* de verdadera importancia, que han entrado en el ocaso de su ca-

rrera y no se anuncia ningún otro que pueda dignamente sustituirles. Por otra parte, los ganaderos, en vez de sostener el lustre y crédito de sus ganaderías, afinando los pastos y haciendo las *tientas* con escrupulosidad, sólo tratan de aumentar su especulación; así es, que no sería difícil que en plazo relativamente corto, sonara la hora fatal de muerte para el toreo.

Llegado que sea este caso, siempre quedará de nuestro castizo y brillante espectáculo un preciado recuerdo histórico y una huella profunda é indeleble en el idioma castellano.

1883





CUENTO

— —

Yo no sé qué diversión
—decía *Paco el Tremendo*—
hay en ver lo que hace Guerra
y lo que hacía *Frascuero*.
Ochenta y cinco corridas
he toreado con ellos,
y su trabajo fué siempre
éste, poco más ó menos:
Toca el clarín á matar,
agarran los *instrumentos*,
se van á buscar al toro
en las tablas ó en los tercios,
le dan seis ó siete pases
de cerca, y en el momento
que le tienen igualado,
se arrancan corto y derecho,

y de una sola estocada
le echan á rodar al suelo.

En total: poco trabajo
para ganar mucho sueldo,
y una faena que dura
cuatro minutos y medio.
Yo, me parece que gano
más á conciencia el dinero,
porque tomo los *avís*,
voy hacia el bicho, me acerco
todo aquello que permiten
sus condiciones, y luego
le toreo de muleta
ocho ó diez veces, ó ciento;
enseguida le propino
varios pinchazos en hueso,
y nueva tanda de pases,
y una estocada al revuelo,
y diez medias sin soltar,
y dos cambiando el terreno;
y si el animal no dobla,
me ayuda mi puntillero,
y le clava en los ijares
dos puntillazos en seco;
y si humilla y se descubre,

por lo bajo le trasteo,
y á los diez ó doce golpes
con gracia le descabello.
De esta manera trabajo
y sudo y gano el dinero,
y durante media hora
estoy divirtiendo al pueblo.

1895.







DIALOGOS TAURINOS

(ENTRE LAGARTIJISTAS)

—¡Qué temporada está *haciendo* Rafael, más brillante este año!

—Ha toreado seis corridas en Madrid, que ni dibujadas.

—La verdad es que de trece toros que lleva muertos en las seis corridas, sólo en uno se desconfió y estuvo pesado; á todos los demás los ha matado con arrojo é inteligencia, dando grandes estocadas y haciendo verdaderos prodigios con la muleta.

—¡Y qué holgura y qué elegancia en toda la brega!

—¡Que digan todavía algunos *lilas* que está en decadencia!

—Le encuentro este año como en sus temporadas de más fortuna.

—Está probando lo que ya es indiscutible entre todos los aficionados que discurren: que es *el número uno*.

—Es indudable. Yo siento, sin embargo, que no alterne con él Salvador; porque mi lagartijismo no excluye el deseo de verles trabajar juntos y aplaudir con entusiasmo á aquel coloso en la suerte de matar.

—Eso no se discute siquiera. Pues qué, ¿por qué Salvador no tenga la gran inteligencia, ni la gracia, ni el adorno de Rafael para practicar las suertes, se le ha de negar que sabe muy bien lo que lleva entre manos y que á la hora de arrancarse á matar, sobre todo con toros *que se le vienen* no ha habido ni hay quién se le ponga delante?

—¡Y que esta *polilla* de aficionados que se llaman antiguos, haya de empeñarse en rebajar el mérito que tienen estos dos hombres, endosándonos la eterna cita, no sólo de Montes y el *Chiclanero* sino de *Cúchares*, Cayetano y aun de Julián Casas!

—Pero, ¿quién hace caso de eso? Ni ellos saben lo que vieron entonces, ni lo que ahora tienen delante de los ojos. Ni todos los

aficionados viejos hablan así: yo conozco muchos que vieron torear á Montes y al *Chiclanero*, y sin rebajar un quilate de lo que valían, me aseguran *que no en todo* eran superiores á estos; que toreaban bastantes corridas con desgracia y sin lucimiento, y que en lo que sí llevó Redondo una evidente ventaja á todos los toreros que le han sucedido, es en la admirable manera de matar los toros *recibiendo*, suerte que hoy, por desgracia no se practica. Así como también ha decaído sensiblemente el buen orden de la lidia por la apatía y transigencia de los primeros espadas. Por lo demás, yo estoy en que nuestros dos primeros toreros llenan su época en la tauromaquia con tanta gloria y prestigio como aquellos.

—Tan conforme me hallo con esa opinión, que yo, sin ser conservador en política, estoy en cuerpo y alma al lado de Don Francisco Romero Robledo, y pienso como él: que Rafael Molina (*Lagartijo*) es el torero más grande que ha existido.

—Y diga V. que sí. Lástima—repito—que en vez de torear en compañía del *Curro*,

de Herмосilla y de *Lagartija*, no le veamos con Salvador, para aplaudirles á ambos con entusiasmo.

—¡Qué par de toreros!

—¡Superiores!

—¡Como los mejores de otros tiempos!

—¡Los primeros!

—¡Los únicos!

—¡Viva Rafael!

—¡Y viva también Salvador!

(ENTRE FRASCUELISTAS)

—¿A qué vas á ir á la plaza no estando *el Negro*?

—Pues á ver á los *Villamorrales* tocarle las palmas al *cordobés*, cuando sale *espantao* de la cara é los toros con una *jinda* que si se vendiera al peso no había *guita* en España *pa* pagarla.

—¡Valiente matador está ese! Matador de *babosas* y de *chotos* sin cuernos, que son los que á él le sueltan, mientras que al pobre Herмосilla y á *Lagartija* les *echan* toros *pregonaos*.

—Veinte años hace que le estoy viendo torear, y no le he visto matar á ley más que un toro en la plaza vieja.

—Pues has tenido más suerte que yo, porque *en jamás* le he visto confiarse como no sea con *monas*, de esas que liarse con ellas es cobrar una letra ó comerse una pera en dulce. Lo que es en saliendo un toro tiene que matársele la cuadrilla á capotazo seco. Si aquí hubiera Presidencia, se los echarían casi todos al corral.

—Es muy socorrido dejarse los toros vivos, y luego buscarse las palmas con *cama-mas* y mojigangas.

—Eso ni es torero, ni es matador, ni es nada.

—Es un embustero.

—Un *maleta*.

—Emborracha á los tontos con cuatro *largas* y *medias verónicas*, cosa que lo mismo que él, lo hace *el Gallo* y *Valentín* y *el Manchao* y *el Hurón* y todos los que visten *talega*.

—¿Pues y tanto como hablan los *anabautistas* de su facha de torero? ¡*Miá tú*, que

facha de torero con *chepa* y *echao pa* delante!

—Hechuras bonitas las que *dicen* que tenía *el Chiclanero*.

—Y Cayetano Sanz.

—Y *el Tato*.

—Y *el Maca* en sus buenos tiempos.

—Nada, lo dicho, ese no es más que un novillero. ¡Vaya un matador! que se cuartea antes de entrar en la plaza, que toma carrera desde una legua, que no tiene ni reunión...

—No, hombre; reunión sí la tiene, pues se pasa la noche jugando al *rentoy* con sus amigos.

—Lo que digo es que no *se reune* al entrar á matar como *se reune* Valdemoro y Villaverde.

—Hay que echarle de la plaza *pa* que venga *el Morucho*, que es el que *se trae* la verdad y se arranca *corto* y *derecho* y sale siempre por la *cara*, que es por donde salía Montes.

—Eso que tú has dicho. Y abajo Rafael y todos los *boceras* que le aplauden, y que no

venga Salvador á Madrid *tan y mientras* esté el *cordobés*.

*
* * *

A los intransigentes é hidrófobos que todo se lo conceden á Salvador y todo se lo escatiman ó se lo niegan á Rafael, sólo se les puede desear lo que mi amigo *Sobaquillo* pedía para ellos en una de sus saladísimas revistas: *Que la albarda les sea ligera*.

Mayo, 1888.





LO INESPERADO

Al torero Paquillo Alegría
le enganchó por la faja un berrendo
y sus tristes, quejidos oyendo,
le llevaron á la enfermería.

Por los médicos fué examinado,
encontrándole bien, felizmente,
y pudiendo apreciar solamente,
que el calzón se le había ensuciado.

Dispusieron de incienso una copa
y estimaron cuestión de decoro,
que Paquillo no vuelva ante el toro
mientras no se le lave la ropa.



ESCUELA DE TAURAMAQUIA

No voy á ocuparme precisamente de la famosa Academia sevillana creada en 1830 por el muy piadoso monarca Don Fernando VII, pues trazada está ya de mano maestra su completa y verídica historia en el precioso libro que no ha mucho tiempo publicó el distinguido escritor Pascual Millán.

De algo que se relaciona con su creación, si voy á poner en autos al curioso lector. Y este algo no es otra cosa que la descripción de un rarísimo é inédito manuscrito del mismo año de 1830, escrito por el abogado de los Reales Consejos D. Manuel María Romero, al que sin duda puso de mal humor la célebre Real orden estableciendo aquel centro de enseñanza.

Es el manuscrito una acerba crítica de la creación de la Academia y lleva por título el mismo epígrafe de este artículo.

Para hacer boca, y después de copiar íntegra la citada Real orden de 28 de Mayo de 1830, que aprobó la *Memoria* presentada por el conde de la Estrella proponiendo el establecimiento de la Academia, endereza el autor al conde y á su Memoria el soneto que copio:

«A tí, gran numen del saber hispano,
del taurino escuadrón honor y encanto:
á tí, mi musa con humilde canto
hoy te saluda con placer ufano.

¡Salve, insigne cuadrúpedo! Tu mano
trazó la senda de cornuda gloria,
al trazar, en tan ínclita *Memoria*,
un pensamiento grande y soberano.

¡Salve, salve sin fin, héroe dichoso,
restaurador de ciencia peregrina!
De cuernos orla tu ilustrada frente;

Y respire tu pecho generoso
pues que á tu voz la España se doctrina
y el ardor tauromáquico ya siente.»

Viene después de este desahogo poético

una minuta ó proyecto de reglamento para el gobierno interior de la noble y Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla, que consta de cuatro capítulos y 30 artículos, escritos con gracia y poniendo en caricatura la *Memoria* redactada por el Conde, y enseguida se inserta la *Oración inaugural pronunciada por el doctor y maestro Jerónimo Cándido, el día de la instalación de la Escuela*, cuyo exordio es del tenor siguiente:

«ILUSTRES CAMARADAS: ¡Regocijaos! Llegó el tiempo ya de nuestra prosperidad y ventura. La sabiduría del Gobierno ha extendido sus miras sobre nosotros, y nos dispensa hoy, con mano benéfica, el inefable consuelo de restaurar y aun mejorar la diversión característica de los españoles y una de las que más honran á un pueblo civilizado.

»Gloria sempiterna al grandioso proyecto de ofrecer y regularizar la sublime enseñanza de la tauromaquia en medio de un país culto, que aún lloraba la pérdida de aquellos antiguos héroes muertos, unos en la arena del circo, y precisados los otros á huir de la lid por acercarse á la vejez cansada. Hablo

de los *Hillos*, *Costillares*, *Romeros* y tantos otros que adquirieron gloria inmortal en la época coetánea á la de mis primeros pasos en tan honorífica y gloriosa carrera.

»Sí, camaradas, no lo dudéis; la ilustrada y benéfica medida con que la bondad del Rey nuestro protector se ha dignado fomentar los estudios y el gusto tauromáquico, os levanta del polvo en que yacíais, da nuevo sér y vida á la importante clase de lidiadores y afianza sobre bases sólidas la perfección y mejoramiento de que es susceptible el ejercicio de tan útil y honrada profesión, digna seguramente de los afanes y desvelos de un Gobierno justo.»

Después de este exordio, desarrolla Cándido el plan de estudios de la Academia, enalteciendo la utilidad é importancia de ella y termina con estas frases:

«Entrad, pues, con ánimo esforzado en las penosas y arriesgadas tareas de esta Escuela y aspirad á ser participantes de tan lisonjeras ventajas. Ahora mismo es preciso mostrarlo. Al toro, que nos espera.»

Cópiase después íntegra la inscripción que

se escribió en la lápida de mármol blanco colocada sobre la puerta de la Plaza construída en el matadero para que los alumnos practicasen sus estudios y rompiese de nuevo el autor en la siguiente poesía:

EN EL DÍA DE LA INSTALACIÓN DE
LA ESCUELA SEVILLANA DE TAUROMAQUIA,

Á TAN

FAUSTO ACONTECIMIENTO.

Oid, oid... ¿cuál eco clamoroso
vaga allí, en torno de lugar inmundo,
de horror y sangre y mortandad fecundo,
sepulcro de animales espantoso?

Mas... ¡qué placer! mi oído ya gozoso
vivas sin fin escucha en ronco acento...
allá volemós, sí... ¿veis? ¡qué portentoso!
De vagos mil, concurso numeroso,

Al saber tauromáquico aclamando,
va en alegre algazara. Y esforzado,
al frente un campeón en gallardía,

Su diestra mano un cuerno enarbolando,
y armada la siniestra, grita osado:

—¡Ved de la Hesperia el triunfo en este día!
Sabido es que después de haber sido nombrado Cándido maestro de la Academia, creyóse Romero con mejor derecho á ocupar este puesto, y formuló ante el Monarca su reclamación, que fué atendida, quedando Jerónimo Cándido como profesor auxiliar.

Por eso el autor pone en boca de éste un *Sóliloquio elegiaco al ver eclipsada su gloria por la promoción de D. Pedro Romero al primer magisterio de la Escuela hispalense.*

Laméntase en él de su suerte, se pavonea con sus pasados triunfos, poniendo de camino de *oro y azul* al señor Pedro, y ya en el colmo de la desesperacion, termina su soliloquio de este modo:

«Mas... ¿qué temblor, qué fiero paroxismo y qué angustia mortal ¡oh, santo cielo! cruel me asalta en este instante mismo?

Adiós, Curra infeliz, gloria y consuelo de mi cansada senectud... La muerte, sólo la muerte fatigado anhele.

Adiós, amigos, dignos de otra suerte, Luquillas, Nieves, Parras y el Gitano, adiós os dice ya mi labio inerte.

¡Que fallezco!... Mas no... Si ya estoy sano;
pero ¿sufrir tan mísera existencia
podrá mi esfuerzo grande y sobrehumano?

¡Oh, cuál de mi furor es la violencia!
y ¿qué he de hacer? ¿asesinarme fiero?
Loca sería y bárbara imprudencia.

Mas ¡ay! que un fiel y bravo compañero
veloz me trae un espumante vaso
de rico vino... ¡Oh, dulce y placentero

Néctar süave, del dolor ocaso!
A tí me entregaré y en blando sueño
se calmarán las penas que ahora paso.»

Con una letrilla bastante insulsa dedicada
á los cornúpetos y unas notas de poca cuan-
tía, termina este apreciable trabajo satí-
rico.

¿Reviste algún pequeño interés, al menos
por su curiosidad?

Yo creo que sí y por eso he dado una li-
gera idea de él. Si me he equivocado, pido
al benévolo lector que me perdone.

Junio, 1889.





NOVILLERIAS

Aunque viviera cien años
me tengo yo que acordar
de la tarde que me *echaron*
los tres toros al corral.

Permita Dios que se vea
sin camisa y sin calzones
el ganadero que *envía*
toros con muchos pitones.

Trece veces he pinchado
y no *dobla* el animal;
como no *doble* muy pronto,
á mí me van á doblar.

Salí al medio de la calle,
miré al cielo y di un suspiro,
al ver que no hay una Empresa
que quiera cargar conmigo.

Cuando me marche á la plaza
no te pongas á llorar,
porque la *jinda* que tengo
me la vienes á aumentar.

Pronto, niña de mi vida,
se acabarán nuestras penas;
que voy á tener este año
más escrituras que *el* Guerra.

Después de cien años muerto
y de gusanos roído,
se han de estremecer mis huesos
de las *brincas* que han oído.

¡Ay! que me han dado un aviso,
¡ay! que otro me van á dar,

¡ay! que me *sacan* los mansos
sin poderlo remediar.

El pueblo me sacó en hombros
de la Plaza de Guadix;
y en el Puerto me sacaron
entre la Guardia civil.

1897.





LA MUERTE DE MONTES

No hay para qué trazar una biografía del célebre diestro cuyo nombre encabeza estas líneas. Su popularidad durante el tiempo que ejerció la profesión y el alto concepto en que le tenían los aficionados de su época, han dado margen á repetidos estudios biográficos y á juicios casi siempre encomiásticos del héroe. Era calificado por sus más ardientes partidarios como el *Napoleón de los toreros* y como el *primer torero de su siglo*, y apenas hay obra moderna de tauromaquia de alguna importancia que no contenga cuantos detalles puedan apetecerse respecto á su vida y hechos, desde que abandonando en su primera juventud el oficio de albañil, ingresó en la Escuela de tauromaquia de

Sevilla, y fué el discípulo más aventajado de Pedro Romero, según confesión del propio maestro, hasta que retirado á Chiclana después de la triste jornada de 21 de Julio de 1850 en la Plaza de Madrid, en que un toro de Torre y Rauri, *Rumbón* de nombre, le causó una grave herida de la que curó en poco tiempo, y amargado por sufrimientos de carácter íntimo, que no es prudente *toda-vía* revelar, falleció de una calentura maligna, á los cuatro días del mes de Abril de 1851.

Pero si todos estos hechos son de sobra conocidos de los aficionados, no lo es, ó al menos yo no sé que haya visto hasta ahora la luz pública, la partida de entierro del célebre diestro; y este documento, que puede ser curioso para la historia del toreo, es el que ofrezco á los lectores.

Debo la copia de él á mi insigne amigo y eminente literato el Dr. Thebussem, que prodigo siempre en suministrar el gran caudal de noticias que posee acerca de todos los ramos de la historia, la literatura y las artes, me facilitó éste y otros muchos documentos taurinos de subido interés.

La susodicha partida de entierro dice así:

«Como Cura Ecónomo de la Parroquia de San Juan Bautista de la villa de Chiclana de la Frontera, Obispado y provincia de Cádiz, sábado cinco de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, mandé dar sepultura en el cementerio Extramuros de esta Villa con oficio de honras enteras, acompañamiento al cementerio, asistencia de diez hermandades y doble general de campanas, al cadáver de don Francisco Montes, propietario, que murió ayer de una calentura maligna, de edad de cuarenta y seis años y tres meses, marido de doña Ramona de Alba, naturales y vecinos de esta villa, donde casaron; recibió el Santo Oleo, y testó ante don José Diosdado, Escribano público que fué en esta villa, en once de Noviembre de mil ochocientos treinta y siete.»

En esta copia, como observará el lector, se olvidó poner el nombre del Cura ecónomo, que indudablemente figurará al pié de la partida original; pero de su autenticidad no puede dudarse, porque al sacar la copia en 10 de Mayo de 1884, se acompañó de nu

volante con el sello parroquial, en que se hace constar que el original figura en el libro 19 de entierros, folio 29 vuelto; y dicho volante va autorizado con el nombre y firma de *Manuel Añeto y Guijarro*, que debe ser el del Párroco en aquella fecha.

Es significativo que no se hiciera constar en la partida la profesión de matador de toros á que Montes debió su fama y se le califique solamente de propietario. Montes, poco tiempo antes de morir y al pensar en retirarse del oficio, pudo decir, como parece que efectivamente dijo á su compañero Juan León:

—Compadre, usted me ha dado el ejemplo y no tardaré en seguirlo. Ahí queda nuestro terreno sembrado, y que los niños recojan la cosecha, si pueden y saben.

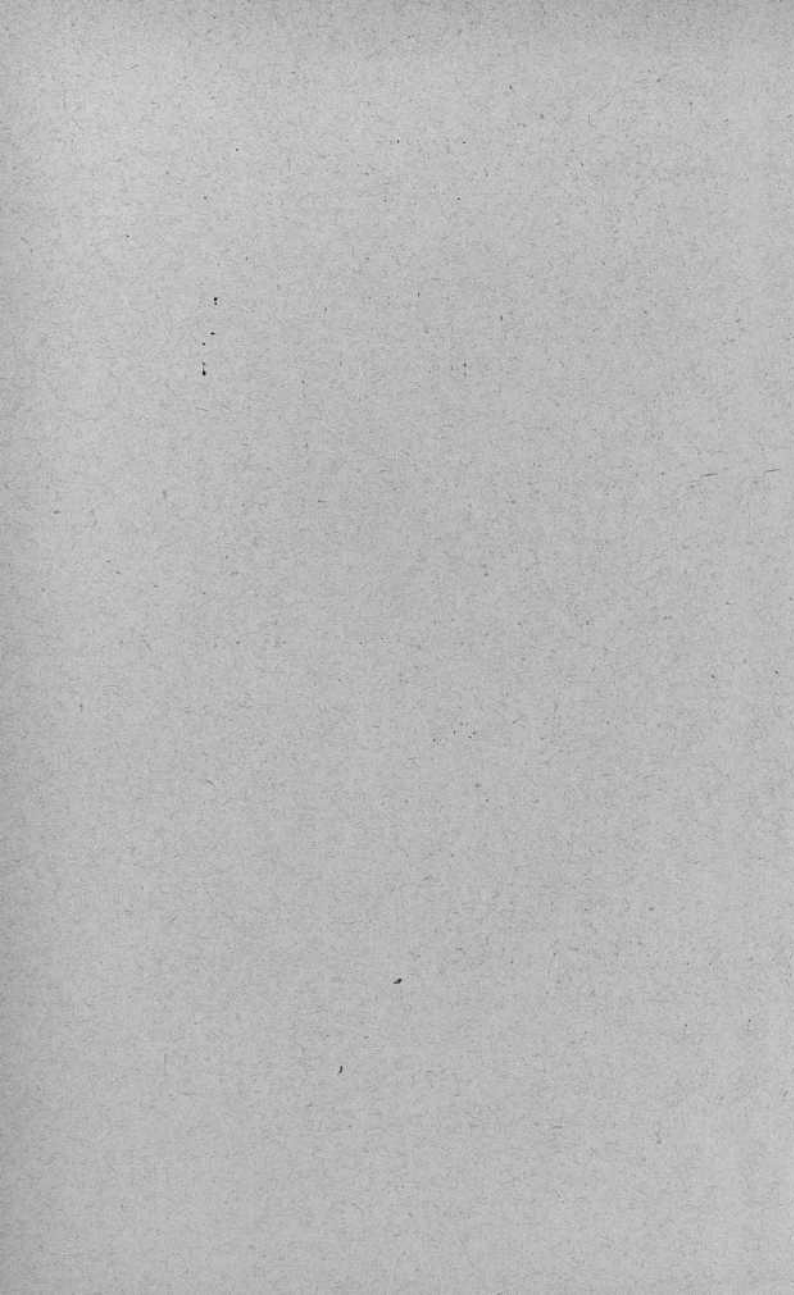
Y en efecto, de su enseñanza habían sabido aprovecharse y daban ya espléndidos frutos, hombres tan notables como el *Chiclanero*, *Cúchares*, *Cayetano Sanz* y *Manuel Domínguez*. Actualmente, y en el día ya no lejano en que dejen de torear las dos positivas celebridades de la tauromaquia, que se lla-

man *Lagartijo Frascuelo*, ¿qué les quedará á los aficionados?

Haciendo una excepción en favor de *Maz-zantini*, el *Espartero* y *Guerrita*, que reúnen condiciones apreciables para la profesión, los demás matadores de toros se los regalo al que los desee.

1887.







LA ESPAÑA TORERA

No sé si la forma poética está llamada á desaparecer; pero lo que no desaparece por ahora y se arraiga cada vez más en nuestra tierra es el toreo.

En el momento *tauromáquico* que atravesamos, ó que nos atraviesa, *todo el mundo* torea y España es una inmensa plaza de toros.

El Gobierno torea al país.

Las oposiciones y las mayorías parlamentarias torea al Gobierno.

Las diputaciones y ayuntamientos torea á provincias y pueblos, tratando cada cual de hacer su *suerte* lo mejor que puede.

Los autores dramáticos y líricos torea al público, y los actores, por no ser menos, pi-

can, banderillean y matan las obras que les corresponden.

En estos últimos sí que apenas hay excepción. Con mayor justicia que cuando se escribió podía tener ahora numerosas aplicaciones aquel conocido verso que dice:

«Francisco y Joaquín Arjona
son matadores de fama;
el uno mata los toros
y el otro mata los dramas.»

Pues, ¿y los señores Académicos, no toorean? ¡Vaya si toorean! Como que en lugar de dar esplendor al idioma se han dedicado á darle *la puntilla*.

Donde han entrado de lleno los cuernos es en el teatro. Antes, según dice el proverbio, no había *función sin tarasca*. Ahora no hay drama ni comedia sin pitones.

Si se trata de sainetes ó piezas en un acto, son de rigor para alcanzar un mediano éxito, las consabidas escenas de majas y toreros.

En la comedia y en el drama, el resorte principal de la acción estriba en los cuernos.

Es decir, que la médula del asunto es

siempre un conflicto conyugal, más ó menos tauromáquico.

Si el marido sale bravo y *pegando*, hay drama para rato. Si aparece manso y resignado con su suerte, la cosa termina bien y queda en comedia.

Y como el teatro es, ó debe ser, el reflejo de las costumbres de la época, este último es el desenlace más corriente.

Porque es de advertir que los cornúpetos no andan ya sólo por campos y dehesas, sino que se exhiben majestuosamente por calles y paseos.

Ayer me decía un amigo en la Puerta del Sol:

—Retírate, que va á pasar don Valentín, y aunque no *se trae* malas intenciones y es manso *de suyo*, como es tan cornalón te puede dar un varetazo sin querer.

Obedecí prudentemente el consejo, y pocos momentos después tuvimos ambos que salir *por piés* para que siguiera libremente el *viaje* otro bicho de la misma ganadería que el anterior.

Los que han toreado mucho al público en

esta temporada, son los novelistas; pero en general han hecho una brega deslucida y pesada.

Por fortuna los lectores han sido escasos y ha habido pocas desgracias que lamentar.

Bien merecen una excepción el gran don Juan Valera, el insigne Pérez Galdós y aun doña Emilia Pardo Bazán, *la Fragosa* de nuestra literatura, como la llama un eminente poeta.

También tenemos algunas novilladas en perspectiva. *Clarín*, que sigue toreando en provincias, se dispone á dar á luz en breve *Su único hijo*, *El tambor y la gaita* y otras *gaitas* con forro y sin él, que tiene preparadas.

Y ¿qué decir del vuelo y la popularidad que alcanza la tauromaquia fuera de España?

Se arranca *Guerrita* en París con un par al quiebro, *Lagartijo* con una *larga* y *Fras-cuelo* con un volapié, y los espectadores aplauden con frenesí y periódicos y revistas elevan hasta las nubes á nuestros toreros y forjan historias y fabrican anécdotas acerca de ellos.

¡Y pensar que si se arrancara Cánovas con un poema ó *saliera* por quintillas, nadie daría importancia á la cosa!

Decididamente, la marea sube. Sobre mi mesa tengo en este momento libros recientemente publicados en Francia, Italia y Portugal, ocupándose de nuestra fiesta nacional, y hasta la grave y sesuda Alemania acaba de dar á la estampa un volumen titulado *SPANISCHE STIERGEFECHE*, al que acompañan tres magníficos grabados y el retrato en colores de Salvador Sánchez (*Frascuelo*).

Un honor que no han alcanzado todavía en Berlín, ni Sagasta ni Martínez Campos.

¡Llor, pues, á toros y toreros! Ellos nos proporcionan diversión y recreo, y aumentan la fama y lustre de España por todo el mundo civilizado.

Y aquí termino mi puntiaguda lucubración, antes de que el benévolo lector me eche el toro, no sin gritar henchido de patriótico entusiasmo:

—¡Paso á la España torera!

Diciembre, 1889.



A ÉL Y Á ELLOS (1)

Hoy consagro mi humilde y débil estro
á celebrar tus triunfos en el Coso,
y á ensalzar tu toreo primoroso
que te ha elevado al rango de maestro.

Y aunque ande por Madrid más de un
cabestro

que te niegue dictado tan honroso,
un público sensato y numeroso,
te reconoce inteligente y *diestro*.

Si hundidos del despecho en el abismo,
los de Villazoquete dan *patadas*
sintiendo de la rabia el paroxismo,

Sigue tú dando buenas estocadas
y ostentando valor y clasicismo,
que no te faltarán *guita* y palmadas.

1883

(1) *El* era Rafael Molina (*Lagartijo*) y *ellos* algunos *lagartijófobos*, que declararon al maestro guerra sin cuartel.



LA MUERTE DEL CHICLANERO

Pocas temporadas taúrinas tan lúgubres en su comienzo como la que se inauguró en Madrid el día 28 de Marzo de 1853. Sentíase aún la falta de aquel coloso que se llamó Francisco Montes, arrebatado á la vida dos años antes por una calentura maligna en Chiclana, su villa natal; y eso que para llenar vacío tan grande quedaron figurando en primera línea dos toreros de tanta fama como Francisco Arjona Guillén (*Cúchares*) y José Redondo (*el Chiclanero*).

La rivalidad que ambos campeones sostenían en las principales plazas de toros de España, revistió caracteres de un duelo a muerte cuando en la de la villa y corte y durante la primavera del año 1852, torearon

ocho ó diez corridas en ardiente competencia, estimulados por sus respectivos partidarios que formaban dos numerosos bandos.

Ya lo decía *Cúchares* con pintoresco estilo antes de salir de Sevilla: *En Madrí se ha perdido una corná y vamos á ver cuál de los dos se la encuentra.*

No hubo afortunadamente desgracia alguna que lamentar, y lo que sí pudo apreciarse fué el valor y la inteligencia de aquellos dos *torerazos* que prodigaron su habilidad y sus recursos en todo momento, quedando, no obstante, el campo por *el Chiclanero* que practicó á la perfección la suerte de recibir con casi todos los toros que estoqueó.

Tan brillante campaña hizo que se le designase por voto unánime para ocupar el primer puesto en la temporada de 1853, siendo contratados como espadas de cartel José Redondo (*el Chiclanero*), Cayetano Sanz y Manuel Trigo; pero dos ó tres meses antes de principiar las corridas se esparcían ya rumores pesimistas acerca de la enfermedad que minaba la existencia del bravo li-

diador, rumores que por desgracia tuvieron confirmación al verle llegar á Madrid y comprender por el estado de demacración en que se hallaba que le sería ya imposible volver á vestir el traje de luces.

Contratóse para sustituirle á Julián Casas, y la misma tarde de la corrida inaugural en que él debía haber toreado, alcanzando el aplauso delirante que siempre le otorgaba el público, falleció consumido por la tisis, en su domicilio, calle del León, núm. 24.

En la plaza, más que del espectáculo se hablaba de la desgracia de José Redondo: la triste noticia circuló por gradas y tendidos cuando se estaba lidiando el tercer toró; y ni el juego que dieron los de Bañuelos y de don Vicente Martínez, ni el celo con que procuraron llenar su cometido las cuadrillas dirigidas por Julián Casas, Cayetano Sanz y Manuel Trigo sacaron de su preocupación y marasmo á los espectadores, que mustios y cabizbajos abandonaron el local, pareciendo que salían más bien de un duelo que de una fiesta de toros.

Al siguiente día 29 de Marzo, *El Enano*,

único periódico taurino que entonces se publicaba en Madrid, insertó en sus columnas la siguiente noticia:

«Ayer á las cinco menos cinco minutos, falleció el célebre y tantas veces aplaudido lidiador José Redondo (*el Chiclanero*), cuyo acontecimiento, aunque esperado por lo grave del mal que tantos días ha estado sufriendo, ha llenado de sentimiento á cuantos le conocían y á los aficionados al toreo, que han visto desaparecer en la flor de su edad al mejor y más simpático de los lidiadores de estos tiempos. ¡Háyale Dios otorgado á su alma todo el bien que nosotros deseamos!»

La traslación del cadáver desde la iglesia de San Sebastián donde fué depositado al cementerio de San Luís, se verificó el día 30 á las tres y media de la tarde, asistiendo á la triste ceremonia extraordinaria concurrencia perteneciente á todas las clases sociales, y leyéndose varias poesías antes de dar sepultura al cuerpo del infortunado lidiador, entre las que descuella la compuesta por D. Antonio Guzmán que él mismo leyó y termina así:

«Venid conmigo sus amigos fieles,
seguidme todos los del pueblo ibero,
á colgar en su túmulo laureles,
á llorar en su tumba al CHICLANERO.

Presurosos venid, mi voz os llama;
y al dejar en la huesa el polvo inmundo,
separadle primero de la fama,
porque la fama pertenece al mundo.»

En la segunda corrida de la temporada que se celebró el lunes 4 de Abril, se presentaron de riguroso luto los diestros que componían la cuadrilla del malogrado torero y que eran los picadores Francisco Puerto y Lorenzo Sánchez, los banderilleros *Lillo*, Nicolás Baro y *Paquilillo*, y el cachetero Gabriel (a) *Patolas*.

José Redondo que había contraído matrimonio el año 1851 con D.^a Juana García y que no tuvo sucesión, otorgó testamento (del que poseo copia legalizada) en la villa de Chiclana á 7 de Marzo de 1852 ante el notario D. Luis Félix González, declarando herederas de todos sus bienes á su madre D.^a Dolores Domínguez y á su citada esposa.

Lo que no pudo transmitir fué su habilidad suprema como lidiador, y especialmente su admirable manera de matar los toros recibiendo, con una facilidad y una holgura tales, que asombraba á su mismo maestro y paisano Francisco Montes y que nadie ha igualado después.

1900.





LO DEL DOMINGO DE RAMOS

(BERZA EXTRAORDINARIA)

Con *una extraordinaria* del Saltillo,
tiempo muy fresco y regular entrada,
comenzó, sin gran brillo,
la de toros presente temporada.
El ganado lidiado,
más resultó *perdido* que *ganado*,
pues demostró muy pocas condiciones
de poder y bravura,
y por añadidura
era gacho y escaso de pitones.

Guerra, el segundo de los Rafaeles
y *el Espartero*, diestros arrojados,
eran los encargados
de expedir pasaporte á los *bureles*.

La cualidad saliente

que ostenta *el Espartero*,
es la de ser valiente,
cosa muy esencial en un torero.
Con los toros *se aprieta*
y los despega bien con la muleta;
pero al meter el *sable*,
encuentro su trabajo deplorable:
no tiene habilidad, ni maña, ni arte,
y coloca el estoque en cualquier parte.
Si en esta *suerte* no se hace más ducho,
va á tener otra suerte reservada;
que es, la de pinchar mucho
ó la de recibir una cornada.

Guerrita estuvo superior hiriendo
y alcanzó una ovación justificada;
pues mató al cuarto toro RECIBIENDO,
de una gran estocada;
y á su segundo *pavo*,
de un volapié saliendo por el rabo,
después de una faena
un poco deslucida, pero buena.

De la gente de á pie y la de á caballo,
nada digo..... me callo;
lo creo así prudente,
pues cual dice un proverbio no reciente,

peor es meneallo.

En los quites, entrambos matadores
haciendo mil piruetas,
dando saltos y dando volteretas
y cosas aun peores;
que por tal tengo presentar al toro
haciendo caso omiso del decoro,
las partes posteriores.
¡Oh jóvenes! con lidia tan pedestre
y tan zaragatera y tan en tonto,
váis á convertir pronto
nuestro circo taurino en circo ecuestre.

Marzo 1891.





TOREROS BUROCRÁTICOS

—
AL DOCTOR THEBUSSEM,
CARTERO HONORARIO DE ESPAÑA.

Queridísimo doctor: Tengo contraído solemne compromiso con nuestro amigo el director de *La Lidia*, de aderezar un artículo para su popular y acreditado semanario; tengo también la ineludible obligación de escribirte, á tí, tan diligente y activo en tu correspondencia, como yo moroso en la mía; y he discurrido el medio de *ir por atún y ver al Duque*, hilvanando la presente epístola que llegará á tus manos inserta en las columnas del periódico. El procedimiento, si no es ingenioso, resulta, por lo menos, muy cómodo para mí.

.. Dado el medio que esta vez empleo para

comunicarme contigo, es de rigor hablar de algo que á más de ofrecerte mediano interés, pueda ser agradable á los lectores de *La Lidia*; y en tal concepto, he creido que puede tener cierta novedad, el presentar á los toreros bajo un aspecto que no deja de ser original.

Es lo más común y adecuado estudiar al torero en la plaza ejercitando su profesión, acosando y derribando reses en el campo y tomando parte en tientas y capeas; ó bien, si se atiende á las costumbres generales de la clase, buscarle en las peleas de gallos, en los *colmados*, verbenas, romerías, *juergas*, sesiones de *cante* y baile flamenco..... *e in altri siti*; mas no parece propio ni verosímil, que hayamos también de encontrarle entre los legajos de las oficinas, interviniendo en expedientes, emitiendo dictámenes y redactando oficios, ni más ni menos que si fuera un Jefe de Sección ú oficial de Secretaría. Y sin embargo..... *se dan casos*, y allá va uno.

Corría el mes de Junio del año de gracia de 1823, acababa de caer *la negra* y bebía y fumaba muy tranquilo en España *nuestro*

muy amado monarca Don Fernando VII, el *deseado*. No era cosa tan llana entonces, el que un simple mortal se presentase á ejercer como lidiador en función pública de toros, sin que previamente se le sometiera, ya que no á una información de limpieza de sangre, al menos á un examen pericial de sus condiciones artísticas; así es, que cuando el joven Manuel Cartón quiso ejercer la profesión de varilarguero en el coso madrileño, tuvo que empezar por proveerse de un pliego de papel del sello 4.º de 40 maravedises, en el que iba impresa la indispensable nota de *habilitado en nombre del Rey Nuestro Señor quitada la Constitución en 23 de Mayo de 1823*, y elevar al Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. Villa la siguiente instancia:

«Excmo. Sr.—Manuel Cartón, vecino de esta Corte, con el debido respeto, á Vuecencia expone: Que siendo muy conocido su intrépido valor, como lo tiene acreditado en repetidas ocasiones, y más particularmente en la Ciudad de Lisboa, como consta de los previos informes y del adjunto documento

Diario que acompaña, suplica á V. E. se sirva admitirle á trabajar en clase de picador para las funciones de toros que se celebren en ésta: persuadido que todo el anhelo del exponente no se ciñe más que á complacer en un todo á V. E. y al venerado público de esta muy H. V. y que disfrute del mérito de éste, que con arrojo y gallardía, picará al toro en cualquier parte que se pare. Gracia que espera de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid á 3 de Junio de 1823.
—*Manuel Cartón.*»

Esta instancia, al día siguiente 4 de Junio, y por decreto marginal del Corregidor, pasó á informe del espada Jerónimo José Cándido; pero el *señor Jeromo*, no queriendo comprometerse, ó no conociendo realmente el mérito del aspirante, redujo su contestación á los términos siguientes:

«No teniendo conocimiento en este interesado, no puedo informar nada, y sí lo podrá hacer su suegro y cuñado Lorenzo Baden y Antonio Baden.—*Jerónimo José Cándido.*»

El espada Lorenzo Baden fué. menos re-

servado, y arrancándose por mano de amanuense, soltaron ambos un bajonazo al idioma, emitiendo el siguiente dictamen, que transcribo íntegro, respetando su *ortografía*:

«En quanto á lo que se me dice ynforme de Manuel Carton digo que es un chombre debalor yaquedado vien ento das partes que apicado es quanto puedo ynformar A. S. S. por Lorenzo Baden, *Juan Garcia.*»

Y en consecuencia y de conformidad con este dictamen, se autorizó en 7 de Junio el contrato de Manuel Cartón.

No creas que todos los toreros maltrataban así á la gramática. Al señor Pedro Romero, que fué el Fénix de los matadores de su época, se le agració en 1794 con el cargo de Visitador del casco de la ciudad de San Lúcar de Barrameda, y en 19 de Diciembre de dicho año dirigía el siguiente oficio á su protector el Conde de Altamira:

«Excmo. Señor.—Muy señor mío y de mi mayor respeto: Conociendo que la protección de V. E. y su poderoso influjo me ha proporcionado el empleo de Visitador del casco

de la ciudad de San Lúcar de Barrameda, no puedo menos que tributar á V. E. las más humildes y respetuosas gracias, como lo ejecuto por mí y á nombre de toda mi familia, que le viven á V. E. lo más reconocidos; y espero de la bondad y caridad de V. E. que en todo evento ha de mirar por el bien de estos sus más fieles servidores.—Celebraré goce V. E. las próximas pascuas con las felicidades que apetezco á V. E. y que, seguro de mi fina voluntad, no me tenga ocioso en cuanto pueda contribuir á su mayor obsequio.—Nuestro Señor guarde la vida de V. E. muchos años.—Ronda, 19 de Diciembre de 1794.—Excmo. Señor.—B. L. M. á V. E. su más humilde servidor—*Pedro Romero*.—Excmo. Sr. Conde de Altamira.»

Creo que conocemos tú y yo algunos diputados, senadores y hasta ministros que no son capaces de redactar un oficio tan correcto como el que acabo de transcribir.

Terminaré—que esto se va haciendo largo—dándote á conocer otro documento curioso, aunque de carácter particular, y es una carta dirigida en 1822 por el picador

Manuel Ceballos al célebre varilarguero Cristobal Ortiz, natural de Medina Sidonia, que murió de resultas de una tremenda caída que dió en la plaza de Almagro el 27 de Agosto de 1832. La carta citada está escrita en un plieguecillo de papel, cerrado por medio de tres dobleces y pegado con oblea, y lleva la siguiente dirección:

«A Cristobal Ortiz, Picador de toros: calle de Jesús y María, mas avajo del tinte de flores en la taverna.—Madrid.» Hay un sello en tinta encarnada que dice: «Andalucía alta.»

El texto de la carta es como sigue:

«Anduja y Junio 27 de 1822.—Mimas Estimado tio Cristobal. seta sedirije para desirle á V. como el dia tres ó el quatro estare en esa pues en la hotra mia savria como tenia la pierna lastimada y todavia voy cojo. Esquanto tengo que desirle. dara Expresiones a la seña Juliana y ala niña y a Jeromo Candio y V. mande a este hasta nuestra bista su amigo—*Manuel Ceballos*—P. D. batan bien Junto conmigo Berrinches.»

El Berrinches á que se alude en la post-

data, no le conozco como torero; pero deduzco del apodo que debía ser un apreciable sujeto, que tomaría una sofocación por un quitame allá esas pajas.

.....

.....

Quédate á Dios y recibe un cordial abrazo de tu invariable admirador y amigo,
L. C. y M.

Agosto, 1887.





SILBAS MEJOR QUE CORNADAS

Cuentan de un diestro que un día
tanto pinchaba y pinchaba,
que el público le silbaba
y el toro no se moría.

—¿Habría otro—entre sí decía—
más desgraciado que yo?
En la misma tarde halló
respuesta elocuente, viendo
que á otro torero un *berrendo*
la muerte le ocasionó.





LA PRIMERA SUERTE

Era la tarde del 24 de Septiembre de 1882 y se celebraba en la plaza de toros de Madrid una corrida en que se lidiaron seis de la acreditada ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Sevilla, estando encargados de estoquearlos los matadores José Machío, José Sánchez del Campo (*Cara-ancha*) y Fernando Gómez (*el Gallo*).

Siendo esta una de las últimas corridas de aquel año y no ofreciendo el programa grandes alicientes, la concurrencia al espectáculo fué escasa. Los toros de D. Anastasio no dieron el juego que se esperaba; cobardes para la suerte de varas y muy quedados en la de banderillas, se huyeron del todo á la hora de la muerte y Machío y *Cara-ancha* despacharon sin lucimiento á los corridos en primero y segundo lugar.

Saltó á la arena el tercer bicho, llamado *Picudo*, negro, bragao, meleno y delantero de cuerna, y á fuerza de acosarle tomó cuatro varas de *Juaneca*, *Colita* y Bartolesi, pasando con esto á la suerte de banderillas. Entró Almendro con dos pares cuarteando y presentóse un muchacho, casi un niño, desenvuelto, simpático, ataviado con modesto traje color grana con pasamanería negra: se fué andando hasta la cara del toro, le alegró con gracia y valentía, y estrechándose de verdad, dejó un par algo caído. Gustó en extremo la gallardía del desconocido joven y se premió con palmas su faena.

Seguía la corrida desarrollándose en medio del mayor aburrimiento y al sonar los clarines para poner banderillas al sexto toro volvió á presentarse el anónimo y novel banderillero, y con suprema elegancia se fué hacia el animal, que estaba hecho un marrajo, y de poder á poder le clavó un soberbio par en las mismas agujas, repitiendo con otro excelente, que se juzgó superior al primero.

La ovación tributada *al niño* revistió el mayor entusiasmo; se le hizo dar una vuelta

á la plaza, le fueron arrojados tabacos y sombreros y todos los espectadores decían: —¿Pero quién es este muchacho? ¿Dónde ha adquirido, siendo tan joven, esa habilidad especial para banderillar y para andar delante de los toros? ¿Quién le ha enseñado? ¡Vaya un chico valiente! ¡Ese va á ser una celebridad!

Al terminar la corrida no se hablaba de otra cosa, y los que habían asistido á ella, se felicitaban de haberla presenciado, á pesar de lo sosa que en conjunto resultó, sólo por ver la aparición de aquel joven al que parecían reservados grandes destinos en el toreo.

No se equivocó el público en sus pronósticos. Aquel novísimo diestro contó después por triunfos las veces que se presentó en la arena y llegó á ser el coloso, el rey de la tauromaquia española. Aquel muchacho, aquel niño del modesto traje grana y negro, que enloqueció á los aficionados la tarde de su presentación y que rompió el hielo del espectáculo, se llamaba RAFAEL GUERRA (GUERRITA).

Noviembre, 1897.



CORRIDA BENÉFICA

La benéfica corrida
saldrá bien ó saldrá mal,
que eso toros y toreros,
en el *ruedo* lo dirán;
pero los que han preparado
la fiesta cornamental,
entienden de estos asuntos
lo que Moret de Ultramar.
Diez toros, son muchos toros,
con ocho había demás;
de los cinco matadores
sobran lo menos un par
y no digo cuáles sean,
que á nadie quiero agraviar.
El nombre de *Lagartijo*
bastaba para llenar

la plaza, y dar á la fiesta-
interés y amenidad;
pero en sus altos designios
la Comisión provincial
juzgó que era necesario
á otro diestro contratar,
y á causa de esta torpeza
aumentó dos toros más,
gravando en diez mil pesetas
los fondos del hospital.
Muy bien por los diputados
y ¡viva la libertad!
Los precios escandalosos
de cada localidad
hacen que sea preciso
una finca hipotecar,
para ver esa corrida
en que el sol nos tostará;
pués comenzando á las tres
apenas sombra tendrá
un gran número de asientos
que como *sombra* se dan.
¡Vaya una sombra que tiene
la Comisión provincial!
Y gracias que el de Viana,

ha sido todo un *barbián*
que ha evitado el mangoneo
de los billetes... y tal
disponiendo que se vendan
á quien los vaya á comprar
al despacho, que es lo justo,
si no se hace así... ¡la mar!
Por estas cosas y otras
que no quiero enumerar,
en tratándose de toros
es una calamidad
el que organice la fiesta
la Comisión provincial.

Junio, 1891.





EL TOREO ALEGRE

Pues señor, digan lo que quieran los oráculos taurinos y la docena y media de murciélagos de *la afición* que con cara de vinagre piden el *torero serio*, y se indignan, chillan, patean y rabian de celos aparte ante las *alegrías* de los toreros y el aplauso universal con que son acogidos los jugueteos, monadas y desplantes, hay que confesar que estas cosas están á la orden del día y le están engordando el caldo al amigo Bartolo.

Quisieran los señores del margen que fuéramos á las corridas vestidos de luto y con *colmenas* ó *chisteras* de la época del general Espartero, para que todo resultara *serio*; que contempláramos los lances de la lidia con aspecto patibulario y cara de traidores

de melodrama; que prorrumpiéramos en amargo llanto ó levantáramos los puños al cielo al ver al diestro rascar el testuz de la fiera ó sentarse en el estribo delante de ella y que la fiesta se desarrollara con arreglo al insoportable patrón que ellos quieren trazarla, que poco más ó menos es el siguiente: sale el toro, toma cuatro ó seis varas, y los maestros entran al quite, pero sin abusar y dando solo los capotazos estrictamente precisos al efecto; tocan á banderillas y debe procurarse colgarlas sin floreo alguno para no descomponer la cabeza del bicho; suenan los clarines para la muerte, y después de brindar el espada lacónicamente y con la cara *muy seria*, propina al animal unos cuantos muletazos con *mucha seriedad*, sin emplear pases por bajo, ni cambiados, ni adelantar el pie derecho, ni enseñar la cadera, ni arrodillarse, ni separarse, en fin, del objeto principal, que es *ahormar* la cabeza del *buró*; cuadrado éste, se arranca el matador una, dos ó tres veces, según el acierto que tenga, y... las mulillas.

Convengamos en que las corridas desarro-

lladas con esta *seriedad* convertirían al espectáculo en un funeral de tercera clase, y al circo taurino en una sucursal de la Necrópolis del Este, ó del otro. El público opina de distinta manera y buena prueba de ello es que ha bastado que un torero inteligente y alegre como *Minuto* prodigue todos aquellos adornos y se abra de capa y gallée y dé el quiebro de rodillas, y rasque el testuz, y se siente en el estribo para que la gente *se disloque*, y con treinta y ocho grados á la sombra y cuarenta y seis al sol, haya llenado la Plaza los tres últimos domingos.

¿Quién habría ido al circo taurino si los mismos días hubieran estoqueado los que algunos llaman *toreros serios*? Probablemente sus amigos y la banda de música. ¿A que se debió el abono asombroso hecho para la primera temporada de este año? Pues á figurar en el cartel el pontífice máximo del toreo de adorno.

Y no es que la afición ni el gusto del público han decaído, porque en todos los tiempos ha sucedido lo mismo; los toreros *que*

han sabido torear, usaron y abusaron de esas que los aficionados fúnebres llaman *mojigangas*, y que son el condimento, la salsa del espectáculo.

Montes galleaba y daba el salto de la garrocha y saltaba al trascuerno y *se adornaba*, alardeando de su asombrosa agilidad y de sus músculos de acero; *Cúchares* derrochaba todo género de floreos; Joselito Redondo, con ser un torero corto, alegraba cuanto podía la fiesta, y *el Tato* y *el Gordito*, y *Lagartijo*, y *Frascuelo*, y *Cara-ancha* y *el Gallo* y todos los que verdaderamente han sido toreros, no han desperdiciado ocasión de embellecer y animar el espectáculo con bazarrias, alardes y jugueteos de buen gusto, produciendo en los espectadores el delirio.

¿Qué han hecho, en cambio los *toreros serios*? Hacer monótona la fiesta y despojarla de esa expansión y movimiento que son sus condiciones primordiales. *Mucha carne echaban abajo el Panchón*, *el Cano*, *Pepete*, *Ponce*, *Suárez*, *Hermosilla*, *Felipe García* y otros; pero su *toreo seco y sin angel* aburría

á los buenos aficionados. El mismo coloso que se llamó Manuel Domínguez, de glorioso nombre en la tauromaquia, matador de *primissimo cartello* y hombre de mucha conciencia toreando, no pudo *hacer* una temporada entera en Madrid, por lo excesivamente serio y poco flexible que resultaba su toreo.

No hay que darle vueltas: esas que llaman *mojigangas* ciertos inquisidores de *la afición*, cuando se hacen bien entusiasman á los públicos, porque además de ser propias é ingénitas del espectáculo, revelan en los que las llevan á cabo, vista, valor, gracia y habilidad. El que no las practica es por que no puede ó porque no sabe, y en cuanto á los espectadores, antes, ahora y después han votado y votarán siempre por *el toreo alegre*.

Julio, 1897.





ALTERNATIVAS Y LÍOS

Ahora que críticos y aficionados ponen el grito en el cielo con motivo del caso del *Conejito*, por la falta de formalidad que hoy se observa en la puntiaguda cuestión de alternativas, suponiendo que los toreros del día han producido una perturbación nunca vista, voy á ofrecer á mis lectores unas cuantas noticias fidedignas, para que vean la seriedad que había en tiempos pasados respecto á estas cosas en nuestra propia y auténtica Plaza de Madrid.

Manuel Díaz *Lavi*, que figuró alternando como espada en las corridas de toros de la Plaza de Madrid, desde el año 1846, se presentó en 1857 en corrida de novillos con mojiganga, para estoquear los toros de puntas, volviendo á figurar como espada de car-

tel, y sin perder su antigüedad, en las corridas de toros del año 1858.

Domingo Mendivil alterna en corrida de toros en la Plaza de Madrid, el año 1856, haciéndole la cesión correspondiente nada menos que Manuel Domínguez, y en los años 1857 y 1859, actúa como espada en las novilladas para matar los toros de puntas, volviendo en 1860 á matar alternando en corrida de toros.

Gonzalo Mora alterna en las corridas de toros de la Plaza de Madrid el año 1860, y el año 1861 mata en las novilladas. En 1862 vuelve á alternar como espada en corrida de toros, y antes de terminar el año, mata otra vez en las novilladas. El año 1863 vuelve á ser espada de cartel en corrida de toros, siempre conservando su puesto de antigüedad; y en el mismo año 1863 y en 1864, aparece *una vez más* como novillero. En 1865 y siguientes, queda ya ¡gracias á Dios! como matador de cartel.

Antonio Luque *el Cúchares de Córdoba*, alterna en las corridas de toros de Madrid el año 1863; y en 1864, 65 y 66, figura com

espada en las novilladas. En 1867 vuelve á figurar en corridas de toros por delante de *Lagartijo* que tenía alternativa del año 1865. En 1868 es Luque *otra vez más* espada novillero, y en 1869 orondo espada de cartel en corrida de toros, siempre por delante de *Lagartijo*.

Vicente García *Villaverde* según reza el cartel de la II.^a media corrida de toros verificada en la corte de España, el día 12 de Junio de 1864, *alterna por primera vez en esta plaza*, haciéndole *Cúchares* la consabida cesión que nos trae á todos tan mareados; y sin embargo, en el mismo año 64, mes de Agosto, y en 1865 y 67, vuelve á pertenecer al ramo de novilleros. En 1868, y como si nada hubiera pasado, alterna en corrida de toros; y en 1870 vuelve á sus primeros amores, ó sea á estoquear en los novillos. Pero ni corto ni perezoso, torna en 1871 á ser espada de cartel, para descender ¡oh cielos! en el año 1872 á las ínfimas novilladas con mojiganga, capitalistas y toros de muerte. En el año 1874, aparece su nombre como espada de alternativa en las corri-

das de toros. Pudo entonces decirse con *El Padre Cobos*:

«*En ellas* por hoy reposa:
mañana será otra cosa.»

Pues ahora vamos, no con un *Dios chico* del toreo, como es el asendereado Antonio Dios *Conejito*, sino con los dioses mayores de la tauromaquia.

Cayetano Sanz, el encopetado Cayetano Sánz, flor y nata de los toreros clásicos de su época, alterna en las corridas de toros del año 1848 con *Cúchares* y Julián Casas, y en la novillada del 25 de Marzo de 1849 estoquea los dos toros de puntas. Vuelve á figurar como espada de cartel en el mismo año 1849 y siguientes, y al cabo de doce años de matador de alternativa, se presenta el año 1860 en dos corridas de *novillos embolados* con mojiganga y fuegos artificiales, para estoquear dos toros de puntas, reingresando luego en las corridas de toros sin perder su puesto de antigüedad.

Por último, el señor Manuel Domínguez aparece como *nuevo en esta Plaza* en la co-

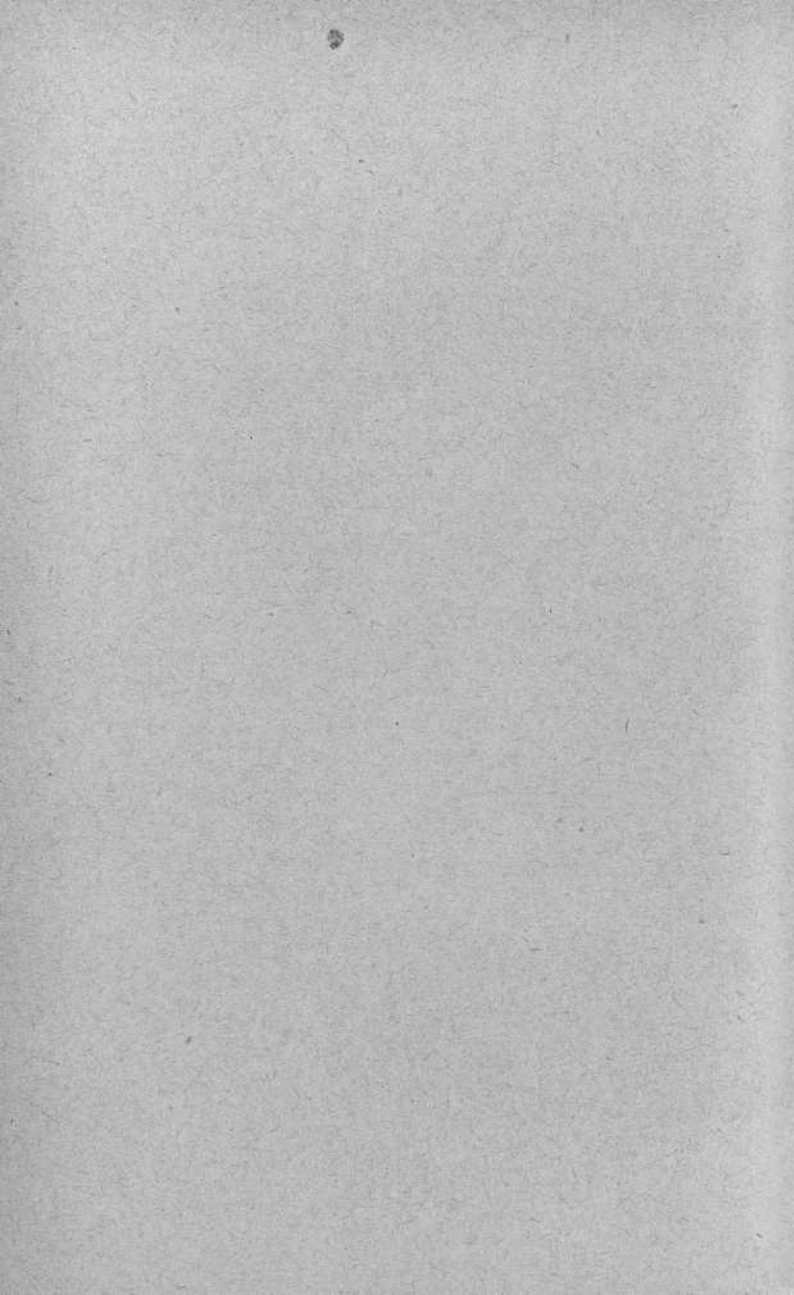
rrida del 10 de Octubre de 1853, alternando con Julián Casas, Cayetano Sanz y *Lavi*, y siete años después figura en carteles de novilladas con embolados, picadores montados en burros y función de pólvora, para matar los toros de puntas.

Y podría citar multitud de precedentes análogos relativos á los espadas Isidro Santiago, José Muñoz, José Antonio Suárez, Angel Fernández *Valdemoro*, Jacinto y José Machío, José Giráldez *Jaqueta* y otros muchos.

De modo que ahora, antes y después, en esto de las alternativas, se puede con razón preguntar: ¿Quién me compra un lío?

1897







A UN CÉLEBRE GANADERO

¡Oh, tú! Duque patilludo,
que del gran Colón descendes
y que has sido en esta tierra
Diputado varias veces
y Senador y Ministro;
que has confeccionado leyes
y redactado decretos;
que cien blasones posées,
honores y dignidades,
bandas, cruces y mercedes:
reconozco de buen grado
lo ilustre de tu progenie,
tu rectitud, tu talento,
tu instrucción y más si quieres;
pero como ganadero
—el decírtelo me duele
y dispensa la franqueza—
me resultas un *percebe*.
¡Oh, Duque! Tu nombre excelso

que como el sol es luciente;
tus timbres y tus escudos,
tus discursos y tus leyes,
tus actos como Ministro
que sólo elogio merecen,
te darán, sin duda, fama;
pero no tan indeleble,
tan legítima, tan pura,
tan eternal y perenne,
como la que has conquistado
criando *mansos y bueyes*.

Noviembre, 1897.





«GUERRITA», «EL CUCO»

Y FRANCISCO PUERTO

Entre los grandes actores que han consagrado sus facultades y talentos al público y ejercido su profesión como medio eficaz para procurarse gloria, posición y popularidad, hubo unos que se circunscribieron al estudio asídúo y cuidadoso de aquello que les era necesario al sostén de su fama y fomento del apláuso, cultivando sus aptitudes con esmero; y otros que, entusiastas del arte que emprendieron, á él sometían todos los instantes de su vida, adquiriendo, no sólo el caudal de conocimientos que requiere la interpretación escénica, sino penetrando en la entraña de las obras encomendadas á su inteligencia; formándose de esta manera gusto exquisito é ilustración nada común.

Carlos Latorre, Joaquín Arjona, Julián Romea (el bueno) y el mismo D. Emilio Mario, han sido, además de grandes actores, hombres de excelente gusto y sana doctrina literaria, que han causado el embeleso de quienes les oyeron hablar de arte teatral. Y es, porque sobre ser eminentes artistas, fueron también verdaderos *amateurs* de cuanto se relacionaba con su profesión.

Entre los toreros, y salvadas por supuesto las distancias consiguientes, sucede mucho de esto. La afición casi siempre, y el deseo de lucro en algunos casos, lleva á la juventud á comenzar tan arriesgado oficio, y cuando se logra ser *alguien* en él, márcase entonces si la vocación es verdadera y se sigue ejerciendo con entusiasmo, ó se limita la aspiración del lidiador á reunir un decente capital para cubrir las necesidades de la vida y asegurar una vejez tranquila. En este caso, al llegar á cierta altura, sólo se hace lo estrictamente preciso para conservar, si se puede, la reputación adquirida, revelándose la frialdad y la apatía en el trabajo; pero si la vocación es legitima, si la sangre torera

hierva en el cuerpo, el diestro brega sin descanso, lo hace y lo intenta todo, aquilata y observa lo que hacen los demás, celebrándolo si lo realizan con habilidad, y su conversación obligada á toda hora es de toros y de toreros.

José Redondo era un entusiasta de su arte; Cayetano Sanz disfrutaba hablando de la lidia, y ambos—según he oído decir á quien los trató—se expresaban de un modo magistral en sus apreciaciones sobre el toreo. A Montes le escuchaban como á un oráculo, inteligentes de tanto vuelo como D. Blas Reguera, D. Alejandro Latorre, el Duque de Veragua, padre del actual, y la pléyade de aficionados prácticos que hizo patente su valor y destreza en la sociedad *Lid taurómaca*, establecida en Madrid, por los años de 1850 á 1852. *Frascuelo* tuvo delirante pasión por la lidia, y en la época de su juventud hubiera sido capaz de torear gratis antes que dejar de vestirse de torero; al *Gallo* he tenido ocasión de oírle repetidas veces hablar del arte del toreo, y su gusto era depuradísimo. *Guerrita* dice que no hay

un sólo día en el interregno taurino, que no dedique algunas horas de la noche, después de las excursiones de campo ó de caza, á discutir con los amigos íntimos que le acompañan sobre cosas de toros y de toreros.

Dos lidiadores de primera nota que brillaron en tiempo lejano, y sobre los que se ha emitido ya juicio favorable y definitivo, existen todavía por fortuna y pertenecen á esta clase: refiérome á Francisco Ortega (*el Cuco*), que fué gran banderillero, y á Francisco Puerto, no menos célebre picador.

Los que desgraciadamente hemos entrado ya en el ocaso de la vida, conocimos al primero y no es fácil olvidar aquella alegría, aquella vista, aquella precisión, aquel *ángel*, en fin, del *Cuco* para banderillar, formando admirable pareja con el finísimo Matías Muñoz, y ambos á las órdenes del espada Antonio Sánchez (*el Tato*). ¡Qué entusiasmo despertaban en los aficionados por los años de 1860 á 66, y qué ovaciones se les tributaban en todas las corridas!

Del picador Francisco Puerto, ¿quién no ha oído hablar? Hermano del también cele-

brado varilarguero Carlos, que sucumbió víctima de una tremenda cornada recibida en la plaza del Puerto de Santa María, figuró en primera línea en las cuadrillas más notables, y su gallarda presencia, su habilidad como caballista, su maestría consumada para reunirse con los toros y la pujanza para castigarlos y echárselos por delante, hicieron que se le juzgara como el mejor de los diestros de á caballo que había en su época; y cuenta que en lugar de los *picapedreros* que hoy se estilan, los había entonces de tanta valía como *el Coriano*, *Charpa*, *Gallardo*, *Sevilla*, *Chola* y otros.

Ambos lidiadores, como he dicho antes, viven todavía; el primero, dedicado al comercio de carnes en Cádiz, su pueblo natal, y el segundo, que frisa ya en los ochenta años, en la ciudad de Chiclana, donde se avecindó al retirarse del toreo hace más de cuarenta años y contraer matrimonio con la viuda de *Paquiro*. La sangre torera, no extinguida en ellos, les ha inducido con frecuencia á presenciar las famosas corridas de feria en Sevilla; y como votos de esta cali-

dad, respecto á los toreros de hoy, deben ser conocidos, no creo indiscreto dar publicidad á lo que me fué referido por persona veraz y respetable, que hoy radica en Madrid,* y que tuvo la dicha de oír de viva voz las apreciaciones que voy á consignar, emitidas en íntima reunión de aficionados.

—No se ha acabado en mí, á pesar de mis años—decía el veterano Puerto,—el entusiasmo que siempre tuve por la fiesta de toros. Lo que hay es que me cuesta trabajo ponerme en viaje, aun cuando, á Dios gracias, estoy bien de salud; y ya que ustedes me preguntan mi opinión sobre Rafael Guerra, á quien se considera hoy con razón como el torero más aventajado, les diré que yo he visto lo mejor de mi época, y mi época fué de las más brillantes; trabajé con Manuel Domínguez, que era un coloso en la suerte de recibir; pertenezco á la cuadrilla de José Redondo, que recibía tan bien como Manuel y era torero de más recursos; toreé con Montes, que era la inteligencia personificada; con Cayetano, que afinaba como pocos con la capa y con la muleta; con *Cúcha-*

res, que menos clásico en su toreo, tenía especial habilidad para dominar á todas las reses; he visto luego al *Tatillo*, al *Gordito*, á *Lagartijo*, á *Frascuelo*, á *Currito*, á todos los buenos toreros, en suma; pues bien, yo les digo á ustedes que más general y más largo que *Guerrita* toreando; siendo buen banderillero, buen matador y buen torero, desde Montes acá, no he visto ninguno.

Tales fueron, al poco más ó menos, las apreciaciones del gran lidiador de á caballo, que vinieron á coincidir con las vertidas también en reunión íntima por *el Cuco*.

—Vengo á la feria—decía el reputado banderillero—para realizar mis compras de ganado y para ver torear á Guerra. Tengo la conciencia de que en mi tiempo llené con decoro mi puesto y fui hasta donde el primero: hubo una temporada en que deseando poner la raya más alta que nadie, y queriendo corresponder á los aplausos del público, empecé á cambiar los terrenos á los toros. A las cinco ó seis corridas tuve que desistir porque veía que alguno me iba á hacer pedazos. Este chico lo hace siempre que quie-

re sin ningún riesgo, quiebra, sesga, banderillea holgadamente por los dos lados y en todas partes; con la muleta es un maestro, en la brega un león, se quita de delante los toros pronto y con estocadas grandes y buenas... pues digo yo que es el mejor torero que he visto, y por eso le llevo aquí.

Y quitándose el sombrero ancho, mostró el retrato de *Guerrita*, que llevaba cosido en la parte interior.

¿Qué dirán á esto los pocos *inteligentes* que aún escatiman sus méritos al espada que en *once años* de alternativa ha toreado *ochocientas nueve corridas* y ha matado, casi siempre con lucimiento, *dos mil ciento treinta y siete toros*, después de haber sido durante seis años excelente peón de lidia y banderillero? ¿Qué torero puede exhibir una hoja de servicios más brillante? Verdad es que ya, fuera de unos cuantos *sablistas*, á quienes Guerra sabe *despegarse* con la misma habilidad que á los toros, no hay quien no reconozca al diestro cordobés como una de las más grandes figuras de la tauromaquia.



SEGUIDILLAS JITANAS

A las cuatro de la madrugada, en la calle de Arlabán (antes de Jitanos y ahora también), un *cantaor* rodeado de algunos *maletas* y gente de bulla, rasgaba el viento con las siguientes *seguiriyas* por *too lo jondo*.

Dame *sien* pesetas
si *quiés* que te alabe;
porque estoy *pasandito* en *er* mundo
faitigas muy grandes.

Me gusta *Reverte*
porque es andaluz,
y si ve en un apuro á ún cristiano
le *larga* la *luz*.

Guerrriya torea
como *er mesmo* Dios;

pero yo le *abuqueo* por cosas
que son *pa* los dos.

—

¡Ay! Si ese *piquiyo*
no me manda Luis,
mairesita, con tantos ingleses
¡qué va á *se* de mí!

Marzo 1896.





FRASCUELO

Y SU PRIMER CARTEL EN MADRID

Ahora, que por retirarse *Frascuelo* de la lidia, excita la mayor atención todo lo que con su vida torera se relaciona, y han de trazarse biografías y estudios del célebre diestro, voy á rectificar un error que he visto consignado en el libro del Sr. Peña y Goñi, *Lagarttjo y Frascuelo y su tiempo*.

Se trata de una efemérides de cierta importancia en la carrera de Salvador, cual es la fecha precisa en que por primera vez fué anunciado en los carteles de la Plaza de Madrid, y el reputado escritor Sr. Peña y Goñi dice en la página 75 de su citado libro:

«En la 3.^a corrida de novillos, verificada el 3 de Diciembre de 1865, encontramos el

primer ascenso de Salvador. Véase lo que decía el cartel al enumerar los lidiadores para los dos toros de puntas:

ESPADA: Vicente García (*Villaverde*), con su correspondiente cuadrilla de banderilleros, contándose entre ellos Salvador Sánchez (*Frascuero*), que dará el *quiebro en la silla*, si algún toro se prestase á esta suerte.

SOBRESALIENTE DE ESPADA: el mencionado *Frascuero*, sin perjuicio de banderillar los toros que le correspondan.»

Y añade el Sr. Peña y Goñi:

«Advertencia importante.—Este es el primer cartel en que aparece en Madrid el nombre de Salvador Sánchez (*Frascuero*).

Pues bien; nada de esto es exacto. El ascenso á que el Sr. Peña y Goñi se refiere, lo había obtenido *Frascuero* mucho antes, y el cartel de 3 de Diciembre de 1865 no es el primero, ni el segundo, ni el tercero en que figuró el nombre de Salvador en la Plaza de Madrid.

Y vaya la prueba. A la vista tengo el cartel de la 13.^a corrida de novillos, verificada el domingo de Carnaval, 26 de Febrero de

1865, en que se lidiaron dos toros de puntas, y en el que se lee lo siguiente:

«Entre los banderilleros, trabajará Salvador Sánchez (*el Frascuelo*), que se ha obligado á ejecutar la difícil suerte del quiebro, poniendo banderillas sentado en una silla, si alguno de los toros de puntas se presta á ello.»

En el cartel de la 14.^a corrida de novillos, que se verificó el domingo de Piñata, 5 de Marzo de 1865, aparece esta expresiva advertencia:

«Entre los banderilleros, trabajará Salvador Sánchez (*el Frascuelo*)), que *repetirá*, si alguno de los toros se prestase á ello, la difícil suerte del quiebro, *que tantos aplausos mereció en la corrida anterior*, poniendo banderillas sentado en una silla.»

Véase como el ascenso le había obtenido ya Salvador con aplauso de los aficionados.

En la 17.^a corrida de novillos, verificada el domingo 26 de Marzo, y en que también se lidiaron dos toros de puntas, figuró ya Salvador *como espada*, según puede verse en el cartel anunciando la corrida, que dice:

«ESPADA: Salvador Sánchez (*Frascuero*) á cuyo cargo estará la correspondiente cuadrilla de banderilleros. El mismo se obliga á ejecutar la difícil suerte del quiebro, poniendo banderillas sentado en una silla, si alguno de los dos toros de puntas se prestase á ello.»

Y quedó muy bien Salvador matando aquellos dos toros, primeros *de puntas* que estoqueaba en la Plaza de Madrid, cuando en la siguiente corrida de novillos, 18.^a y última de la temporada, que se verificó el 2 de Abril de 1865, también figuró como *único espada* para matar los dos toros de puntas, encabezándose el cartel con la siguiente nota:

«Siendo esta función definitivamente la última de la temporada, y deseando el *nuevo espada* Salvador Sánchez (*Frascuero*) corresponder á los aplausos y á los obsequios con que el público premió su arrojo y valentía en la corrida anterior, ha solicitado trabajar también en ésta, obligándose á efectuar, si alguno de los toros de puntas se prestase á ello, la difícil suerte del quiebro,

poniendo al propio tiempo banderillas en un silla.»

Por último, para la tarde del jueves 29 de Junio de 1865 se anunció, según reza el cartel que tengo á la vista, «una corrida extraordinaria de cuatro toros embolados y dos de puntas, que serán lidiados y muertos por las cuadrillas de españoles, indios negros y pegadores portugueses, á cargo de Francisco Rodríguez Alegría, vecino de Lisboa, que tantos aplausos ha merecido en las principales plazas de Andalucía, y en cuya corrida tomará parte la esforzada portuguesa María Rosa Carmona y el simpático y *aplaudido matador de toros* Salvador Sánchez (*Frascuero*).»

Y en efecto, *Frascuero* mató en esta corrida los toros tercero y cuarto.

Conste, en vista de los irrecusables datos aducidos, que mucho antes del 3 de Diciembre de 1865, en que Peña y Goñi dice que fué anunciado *Frascuero por primera vez* en los carteles de la Plaza de Madrid para dar el quiebro en la silla, había aquél obtenido muchos aplausos del público, *quebrando y*

estoqueando toros de puntas en las novilladas..

Restableciendo la verdad de los hechos, puede afirmarse que la corrida en que fué anunciado Salvador para torear como banderillero en la Plaza de Madrid, desempeñando su cometido muy á satisfacción de los espectadores, es la correspondiente al domingo de Carnaval 26 de Febrero de 1865, y que los dos primeros toros de puntas que estoqueó en la misma Plaza, fueron los lidiados en la corrida del 26 de Marzo de 1865, en que *Frascuero* figuró ya como espada, pertenecientes, uno á la ganadería de D. Francisco Arjona Guillén, vecino de Sevilla, y el otro á la de D. Juan Antonio Fernández del Pozo, vecino de Torrelaguna.

Y diré, para terminar, que en estas corridas ya se acreditó Salvador de banderillero y matador de toros valiente, según puede ver la persona que lo desee, consultando los números 731, 732, 735, 736 y 749 del *Boletín de Loterías y de Toros*, en que se juzga el trabajo del entonces novel lidiador.

Mayo 1890.



A RAFAEL GUERRA

EN SU RETIRADA

Montes, Curro Guillén, el *Chiclanero* y otros grandes colosos de la lidia, hubieran presenciado con envidia tus hermosas faenas de torero.

De tanto brillo tu labor ha sido, que elevando al pináculo tu fama, hoy *la afición* entera te proclama como el mejor torero que ha existido.

Al dejar de vestir la *taleguilla* y tranquilo á tu casa retirarte, puedes decir que diste gloria al arte; pero tambien le has dado... la puntilla.

Octubre, 1899.





EL SORTEO DE LOS TOROS

**Al Sr. D. Antonio Fernández Heredia (Hache),
cronista taurino de «El Nacional».**

Mi querido amigo: Como le reconozco á usted autoridad en materias taurinas y he visto que algunas veces en sus revistas ha hecho indicaciones muy oportunas acerca del punto que voy á tratar en estas líneas, á usted se las dedico y fuérame grato que su bien calificada opinión coincidiera en este caso con la mía.

Suele ponerse aquí el grito en el cielo para lamentar lo mal que andan las cosas de la tauromaquia; y aunque es verdad que no van mucho mejor que todas las demás que han traído sobre nuestra desdichada patria el espantoso temporal que corre, los que más suelen gritar á deshora, y en ocasiones sin razón, son los que, con su silencio unas ve

ces y con sus encomios exagerados otras, contribuyen á la desorganización universal que nos aflige. La prensa—¿por qué no decirlo?—tiene una grandísima parte de culpa en lo que sucede. Si fuera cierto todo lo que en sus columnas leemos á diario, España sería á estas horas el país de los genios: cada día es señalado por un brillante acontecimiento. *La gran Opera Española, estrenada anoche en el Teatro Real, es una maravilla, y proporcionó al autor cuarenta llamadas al proscenio...*; pero no traspasará la frontera ni se representará en ninguna parte, como sucedió con las que se *corrieron* en años anteriores y de las que se dijo enteramente lo mismo.

El drama puesto en escena anteayer es prodigioso y formará época en los anales del teatro...; pero á pesar de tan hiperbólicos elogios, habrá que retirarlo del cartel á los cuatro días, porque no dará una peseta.

Cuando se conozca la argumentación jurídica que ha empleado Montero Rios ante la Comisión americana, en defensa de nuestros derechos, nos quedaremos todos estupe-

factos...; pero nos quedaremos también sin todas las provincias ultramarinas. Y á este tenor, las rotativas periodísticas no cesan de producir ditirambos y panegíricos consagrados á los grandes genios que por doquier pululan.

Y lo peor de todo es que, así como el mentiroso de oficio se cree los embustes que dice, aquí nos hemos acostumbrado todos á que nos engañen, y ya la mentira tiene más prosélitos que la verdad. Vivimos, pues, en perpetuo carnaval; y el toreo no podía sustraerse á esta falsa atmósfera.

Antes, para que de un torero se hablase *algo*, era preciso que hubiese demostrado con hechos sus aventajadas condiciones para la profesión, poniendo de manifiesto su valor ó su habilidad. Ahora, no: los periódicos taurinos conceden los honores de la biografía y del retrato á los novilleros anónimos que torearán mañana, y que después de haber aburrido al público volverán al hogar doméstico, de donde nunca debieran haber salido. Y no ya los periódicos taurinos; diario político de muchas campanillas hay en Madrid que, al

par que consagra sendos artículos de alto vuelo á las más árduas cuestiones políticas y sociales, tiene abierta una sección especial para exteriorizar—supongo que con su cuenta y razón,—todas las aspiraciones y deseos del *Telaraña*, el *Pamplina*, el *Chanfaina* y demás gente menuda de la novillería, recomendándoles á las empresas con paternal solicitud para que les exhiba en las plazas y den una gran *tabarra* al bondadoso público.

En cambio, nadie se ocupa de otras cuestiones de verdadero interés para los aficionados; y como tal, cuento una que ha sido totalmente abandonada por la prensa: la del sorteo de los toros.

Ya que con tanta frecuencia se evocan recuerdos de los grandes toreros antiguos, ¿por qué no decir que á ninguno de aquellos se les ocurrió pedir el sorteo de los toros, quizás por considerarse desprestigiados con semejante petición?

Prescindiendo de la mala nota que imprime á un torero el pedir el sorteo del ganado, pues esto sólo puede significar miedo, con

tan pernicioso sistema no podrá nunca verse una corrida jugada en condiciones regulares. Atribución de los ganaderos ha sido siempre designar el orden de lidia de sus toros, para obtener el mayor lucimiento; pues á nadie interesa tanto como á ellos el buen resultado de la corrida. Nada habría que decir cuando pueda combinarse una completa igualdad en el ganado; pero como esto no es fácil que se consiga, si hay dos ó tres toros más grandes que los restantes, ya es tradicional la forma de hacer el reparto, de un modo que armoniza el interés del público, el de la empresa, el del ganadero y el de los mismos lidiadores.

Se elige generalmente para romper plaza el toro de más representación; y para justificar el aforismo taurino de que «no hay quinto malo», se designa para este puesto uno de los mejores, reservando para el último lugar el más terciado; por manera, que si en la corrida hay tres matadores, corresponden dos de los toros mayores al primer espada, y si hay dos matadores, les tocan los dos mayores, uno al primero y otro al segundo,

aliviándose en todo caso y como es justo al espada más moderno.

Con el sorteo todo se fía al azar y es el público el primer perjudicado, porque los toros de menos respeto pueden ir en los primeros lugares, y el toro de más confianza y que dé más juego en último lugar, quedando la corrida estropeada. Esto aparte de que ni aun para los mismos diestros resuelve nada el sorteo; porque si como ocurre con frecuencia, se retira un toro al corral, queda ya alterada toda la distribución; no debiendo tampoco olvidarse que los toros son *arcas cerradas*, y el que parece que ha de ofrecer menos dificultades por su tipo y escasez de defensas, suele ser el que procura una desazón al encargado de estoquearlo.

Los ganaderos deberían defender á todo trance su legítimo derecho á designar el orden de lidia de sus toros, y desde el momento en que así lo hicieran, los toreros que establecen en sus escrituras la vergonzosa cláusula del sorteo, tendrían que ceder ó resignarse á no torear. La Marquesa Viuda del Saltillo y el Duque de Veragua, han sos-

tenido su derecho, al menos en algunas escrituras del año actual.

De la primera he visto una, en que se establece esta condición:

«5.^a Un encargado de la Sra. Marquesa, acompañará los toros en el viaje, y éste será el único que podrá designar el lugar en que cada toro ha de salir á ser lidiado.»

En otra escritura que he visto del Duque de Veragua, se consigna esta cláusula:

«3.^a Los seis toros se lidiarán juntos y en corrida entera, por el orden que S. E. designe por sí ó por persona delegada al efecto.»

Algo y aun algos podrían hacer también los empresarios. Uno de los más activos é inteligentes de España, el Sr. D. José Arana, no ha permitido que en la plaza de San Sebastián se establezca ni prospere la costumbre del sorteo.

En el año actual, el día 14 de Agosto, ví yo lidiarse en aquella plaza los seis toros más grandes que se han corrido en toda España durante la última temporada, pertenecientes á la ganadería de Aleas, dos de

ellos de siete años, y tanto *Guerrita* como *Lagartijillo*, encargados de estoquear dichos pavos, les dieron muerte en el orden designado por el ganadero. Bien es verdad que Arana, empresario modelo en el cumplimiento de sus compromisos y no escaso en la retribución del trabajo de los lidiadores, no admite imposiciones de éstos, y al que quisiera establecer la condición del sorteo, le cerraría las puertas de la plaza. Igual laudable conducta han seguido las empresas de Sevilla y Bilbao.

Muchos más argumentos podría aducir en pro de la idea que defiendo; pero no quiero abusar de la paciencia de usted, amigo Heredia, y sintetizo mi criterio sobre el particular en estas conclusiones:

1.^a Creo que es depresivo para un espada el pedir el sorteo de los toros, pues esto sólo puede significar *preocupación*, por no llamarlo de otro modo.

2.^a Considero que el procedimiento del sorteo estropea y desluce la presentación de la corrida; y

3.^a Me parece llegada la hora de que los

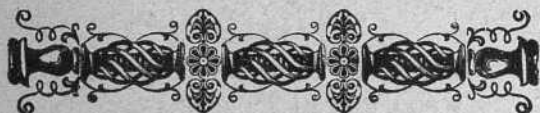
ganaderos hagan valer su derecho para la designación del orden de lidia de sus toros, y que empresas, público y prensa ayuden á que se suprima esta novísima costumbre, que, como he dicho antes, es perjudicial y depresiva para todos.

Y dispense el buen taurófilo que ha hecho famoso el pseudónimo de *Hache*, la molestia que con esta consulta le ocasiona su muy afectísimo amigo,

L. C. y M.

Diciembre, 1898.





ROMANCE

Al Sr. D. Juan Landa, acérrimo lagartijista.

Madrid á 4 de Junio.

Mi querido amigo Landa:
Recibí con mucho gusto
su amable y sabrosa carta
dedicándome un recuerdo
que le agradezco en el alma.
Mucho me place saber
que bueno y sano se halla
descansando—falta le hace—
de las fatigas pasadas.
No son pocas las que ahora
me han procurado *los ratas*
apalancando la puerta
de mi *expléndida morada*

y entrando á saco en las ropas;
y no digo en las alhajas,
pues allí no hay más que una
y estaba fuera de casa.

No dí parte á la justicia
porque le temo á su *vara*;
que pica siempre en *los bajos*
y nunca como Dios manda.

Para alivio de estas penas
y otras que el corazón guarda
fuíme el domingo á los toros,
después de comida opípara.

LAGARTIJO,—¿he dicho algo?—
el Espartero y Jarana
lidiaron seis Udaetas
finos y de buena casta.

¡Qué cosas hizo *el Califa*!
¡Qué apostura! ¡Qué elegancia!
¡Qué modo de torear!
¡Qué pases de filigrana!
¡Qué gallardía! ¡Qué adorno!
¡Qué *quites* y qué estocadas!
Creo que desde ahí oiria
el ruido de ¡olés! y palmas,
y ¡bendita sea tu madre!

y ¡no hay más que tú en el mapa!
Yo le tiré los zapatos,
el sombrero y la corbata;
y no me tiré yo mismo
desde mi asiento de grada,
porque al *medir los terrenos*
me contuvo la distancia.
Las mujeres más bonitas
y de más garbo y más gracia
agitaban los pañuelos
y de alegría lloraban;
y en barreras y tendidos
y en los palcos y andanadas,
al pasar SAN LAGARTIJO,
se gritaba: ¡*Hosanna!* ¡*Hosanna!*
No hay más que un Dios en el cielo
y un Rafael en España.
Ovación más imponente,
más colosal y más magna
no la vieron los nacidos
en toda la Era cristiana.
Y como después de esto
no puede hablarse de nada,
hago aquí punto final
y acabo el romance-carta,

deseándole que tenga
salud en esas montañas
y que mande lo que guste
á este su amigo del alma.

1892.





BARRIENDO LOS LOMOS



**Al acreditado taurófilo Pascual Millán
(Varetazos).**

Algunos revisteros de toros y la parte ignorante del público, que es la gran mayoría de los espectadores que asisten á la plaza, vienen desde hace poco tiempo ensalzando y aplaudiendo unos pases de muleta que llaman de cabeza á rabo y *barriendo los lomos*; pases que á mi juicio, y creo que al de cualquier mediano aficionado, son ineficaces, ridículos y antiartísticos; por más que á su terminación sean siempre saludados con los inevitables ¡olés! de los muchos horteras, golfos de levita é indocumentados que constituyen hoy el nervio de la concurrencia,

en las capeas indecentes que con el nombre de corridas de toros se vienen perpetrando en la plaza de Madrid.

No me sorprenden las explosiones del citado coro de salvajes, pues tengo mi opinión formada de los grados de inteligencia que alcanza el público. Ya nuestro gran satírico *Figaro*, allá por el año 1832, estudiaba lo que era *el respetable público*, y de sus sagaces observaciones deducía que éste es frívolo, caprichoso, ignorante, injusto, rutinario, intolerante unas veces, sufrido otras, que prefiere sin razón, decide sin motivo, se deja llevar de impresiones pasajeras, favorece la medianía intrigante y charlatana, despreciando el mérito verdadero; y en una palabra, que gusta de hablar de lo que no entiende.

Si esto decía *Figaro* en una época en que cada espectáculo tenía su público especial de aficionados ó devotos, y á los toros como á la ópera y al drama y á la comedia, iban los que sentían especial predilección por cada una de estas manifestaciones del arte, adquiriendo por tanto una percepción justa y cer-

tera de lo que era realmente bueno y sabiendo discernir la paja del grano, ¿qué diría hoy, en que las 10 ó 12.000 personas consagradas en Madrid á divertirse son las que concurren indistintamente á todo espectáculo con el primordial objeto de entretener el tiempo y sin interesarse conscientemente en la parte intrínseca de aquel?

No se puede negar sin injusticia que el nivel del público en los espectáculos ha bajado mucho, y actualmente, lo mismo en la ópera, que en los teatros de verso, que en la plaza de toros, se toleran y aun se elogian cosas que no hubieran podido pasar hace veinticinco ó treinta años.

En el toreo no sabe uno ya á qué carta quedarse: son tales los exabruptos y las atrocidades que se aplauden á diario con incomprendible entusiasmo, que el verdadero aficionado llega á dudar si al cabo de muchos años de presenciar corridas de toros ignorará hasta lo más rudimentario del toreo y tendrán razón los que él considera indoctos en la materia.

Una de las *camamas* que se viene *jalean-*

do con más calor en la plaza de toros de Madrid y por revisteros de cierto fuste, es el pase de muleta *barriendo los lomos*, de que hablé al comienzo de estas líneas.

Monta el matador la muleta que lleva en la mano izquierda, sobre el estoque que lleva en la derecha, y metiéndola con ambos brazos por encima de la cabeza de la res, se la va corriendo á lo largo del lomo hasta sacársela cuidadosamente por el rabo; el toro entre tanto sigue su viaje natural, obligando al matador, que ha toreado *fuera de cacho*, á emprender una vertiginosa carrera para volver á colocarse delante del bicho, y *el respetable público*, ébrio de entusiasmo, estalla en formidables hurras y aclamaciones.

En estos pases, que no vacilo en calificar de *malísimos*, son especialistas dos toreros tan medianos como *Lagartijillo* y *el Algabeño*. Señores aprendices de torero: en el toreo, todo lo que se hace *perdiéndoles* la cara á los toros *es malo* y no tiene mérito alguno ni sirve para nada. Los mejores toreros á quienes yo he visto pasar de muleta, que han sido Cayetano Sanz, *Lagartijo*, *el Gallo*

y *Guerrita*, jamás hicieron *garapatuza* semejante. Pasaban, sí, la muleta con las dos manos por encima de los cuernos en dirección al lomo: si el toro se revolvía obedeciendo al engaño, quedaban cuadrados delante de aquel, y, si no obedecía, le consentían con el cuerpo antes de que se fuera, metiéndole la cadera derecha; pero nunca hicieron la *mamarrachada* de perder la cara á la res y continuar, á *cabeza pasada*, arrastrando la muleta á lo largo del lomo para sacarla por la parte *póstuma*. ¿Qué objeto puede tener el pase dado en esta forma? Debe ser para limpiarle al toro el polvo de la piel, ó acaso para espantarle las moscas.

El que quiera obtener patente de buen torero, que se deje de *barrer los lomos* y tome los toros en la suerte natural, estirando el brazo izquierdo y sin codillear. Lo demás son mixtificaciones é *infundios*.

Pero como dice el vulgar adagio, *para quien es padre, sobra con madre*; para un público que soporta pacientemente y toma por lo serio novilladas indignas del más humilde villorrio; que está deseando que los

toreros más *siniestros* muevan un pié para aplaudirles sin ton ni son; que disculpa y *arropa* las faenas más desastrosas, si las llevan á cabo las medianías, habiendo extremado en cambio su crueldad sin pizca de razón con el único torero completo de esta época, bien está todo y aún me parece que le dan demasiado.

A tí, mi querido *Varetazos*, á quien considero voto de calidad en la cuestión, dedico estas mis lamentaciones taurinas y espero me digas con la imparcialidad que es en tí característica si estoy equivocado en mis apreciaciones, ó si tienen alguna razón de ser las que deja ligeramente apuntadas tu apasionado amigo y compañero,

L. C. y M.

Noviembre, 1899.





SEMBLANZAS

LUIS MAZZANTINI

Fué muy corto en torear;
mas arrancando á matar
valiente y habilidoso,
logró en la lidia alcanzar
con justicia un puesto honroso.

Hoy el peligro rechaza
y no quiere hacer envites;
pero asegura su baza,
tapándose con los quites
y la dirección de plaza.

ANTONIO FUENTES

Fuentes, sabe torear;
pero empuñando el acero,
no pasa de regular:
es un buen banderillero...
y pare usted de contar.

EMILIO TORRES (BOMBITA)

EN 1896.

Bombita busca la *guita*,
tiene amor propio y *aprieta*;
llegará pronto á la meta
si no se tuerce *Bombita*.

EN 1900.

Dióle un Miura una cornada
que le parecieron dos;
y después de esta jornada
tan triste y tan desdichada,
no se arrima *ni pa Dios*.

ANTONIO DIOS (CONEJITO)

Está bravo ante las reses
y es un pálido reflejo
de los maestros cordobeses.
Presumo que este *Conejo*
se va á llevar los *parneses*.

JOSÉ GARCÍA (EL ALGABEÑO)

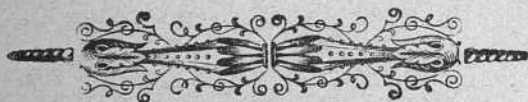
Vino con mucha fachada
y entusiasmó á *la afición*;

pero luego ¡oh decepción!
se ha visto que *no trae nada*.

LOS DEMÁS

Diré, por no ser prolijo,
que me quedo sin ninguno;
y si he de elegir alguno,
es el nuevo *Lagartijo*.





LOS CUERNOS DEL PORVENIR

Ya se va el invierno crudo
y ojalá que nunca vuelva,
si viene con el cortejo
de la *grippe* y la *influenza*.
Se ha llevado mucha gente,
pero no la que debiera;
que está Madrid que parece
una sucursal de Ceuta,
siendo hervidero de *randas*,
tomadores de carteras,
golfos, alcantarilleros,
hampones y *sinvergüenzas*.
La corte de los milagros
puede llamarse á mi tierra,
porque de milagro solo
es como se vive en ella.

Dentro de poco entraremos
en la dulce primavera,
estación que comunica
á todo vigor y fuerza,
y volveremos de nuevo
á ver la taurina fiesta
con todos sus esplendores,
su alegría y su belleza.
Mi amigo Perico Niembro
que *talla* en la cabecera
y es mozo de circunstancias,
que *distingue* y que *chanela*,
ha organizado las cosas
con habilidad suprema;
y aunque en el cielo taurino
no alumbra ninguna estrella,
nos presenta tres faroles,
que *dice* dan luz intensa.
Con esto y con buenos toros
de Andalucía y la tierra,
finos y de mucha carne,
abundantes en *madera*,
con la edad reglamentaria
de cinco años y seis hierbas,
podrá muy bien *la afición*

regocijarse de veras.

*Si buena insula le dan,
buenos azotes le cuesta;*

que diestros y ganaderos
sus exigencias extreman
y demandan cuatrocientos
por lo que vale cuarenta.

Bien hacen si se lo dan,
que á nadie amarga una breva;
pero los aficionados,
que todo este juego observan,
se disponen á exigir
mucho *verdá* en las faenas.

Así, aunque se fué *Guerrita*,
no dejará de haber guerra,
que el público paga caro
y está pidiendo pelea.

Viene D. Luis Mazzantini
como director de orquesta,
y es fama que su batuta
es una batuta buena.

Su *reprise* en esta plaza
después de tan larga ausencia,
todos, tirios y troyanos,
con curiosidad la esperan.

Quiera Dios que con coraje
y con facultades venga,
y que toree parádo,
y que se arranque de cerca,
y que llegue con la mano
al morrillo de las fieras,
dándoles cada golpazo
que al punto muerdan la tierra,
aunque algunas veces haya
que jugarse la pelleja;
pues como dijo Domínguez,
hombre ducho en la materia,
en el toreo, el peligro
es lo que se remunera,
porque todo lo demás
son desplantes y pamemas.
Si así lo hiciere D. Luis,
—y yo espero que así sea—
quedarán justificadas
esas seis mil *pesetejas*,
y oirá palmas á granel,
y le encomiará la prensa,
y todos le gritaremos
¡viva tu madre y tu abuela!
Pero si se arrima poco

y se arranca á la carrera,
sin practicar como él sabe
la suerte última y suprema,
me temo que *los morenos*
le han de acusar las cuarenta,
y habrá pitos abundantes,
y cencerros y *sirenas*,
y se oirá la gritería
desde el puente de Vallecas.
Fuentes, que en el nuevo mundo
ha hecho una campaña buena,
es otro de los puntales
en que descansa la empresa.
Vamos á ver si esas fuentes
son fuentes claras... ó yemas
y si manan aguas turbias
ó aguas limpias y serenas.
Debemos ver torear
de una manera perfecta;
pues si el que tiene lo da,
según el proverbio reza,
Fuentes es mozo que siempre
sabe lo que se torea
y es clásico y elegante
con la capa y la muleta.

Ojalá que con la espada
mayor su decisión fuera,
porque tengo para mí,
que si en esto no se enmienda
y convierte en acerico
el pellejo de las fieras,
oirá del público *brincas*
y le darán la licencia.
También viene *el Algabeño*
que es torero de fachenda
y diz que tiene metido
mucho viento en la cabeza.
Es lidiador muy mediano,
mas con los toros *se aprieta*
y da grandes estocadas,
pero muy pocas en regla.
Hoy que por cada corrida
cobra *cinco mil pesetas*,
tendrá que dejar en casa
ciertas pamplinas que emplea,
cual la de *barrer los lomos*
recorriendo á la carrera
el costillar de las reses
cuando éstas no le *diquelan*,
y no dar estoconazos

á *salga lo que saliera*
entrando á matar los toros
como alma que el diablo lleva.
Si sigue haciendo estas cosas
y otras que dejo en cartera,
sospecho yo que con aire
le refresquen las orejas,
por no hallar justificadas
sus enormes exigencias.
Estos son los tres *barbianses*
con que Pedro Niembro cuenta,
y no hablo de los demás
porque son gente modesta
y exenta de pretensiones,
aunque darán *si se tercia*
más gusto á los concurrentes
que estas *llamadas* estrellas,
que dan poco brillo al arte
y poca *luz* á la empresa.
Que todos dejen, deseo,
su bandera muy bien puesta
y que lo mismo los toros
que la gente de coleta,
den mucho juego en el coso
y levanten nuestra fiesta

y haya entusiasmo y aplausos,
y por fin... que yo lo vea.

Marzo, 1900.





DIÁLOGO EDIFICANTE

(EN LA CALLE DE SEVILLA)

—¡Olé los *mataores* bien *trajeaos*!

—Adiós, *escribiór*.

—¿Leiste lo que dije de la corrida del domingo?

—Me lo leyeron los muchachos.

—¿Y qué?

—¡Superior! *Miá* que me tocó un segundo toro, que venía *pa* dar la desazón al *su-sun curda*.

—El toro no era más que un poco revoltosillo. Lo que es que tú no *camelabas* arriarte y me diste un susto; porque creí que te lo echaban al corral.

—Eso es lo que estaban deseando más de cuatro *magollis*. ¡Su padre de ellos!

—Ya verías, que al bajonazo que *largaste*, yéndote del mundo, lo calificué de una estocada un poquito caída por *escupirse* el toro. Soy más valiente que el Cid.

—Hombre, yo tampoco creo que me portó mal. ¿No recibiste *aquello*?

—Sí; me lo entregó *el Ratón* y me vino que ni *pintao*.

—Tienes que levantar la caza *pa* ver si me llevan al Tomelloso y á Manzanares, que todavía no hay nada hecho.

—Ya verás lo que digo mañana. Que toreas menos de lo que debías torear y que las empresas no debían tenerte tan abandonado.

—Pues *too* hace falta *chiquillo*, que el gasto es mucho y vosotros coméis más que la orilla de un río.

—De mi parte no quedará. Allí veo venir al *Posturas* y le voy á dar un recadito de atención, por que ese es de los *desahogaos*.

—Vete mañana á almorzar y hablaremos.

—Bueno; ¿á qué hora?

- Pues de doce á una.
- Conforme; allí me tendrás.
- Está bien. Hasta mañana.
- Hasta siempre.

(*Se vá*)

- ¡Valiente granuja!

Junio 1900.





EPIGRAMAS

I

El pinturero Manuel,
toreaba en Valdemoro;
y al ir á *quebrar* á un toro
el toro le *quebrò* á él.

II

A *Ostión* prefiere Sofía
entre los más afamados
banderilleros del día,
porque entra con valentía
por cualquiera de ámbos lados.

III

El pié le metió á un berrendo,
Juanillo el de Talavera;
mas tanto echó el cuerpo fuera,

que dió un golletazo horrendo.

Y viéndolo Fortunata
dice á los de *su tendido*,
que lo que Juan ha metido
no es el pie, sino la pata.

IV

Nos ha salido Inesilla
banderillera tan fuerte
que lo mismo hace *la suerte*
de pie, que sentada en silla.

V

Uno en la plaza encargaba
mucho cuidado á Ruperto
con un toro que lidiaba
y él respondió, que ya estaba
con el ojo muy abierto.

VI

Ayer decía *el Chaval*
matador siempre silbado,
que no le habían echado
un sólo toro al corral.

—Esa es la verdad ¡pardiez!
—respondió al punto Bartolo;—

no le han echado uno sólo,
porque le han echado diez.

VII

Cobra el espada *Gorito*
mil pesetas por corrida
y se gasta mil quinientas
en médico y en botica.

VIII

Según opina Moncada,
siempre encontrará escritura
el matador que asegura
los toros de una estocada.

¡Pobre de mí! (dijo *el Charla*
cuando esta opinión oyó);
pues entonces estoy yo
seguro de no encontrarla.

IX

El bravo espada Mejía
en cuanto un toro le embroca
de coraje *se disloca...*
y se va á la enfermería.

X

—Hoy verán—dijo *el Chavó*

lo que es valor y destreza.
Y al primer pase que dió
salió acosado y tomó
el olivo de cabeza.

XI

Pregunté á Juana Somalo
novia del *maleta* Quico
si alguna vez dice al chico
que es un torero muy malo.

Y Juana, que es moza cruda
me contestó en el instante,
que ella le dice á su amante
siempre la verdad desnuda.

XII

Dijo Clemente Merás:
—Me entusiasma en el toreo
una suerte de capeo:
la de frente por detrás.

Y oyéndole su mujer,
contestó al punto á Clemente
que por detrás y de frente
á un tiempo, no podrá ser.

XIII

Es el espada Ramón

tan cobarde y tan bodoque,
que según dice Asunción,
jamás encuentra ocasión
para meter el estoque.

XIV

Muy peinada y muy compuesta
confesábame ayer Clara,
que ella está siempre dispuesta
para *tomar una vara*.

—¿Una nada más?—la digo.
—Una, y lo que se presente
que yo soy mujer valiente
y sé *crecerme al castigo*.

XV

Antonia Toro, procura
unirse á Miura (Javier);
pero lucha ¡oh desventura!
con que al casarse, va á ser,
Antonia Toro de Miura.

XVI

De las faenas taurinas
nada le gusta á Vicenta
(que es muchacha de las finas)
como asistir á una *tienta*.

XVII

No se da Pilar descanso,
en burlar á su marido;
mas no lo nota el muy ganso,
que por ser en todo *manso*,
hasta es Manso de apellido.

XVIII

Es Antonia *la Gallega*
émula de *la Fragosa*;
serena á la suerte llega
y á más de ser valerosa
se *ciñe* mucho en *la brega*.

XIX

Yo no comprendo por qué
le llaman á Paco *de Oro*,
cuando delante del toro
sólo es Paco de *doublé* (1).

XX

A Paca gusta *Perucho*
porque es un torero fuerte,

(1) Francisco Díaz (*Paco de Oro*), matador de poco nombre, que vive retirado ya del toreo, en Málaga.

valiente, práctico y ducho,
y porque se queda mucho
en el centro de la suerte.

XXI

Dice mi amiga Rosario,
flor de las aficionadas,
que las buenas estocadas
son las del lado contrario.

XXII

Una *corta*, pero brava,
á un toro *el Guerrita* dió;
Carmen, que atenta miraba,
me dijo que *se colaba*,
y en efecto, *se coló*.

XXIII

La cárcel y hasta la muerte,
pide Paz para Barrientos,
porque tras muchos *intentos*,
nunca remata *la suerte*.

Y dice que este verano,
si veinte veces lió,
lo menos diez, se quedó
con los trastos en la mano.

XXIV

La *matadora* María
tuvo un encuentro con Roque
y de resultas del choque
él está en la enfermería.

XXV

Desde que ha visto Dolores
que una tarde puso Antero
diez puyas de las mejores,
le ha proclamado el primero
de todos los picadores.

XXVI

Más que una estocada honda
metida con poco arte,
prefiere Pepa una *corta*
que esté bien puesta y que agarre.

XXVII

Un espada con decoro
—decía ayer Luis Montero—
tiene á la mano el dinero
en el morrillo del toro.
Pues entonces, se acabó;

—dijo muy triste *el Meano*—
porque lo que es con la mano
no llego á ese sitio yo.

XXVIII

Vió cojear á Juaneca
y le preguntó *el Redicho*:
—¿Te ha tropezado algún bicho?
—No, me tropezó la Pepa.

XXIX

El picador Camarena
cada vez que entra á picar,
forzosamente ha de dar
con sus huesos en la arena.

Por eso él dice:—En la lidia
soy picador de los buenos;
y midiendo los terrenos
á nadie le tengo envidia.

XXX

Al revistero Zenete,
prometió darle un billete
de cinco duros *el Rolo*;
y al juzgarle, dijo sólo
que es un chico *que promete*.

Mas habiendo recibido
el billete consabido,
hoy le juzga el revistero,
diciendo que es un torero
muy valiente y *que ha cumplido.*



JUICIOS Y POLÉMICAS



LITERATURA Y TAUROMAQUIA

Podrán los impugnadores de las corridas de toros aducir todos los argumentos que les sugiera su imaginación en contra del espectáculo, tachando á éste de brutal y anti-civilizador y notando de poco cultas á las personas que á él asisten (que, dicho sea de paso, son las tres cuartas partes de los españoles); pero el hecho real y efectivo es que las eternas diatribas que contra él se propagan sirven, sin duda, de acicate para avivar la afición á la lidia de reses bravas, puesto que cada dia es mayor su auge y más creciente el favor que á esta fiesta se dispensa.

Ni cabe admitir, como se supone con frecuencia, que el espectáculo haya de considerarse como puramente popular, porque el

pueblo bajo y de escasa cultura, inaccesible á ciertos gustos delicados, sea el que en mayor número y más constantemente contribuya á su sostenimiento; pues sabido es que las corridas de toros son un espectáculo costoso y que más de la mitad del público que á ellas concurre, lo constituyen la aristocracia, la clase acomodada y las clases medias.

El gusto, el entusiasmo, la pasión por este género de fiestas, están de antiguo arraigados en todas las clases sociales, y han encarnado desde hace siglos en las tradiciones, usos y costumbres de los españoles, notándose este arraigo quizás con más fuerza entre las personas dedicadas á los más profundos estudios. Dígalo si no el agudo é ingenioso *Sobaquillo*, que en su notable folleto en *Defensa de las fiestas de toros*, triturando la impugnación que de ellas hizo el castizo escritor D. José de Navarrete, presenta en brillante desfile, citándolos nominalmente, á los literatos, estadistas, poetas, músicos, pintores, humanistas, historiadores, legistas y filósofos, que han sido aficionados, defensores ó propagandistas del toreo, y cuenta que

entre ellos, figuran en el catálogo las mayores ilustraciones de España en los tres últimos siglos.

De la boga y prestigio del espectáculo dan fe los innumerables grabados, cromos, fotografías, esculturas, oleografías, acuarelas, lienzos y estampaciones en seda y raso consagrados al desempeño de asuntos relacionados más ó menos directamente con él, y los papeles volantes, hojas sueltas, periódicos profesionales — en Madrid solo se publican siete,—folletos y libros, algunos de éstos de verdadera importancia, dedicados exclusivamente á tratar del arte del toreo, amén del contingente no despreciable de producciones dramáticas y piezas musicales, que han llevado al teatro á los toreros.

Curioso por todo extremo sería un estudio de lo que podemos llamar literatura taurina, desde sus orígenes hasta el presente. Por él podría comprobarse que, no escritores macarrónicos y poetas chirles, sino los astros de mayor magnitud en nuestro Parnaso, dedicaron su inspiración á cantar con entusiasmo nuestra fiesta incomparable, y que de

veinte años á esta parte ha adquirido dicha literatura tan inmenso desarrollo que lo mejor y más granado de los escritores y poetas contemporáneos han puesto sus plumas al servicio de un de un arte que, aunque algunos niegan que merezca tal nombre, personas de vasta ilustración se lo conceden paladinamente y sin ningún rodeo. Y cito como muy alta y respetada autoridad al sabio catedrático y crítico profundo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que después de asignar á la tauromaquia el debido lugar entre las *artes secundarias*, la define como «una terrible y colosal pantomima de feroz y trágica belleza, en la cual se dan reunidos y perfeccionados los elementos estéticos de la equitación y de la esgrima.» (1)

Uno de los escritores que con mayor éxito ha cultivado este género de literatura es el señor D. Antonio Peña y Goñi; y así como dedicado por largo tiempo á la crítica musical consolidó su reputación, ya bien sentada

(1) Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid, 1884. Tomo II, volumen II. —Vide página 689.

en obras anteriores, con la publicación de su excelente *Historia de la música dramática en España*, hoy aumenta la popularidad de que disfruta como escritor taurino, dando á luz en elegante y bien impreso volumen en 4.º mayor, de xvi-311 páginas y cuatro de índice, un nuevo libro titulado *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, que bien merece los honores de la crítica por más que sea preciso encerrar ésta en reducido espacio y no darle la amplitud que deseara.

El título del libro da ya á entender bien á las claras el palpitante interés que ha de ofrecer para los aficionados presentar en todo su relieve las grandes figuras de los dos colosos de la tauromaquia moderna, que durante un cuarto de siglo vienen compartiendo el favor y aplauso público. Y debo observar que si el título del libro pudiera parecer ambicioso, despues de leído éste, resulta todavía modesto, porque no solamente se hace en él un atinadísimo y concienzudo estudio comparativo de las aptitudes, cualidades y vicisitudes de ambos diestros, siguiéndoles paso á paso en toda su carrera, anali-

zando el carácter y temperamento de cada uno, relatando episodios altamente dramáticos ocurridos en la lidia á ambos héroes, apreciando las condiciones de todos los demás diestros que han alternado con ellos en la profesión y emitiendo juicios atinados sobre la forma de consumir las suertes, sino que remontándose á los orígenes del toreo moderno se analizan con sagaz y certera crítica los principios fundamentales de las escuelas de Ronda y Sevilla, las derivaciones y falseamientos que en ellas se han introducido y se formulan apreciaciones originalísimas respecto á ambas.

Realmente, lo que ha hecho Peña y Goñi es una historia del arte de matar toros, pues citando hechos, compulsando opiniones, exponiendo la forma privativa y especial que cada lidiador ha empleado para consumir la suerte suprema del toreo, y explicando su ejecución, como debe practicarse con arreglo á los más severos principios de escuela, ha conseguido que el lector adquiriera un conocimiento exacto de lo que ha sido, de lo que es y de lo que debe ser la suerte de matar

los toros con estoque. Si á esto se agrega el espíritu de rectitud é imparcialidad que palpita en todas las páginas del libro al apreciar el mérito de los dos diestros á quienes en primer término juzga, así como el de los otros muchos de que se ocupa, puede decirse que la obra reproduce con la fidelidad de un aparato fotográfico los rasgos y caracteres distintivos de los toreros en el último cuarto de siglo.

Cuanto á la forma, poco hay que decir, tratándose de un escritor tan personal y correcto como Peña y Goñi. Claridad y vigor en la expresión, elegancia en las locuciones, calor y movimiento en los episodios que relata y amenidad é interés en los capítulos del libro: éste será leído con avidez, no sólo por los aficionados á toros, sino por muchos que, no siéndolo, tienen devoción especial hacia las buenas producciones literarias.

«Vais á conseguir llevar á todos los hombres de letras á la Plaza de Toros», me escribía el eminente doctor Thebussem, aludiendo á los preciosos artículos históricos y literarios que publican en *La Lidia* mis

queridos amigos Barbieri, Neira y Pérez de Guzmán, y yo auguro que muchas, muchísimas personas de buen gusto que en su vida han visto matar un toro, van á leer con deleite el libro de que me ocupo.

La verdad es que tales y de tal valía son los decididos campeones que en la actualidad fomentan la propaganda del espectáculo, que han creado una gran masa de aficionados, que podemos llamar *platónicos*, puesto que, sin concurrir á él, siguen con interés sus vicisitudes y trances, y se ocupan de todo lo que le atañe. No hace muchos días me decía un respetable hombre público y senador del reino: «Yo no tengo afición á los toros ni concurreo á esa diversión, pero votaría siempre en su favor, tan sólo por los buenos ratos que paso todos los lunes leyendo en *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Globo* las sabrosísimas y chistosas descripciones que hacen de la fiesta *Sentimientos*, *Sobaquillo* y *El Alguacil*.» Asociándome al parecer de mi ilustre amigo, también yo celebro los primores de tales revistas con la misma sinceridad que he elogiado, porque así lo creo de justicia, el

último libro de Peña y Goñi, y termino preguntando á éste: ¿por qué no se dedica á escribir una Historia general del toreo, que todavía no está hecha?

Grandes conocimientos y tenaz perseverancia demostró Sánchez de Neira al redactar su *Diccionario tauromáquico*, hoy agotado; indiscutible es también el mérito de los *Anales*, de Velázquez y Sánchez; y alguno tiene, á pesar de sus deficiencias, la *Historia*, de Bedoya; pero dado el favor que el público dispensa á cuanto concierne al nacional espectáculo, bien valía la pena de que un editor tan bizarro y espléndido como D. Julián Palacios, propietario de *La Lidia*, á quien se debe la publicación del libro *Lagarttjo y Frascuelo y su tiempo*, acometiera la árdua empresa de editar con el esmero tipográfico y los excelentes dibujos que acostumbra á usar en sus publicaciones, una *Historia general del toreo*, que con el cúmulo de materiales que existen para formarla, no sólo resultaría de gran importancia para los aficionados, sino de subido interés histórico, principalmente por lo que respecta al dilatado período

en que el toreo fué ejercicio predilecto de caballeros y magnates.

Ojalá que esta idea que aquí apunto se vea pronto realizada, y cuente la literatura taumáquica con una obra que sería resumen de cuanto sobre el asunto se ha escrito hasta el día y registro brillante de todas las hazañas, atrevimientos, gentilezas y alardes de gracia, valor y gallardía, que se han practicado en los cosos españoles.

Junio, 1887.





EL GRAN DICCIONARIO TAURÓMACO
DE
SÁNCHEZ DE NEIRA

Allá, por el año 1879, aparecieron en los sitios más céntricos de Madrid, grandes y pintorescos carteles en que se anunciaba la publicación por cuadernos de un Diccionario titulado *El Toreo*, que habría de comprender nada menos que todas las voces técnicas de este arte; su origen, historia, influencia en las costumbres, explicación detallada del modo de ejecutar las suertes antiguas y modernas, tanto de á pié como de á caballo, biografías, semblanzas y bocetos de escritores, artistas, lidiadores y personas que por cualquier concepto hubieran contribuído al

fomento de la fiesta nacional; reseñas de las ganaderías, hierros y divisas, y descripción de Plazas é instrumentos del toreo. El intrépido mortal que echaba sobre sus hombros empresa tan árdua, era el hoy admirado escritor D. José Sánhez de Neira.

A éste se le conocía ya en los círculos de la gente afecta á nuestro espectáculo, como aficionado de toda la vida, y cuyas opiniones—sin haberse exteriorizado todavía en papeles públicos—se estimaban en mucho, siendo fama que había hecho no pocas investigaciones y estudios respecto á la materia, amén de las observaciones y conocimientos recogidos en larga y nunca interrumpida asistencia á las fiestas de toros.

La anunciada obra de Neira venía, como ahora se dice, á llenar un vacío en el campo de la literatura taurina, porque si abundante ésta en descripciones de corridas, reseñas biográficas de lidiadores, tratados didácticos, apologías é impugnaciones, es lo cierto que no existía un verdadero trabajo histórico, del cual pudiera deducirse lo que ha sido la

tauromaquia en todas las épocas de su existencia.

Bedoya, en la *Historia del Toreo*, publicada el año 1850, no hizo más que hilvanar unos cuantos capítulos medianamente pergeñados, en los que recibió sin examen, y dió como artículo de fé lo que había visto escrito en trabajos anteriores, mereciendo solamente algún aprecio las noticias biográficas de los lidiadores modernos, y constituyendo el conjunto de su obra una labor de segunda mano, cuyo interés tenía que ser, como lo fué, muy fugaz y secundario.

Algunos años más tarde, en 1868, D. José Velázquez y Sánchez, escritor, poeta, novelista, autor dramático y literato, en fin, de sobresaliente mérito, dió á luz en Sevilla sus *Anales del Toreo*, obra notabilísima bajo el punto de vista literario, pero á mi juicio, fuera por completo de la forma adecuada á su objeto; pues para tratar del origen, vicisitudes y desarrollo de la lidia, nos habla de Moisés, de las tablas de la Ley, de Sesostris, de Nabucodonosor, de los Dioses mitológicos, del *Hamlet* de Shakespeare, del *Don*

Juan de Mozart, y de otra multitud de cosas, personas y sucesos que no parecen, en verdad, muy ligados con la lidia de reses bravas. Momentos hay en que, leyendo la atractiva y simpática narración de Velázquez y Sánchez, escrita en lenguaje altisonante y campanudo, se duda si el autor, llevado de su natural andaluz y de su lozana fantasía, habla en broma ó *se pitorrea* del lector.

Estas son las dos obras más completas que había escritas sobre el toreo, cuando Neira publicó la suya. Nuestro autor siguió camino diametralmente opuesto al de sus predecesores. Bebió sus noticias de las mismas fuentes; depuró y aquilató lo que había sido recibido como bueno, rectificando no pocos errores; desagravió á la verdad histórica, más que en otras materias falseada en esta del toreo, dió nuevas y peregrinas noticias respecto á las fiestas de toros y á los lidiadores de todas las épocas, comprobadas documentalmente siempre que esto era posible, y procedentes en otros casos de información ocular y directa, presentando un

trabajo serio y completo, escrito en una forma tan distante de la entonación épica de Velázquez y Sánchez, como del macarronismo de Bedoya.

El aplauso universal con que fué acogido el libro de Neira levantó de un vuelo su reputación de historiador, siendo solicitada con empeño su firma para honrar toda publicación que á la tauromaquia se refiriese, y considerándosele como el número uno de los escritores dedicados á esta especialidad. De entonces acá, apremiado por solicitudes y peticiones, y llevado también de su amor al trabajo, no es necesario decir lo mucho y bueno que ha brotado de su pluma, ni en carecer su mérito: cosa es sabida de todos, y tratándose de Neira, resultaría impertinente el elogio.

Agotada en poco tiempo la primera edición de su gran Diccionario, reimpresso éste en América (donde dicho sea de paso, el nombre de Neira es tan popular como en España), y estimulado el autor desde todas partes para dar á luz una segunda edición, fué su constante anhelo verificarlo, pero me-

porando en quinto y tercio el plan primitivo. No sólo se proponía salvar las omisiones y rectificar los errores que se deslizaron en la primera edición, y completarla con todas las nuevas noticias que su persistente diligencia le suministrara hasta el momento de salir de molde, sino ilustrarla profusa y espléndidamente con retratos, facsímiles, autógrafos y reproducciones de carteles, cuadros y estampas antiguas y modernas.

Esta segunda parte del proyecto era difícil, si la parte gráfica había de corresponder dignamente á los primores del texto; pero Neira ha tenido suerte en ello. Asociado á él una de nuestras lumbreras tipográficas, Regino Velasco, hombre de gusto exquisito para esta clase de trabajos, aficionado ardiente á nuestra fiesta nacional y admirador entusiasta de la obra publicada, ha hecho un verdadero derroche, ilustrando el monumental libro con muy cerca de mil grabados de inmejorable ejecución, que constituyen una hermosa iconografía del espectáculo en todos los tiempos.

Neira ha llevado á cabo una refundición

de la obra en su forma y desarrollo, aumentando el texto antiguo en más de una mitad, purgándole de incorrecciones y errores, registrando escrupulosamente todos los hechos notables ocurridos en el toreo en estos últimos veinte años, y trazando las biografías de cuantos lidiadores han aparecido en dicho período. Nada falta en el libro; y es verdaderamente prodigioso que en un hombre solo se hayan reunido todas las aptitudes necesarias para dar cima á tarea tan compleja con el acierto que lo ha hecho. Veracidad en las noticias, proporción debida á la importancia de cada una, tino especial para discernir lo útil y aprovechable, buen juicio y solidez en las apreciaciones, abundancia inconcebible de pormenores relativos á cosas y personas ligadas al espectáculo, propiedad en las definiciones, claridad en la explicación de la parte técnica del toreo, averiguación sagaz en los puntos más oscuros ó controvertidos y sencillez y amenidad en el lenguaje; he aquí las cualidades principales que avaloran el transcendental é importante trabajo histórico de Sánchez

de Neira. Sirven de oportuno complemento á su magna obra cuarenta y nueve artículos, doctrinales en su mayor parte, una reimpresión íntegra de su famoso libro *Los toreros de antaño y los toreros de ogaño*, del cual se agotaron dos ediciones, y una vehemente defensa de las corridas de toros, como réplica á la impugnación que hace años publicó el ilustre escritor y artillero D. José de Navarrete.

Prueba de buen gusto literario dará el aficionado á nuestra fiesta incomparable, el que sea devoto de los estudios históricos, ó el hombre sencillamente culto, adquiriendo la obra de Neira, que más bien que una obra es una biblioteca. En cuanto á los que dedicamos algún espacio á trabajos de esta índole, á ella habremos de acudir como tabla de salvación para resolver todas nuestras dudas. De mí, puedo decir, que cuando paso la vista por las páginas del Diccionario, al entusiasmo que su lectura me produce, mézclase un cierto desaliento para seguir trabajando en la obra histórico-bibliográfica que

ha tiempo llevo entre manos, pues Neira ha dejado espigada la materia.

Con piedra blanca debe señalarse la aparición de un libro que leerá todo el mundo, y en el que ha puesto el autor su talento, su alma y la fatigosa investigación de muchos años. Al terminarlo tan feliz y brillantemente, bien ha podido despedirse de sus lectores diciendo con el poeta:

Quello che posso dar, tutto vi dono.

Octubre, 1897.





LOS TOROS EN MADRID

Así se titula un precioso libro con que acaba de enriquecer nuestra literatura el reputado escritor D. Pascual Millán.

Diré, ante todo, que aunque de toros trata y se ocupa el libro, no es, ni se parece, ni tiene relación alguna con la generalidad de las obras que respecto á nuestro espectáculo se publican, en las que casi siempre se hacen figurar las indispensables y eternas biografías de los toreros, desde los Romeros de Ronda hasta *Lagartijo* y *Frascuelo*, ó la enojosa explicación de las suertes del toreo moderno.

Millán es un escritor de correcto y vigoroso estilo; de juicio certero y con mucha y

vária lectura, que, devoto fervoroso de nuestro nacional espectáculo, á él consagra con frecuencia sus especiales aptitudes, produciendo obras que, como *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla* y la que ahora acaba de dar á luz, honran á las letras españolas y enaltecen las fiestas de toros, defendiéndolas del ridículo que propios y extraños pretenden arrojar sobre ellas.

De estudio histórico califica Millán su nueva producción; y en verdad que no cabe hacerle más brillante de las diversas y culminantes épocas de la tauromaquia.

En un admirable capítulo preliminar, realiza prolija y feliz investigación de orígenes del toreo, comprobada con textos de irrecusable autenticidad, y examina las opiniones que acerca del espectáculo sustentan los escritores, poetas y filósofos extranjeros más eminentes, para preconizar la grandeza y condiciones estéticas de él.

Analiza en capítulos sucesivos lo que fué el toreo en la Edad Media, haciendo notar sus conexiones históricas, su relación íntima con sucesos de carácter político y religioso

y el concurso ó la oposición que halló en los monarcas; y destruye ó rectifica los errores y fantasías que otros escritores forjaron, trabajo meritísimo tratándose de una época remota, de la que poco ó nada se había dicho respecto al toreo, que estuviese apoyado en documentos fehacientes.

Viniendo después al largo período de dominación de la Casa de Austria, se ocupa de las grandiosas y caballerescas fiestas que se celebraban en la Plaza Mayor y en la que al efecto se construyó en el Buen Retiro, enlazando todo lo concerniente al espectáculo con episodios históricos del mayor interés, con soberanas descripciones de usos y costumbres y con anécdotas curiosas que reflejan fácilmente lo que era la vida íntima de Madrid.

Ni dejan de desfilan ante el lector, presentando mayor colorido á la narración, reyes, magnates, privados y políticos de cuenta, teniendo cabida en el cuadro los poetas más famosos. Allí se consignan aceradas sátiras dirigidas á los rejoneadores por hombres como Góngora y Quevedo; allí se hace men-

ción de punzantes frases del maldiciente Villamediana, aquel que se ensañaba con el alguacil de Corte Pedro Vergel, diciendo al verle entrar en una fiesta de toros:

«¡Qué galán que entró Vergel
con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.»

Sigue Millán paso á paso las vicisitudes del espectáculo en tiempo de los Borbones, relacionándolo siempre con la historia de Madrid; registra con exquisita minuciosidad todos los datos referentes á la construcción de la Plaza vieja, y de la de madera que existió antes que ésta, y relata la curiosísima competencia habida entre la sala de alcaldes y la villa sobre la presidencia en las fiestas de toros. Ya en nuestro siglo, merece mención especial el interesante capítulo en que describe el vergonzoso agasajo tributado el año 1823 al Duque de Angulema, ofreciéndole á él y á su ejército una serie de corridas de toros en que se llevó el servilismo del desdichado Gobierno de aquella época

hasta el punto de redactar los programas y carteles de la fiesta española por excelencia en lengua francesa.

Realzan el valor del libro los apéndices en que se insertan dos opúsculos de peregrina rareza; las reglas de torear á caballo, de Melcon, publicadas en 1738, y las de torear á pié, de García Baragaña, dadas á luz en 1750; conteniendo también una noticia exacta del actual circotaurino, acompañada de un plano del edificio, que es de una ejecución perfecta.

La forma en que el libro está presentado, coadyuvará también á su éxito, pues ni cabe más corrección y gusto tipográfico en su confección, ni es posible hacer un dibujo más hermoso y característico que el que para la portada ha hecho el eminente pintor Ferrant.

Reciba, pues, mi norabuena el autor de *Los Toros en Madrid*, por la publicación de un libro que ha de leer todo el mundo, y que es, en mi humilde opinión, uno de los más importantes entre todos los de carácter histórico que hasta ahora se han ocupado de nuestro espectáculo nacional.

1890.



LOS NOVILLOS

(ESTUDIO HISTÓRICO, POR PASCUAL MILLÁN)

Para defenderse de los ataques que se le dirigian por la forma pedestre y desaliñada de sus revistas y artículos de toros, solía decir el bueno de D. José Santa Coloma:

—Aquí se han figurado que escribir de toros, es lo mismo que escribir de literatura; y precisamente la literatura está reñida con los toros.

No tenía razón el laborioso y honrado escritor al sentar tal afirmación, á menos que se refiriera á esos periódicos *profesionales* de carácter rabioso que traducen en letras de molde los groseros insultos dirigidos á los lidiadores desde los tendidos de la Plaza,

periódicos leídos únicamente por la parte malsana del elemento popular.

Aparte esto, que Dios nos libre de llamar literatura, la verdad es, que nuestros más granados y escogidos ingenios han dedicado vehementes apologías en verso y prosa á las fiestas de toros, y éstas han producido un género literario especial, típico, que saborean casi á diario desde hace quince ó veinte años los aficionados al espectáculo y los que no lo son; género que puede considerarse como una derivación de la literatura picaresca, y en el que han realizado verdaderos primores plumas tan castizas como las de *Sobaquillo*, *Un Alguacil*, *Sentimientos*, *El Tío Jilena*, *Aficiones*, *Varetazos* y *Don Cándido*.

En el mismo período de tiempo, y por medio de investigaciones parciales de diversa importancia, pero todas meritísimas para la historia del arte taurino, ha venido á reconstituirse la organización y fisonomía del espectáculo en remotas épocas, sus fases, vicisitudes y progresos, hasta tal punto, que proponiéndose formar hoy una historia ge-

neral de él, poco podría añadirse á los brillantes trabajos realizados por escritores tan doctos é inteligentes como Neira, Velázquez y Sánchez, Peña y Goñi, Barbieri, el Doctor Thebussem, Uhagón y Millán.

Este último, sobre todo, ha aportado tan gran contingente de juicios, observaciones y materiales preciosos relativos al arte del toreo, ha desvanecido tantos errores, ha solventado tantas dudas, ha purificado, en fin, de tal suerte las noticias tomadas de cenagosos manantiales, que Millán quedará como uno de los historiadores del espectáculo, más concienzudo, sagaz y diligente.

Con la publicación de su estudio histórico titulado *Los Novillos*, que acaba de salir á luz, agregado á las obras *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla* y *Los Toros en Madrid*, completa Millán la trilogía que se propuso dedicar al arte taurino.

Nada he de decir aquí de estas dos últimas producciones acogidas con gran aplauso al publicarse, y de las que van agotadas algunas ediciones; pero sí me propongo formular, no un juicio—que no tengo

competencia para tanto—sino ligeras indicaciones relativas á *Los Novillos*.

Este libro constituye un estudio acabado y metódico del espectáculo, al que Millán sigue paso á paso en todos sus períodos de esplendor y decadencia; siendo tanto más original é interesante el asunto, cuanto que de él no se había trazado hasta ahora, al menos que yo sepa, el esbozo más trivial que nos diera á conocer las particularidades de la lidia de novillos y la infinidad de escenas cómicas, pantomimas, farsas y mojigan-gas conexas con aquella, que ofrecen rico venero para el conocimiento de usos, costumbres y hasta preocupaciones populares.

En tan dilatado campo ha sembrado Millán, cosechando limpios y preciados frutos, depurados en el crisol de una razonada crítica, arrancados de documentos de autenticidad incontrovertible, comentados con recto sentido, sin dejarse arrastrar por inducciones fantásticas ó caprichosas, y presentados, en una palabra, con la imparcialidad y honradez que exige la árdua misión del historiador.

Las numerosas fiestas que describe, celebradas para solemnizar hechos políticos, natalicios y casamientos de reyes ó juras de príncipes, le proporcionan ocasión para trazar al vuelo admirables siluetas de soberanos y magnates, para fustigar con vibrante elocuencia las demasías y abusos de los poderes públicos y para deducir atinadas observaciones siempre provechosas á pueblos y gobiernos.

Las aparatosas pantomimas que dieron á conocer en el Circo taurino escenas culminantes de nuestras más preciadas obras dramáticas ó literarias, de la mitología, de la política, de la religión ó simplemente de las costumbres, sirven al escritor para demostrar con brillantes juicios lo muy hondo que cala en todas estas materias.

¡Qué abundante exhibición de curiosidades, de tradiciones y hasta de extravagancias, rigurosamente históricas, presenta Millán en su libro; y qué diestramente, y con qué arte lo hace!

Curas toreros; monjas tan devotas de la religión como de la tauromaquia; choques y

conflictos surgidos entre Papas y Soberanos con ocasión de las corridas de toros; monas y lobos y cerdos y osos y jabalíes, interviniendo en la lidia; castillos de fuego: acróbatas y funámbulos; cucañas; carros triunfales; gigantones y cabezudos; lidiadores enmascarados y en zancos; cuadrillas de mujeres toreras..., y otros cien episodios nuevos y pintorescos aparecen descritos y realzados por la animación que les presta el brillante y comunicativo estilo del escritor.

En lo que concierne á la lidia propiamente dicha, ó sea á la práctica de las suertes del toreo con los toros de puntas, nada que sea de algún interés ha dejado Millán de citar, sobresaliendo en esta parte de su trabajo, el atinado estudio de lo que tué como novillero Salvador Sánchez (*Frascuélo*), y el justificado elogio que hace de esos llamados *maletas*, á los que califica, no sin razón, de *mártires de las novilladas*, después de pintar con vivos colores, el *viacrucis* que sufren en sus fatigosas y comprometidas excursiones por pueblos y villorrios.

Abarcando el libro de que me ocupo tal

variedad de incidentes, es indudablemente digna de admiración, no sólo la labor tenaz é incesante que representa el hallazgo de los copiosos materiales que han sido necesarios para su formación, sino el estudio profundo de ellos para discernir lo útil de lo inservible, y el arte de fundirlo todo en una narración ordenada, natural y lógica, con perfecta unidad de estilo.

Los expresados méritos y otros que omito por no dar demasiada extensión á estas reflexiones, hacen de *Los Novillos* un libro muy bien pensado, muy erudito, muy ameno, soberanamente escrito, y, sobre todo, muy español.

Bien puede Millán, después de haber dado cima á la trilogfa que se propuso consagrar el arte taurino, colgar su pluma á imitación de Cide-Hamete y *cortarse la coleta* para trabajos de esta índole, seguro de que, con sus tres producciones histórico-taurinas, deja ya echados los cimientos para levantar, en lo futuro, la historia general del toreo.

1892.



«CAIRELES DE ORO»

Día de gala para la literatura histórico-taurina el de la publicación del hermoso libro que con el título que encabeza estas líneas acaba de dar á luz el celebrado escritor y novelista Pascual Millán. Acertado estuvo al bautizar su obra, y nadie podrá tachar de pretencioso el título, pues los *Caireles* que el autor nos presenta, no son, en verdad, de *doublé*, sino de oro de purísima ley.

Narrador ameno y atractivo, investigador diligente y afortunado, elegante y brioso en la locución y perspicaz observador de localidades, usos y costumbres, Millán ha llevado todas estas cualidades á su libro, fotografian-do en él con exactitud maravillosa lo que

han sido y son las corridas de toros en las principales plazas de España.

Mas no se circunscribe el autor á la descripción de las fiestas taurinas, sino que á par de ellas aparece trazado el carácter, el tipo, el sentimiento, la leyenda de las diversas regiones que describe. Cada provincia, cada ciudad, está pintada con distinto color. Se empieza á leer el primer capítulo, dedicado como los cuatro siguientes á la incomparable Sevilla, y parece como que se aspira el aroma del azahar y se reciben los rayos del espléndido sol andaluz: el autor nos hace vivir la vida de siglos que pasaron, y vemos desfilar ante nuestra vista reyes, magnates, cronistas, poetas, toreros y caballeros Maestranterantes que intervienen en hechos y episodios, de más ó menos relieve, pero todos curiosos y desconocidos. Las corridas de *feria* están descritas de tal modo, con tan gráfico estilo, con tonos tan calientes, con observaciones tan exactas, que el lector no necesita el acto material de presenciarlas para que la ilusión sea completa.

Y lo mismo que digo de Sevilla podría

repetir de Zaragoza, Pamplona, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Salamanca y otras ciudades á las que dedica Millán especiales capítulos. No sólo las descripciones taurinas, de suyo interesantísimas y esmaltadas de pormenores originales, embelesan y cautivan al lector, sino que, como he dicho antes éstas van acompañadas de primorosos estudios sobre tradiciones, usos y costumbres de cada pueblo, destacándose en la narración multitud de hechos históricos, políticos, literarios y artísticos del mayor interés, fundido todo en ese mágico estilo qué ha dado ya fama á Millán de ser uno de nuestros primeros escritores.

Me atrevo á decir que ningún otro podría haber desempeñado este trabajo de manera tan brillante, pues no conozco entre la plana mayor de los literatos españoles quien á la condición de tal, reuna la de ser un gran aficionado é inteligente en tauromaquia y haya leído y estudiado cuanto de nuestra fiesta nacional se ha escrito.

La obra de Millán la leerán, ó al menos deben leerla, todos los devotos de la litera-

tura, de la historia ó del toreo; y bien será que el ilustre autor de *Caireles de oro*, cuando haga muy pronto segunda edición, extienda sus juicios á plazas como Granada, Cádiz, los Puertos, Ronda, Murcia, Cartagena, Burgos y otras, de las que no le faltará mucho y bueno que decir, pues hay materia para ello.

Respecto á Barcelona, dice Millán que las corridas de toros carecen allí de historia y fueron desconocidas hasta el año 1850; y en ésto es en lo único que no tiene razón.

En Barcelona se han celebrado corridas desde tiempos remotos, y buena prueba de ello es que las hubo ya muy lucidas y aparatosas en el año primero del siglo xvii (1601), para solemnizar el natalicio de la Serenísima Infanta doña María Mauricia de Austria, hija primogénita de Felipe III, según consta en relaciones impresas, escritas en dialecto catalán y en castellano. Las hubo asimismo en el siglo xviii y las ha habido también en el presente antes del año 1850, figurando como fecha memorable y fatídica en los anales de la Ciudad Condal, la de 25

de Julio de 1835, en que al jugarse la séptima corrida de la temporada, con seis toros de Zaldueño, lidiados por las cuadrillas de Manuel Romero (*Carreto*) y D. Rafael Pérez de Guzmán, allí se fragó el movimiento contra los frailes á quienes se acusaba de sostener la guerra civil, esparciéndose los espectadores, luego de haber destrozado la plaza, por las calles de Barcelona y prendiendo fuego á seis conventos, después de haberlos allanado y dado muerte á algunos religiosos. Ni hay que olvidar que Barcelona es la población que más corridas celebra después de Madrid; que allí toreadan los mejores toreros; que se llena casi siempre la plaza sin necesitar contingente de otros puntos, lo cual demuestra la mucha afición que hay al espectáculo; y que además de las revistas que constantemente publican los diarios políticos, han visto la luz en Barcelona 24 periódicos de carácter exclusivamente taurino. Tiene, pues, historia é historia muy brillante Barcelona en cuestión de fiestas de toros, y bien merece que pluma tan gallarda como la de Millán, la escriba cuando la ocasión se presente.

Aparte este ligero reparo, que puede quedar subsanado en las ediciones futuras del libro de que me ocupo, Millán ha añadido con su publicación un gran servicio á los muy señalados que había prestado á la historia en general y á la de nuestra fiesta nacional en particular, con obras de tan subido valor como *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla. Los Novillos y Los Toros en Madrid.*

Producciones como éstas y como la *Iconografía* de Calderón de la Barca, deberían haber abierto ya á Millán las puertas de la Academia de la Historia; pero me temo que esto no suceda, porque alcanzando en nuestra desdichada nación á todos los organismos el compadrazgo y las perniciosas influencias políticas, no es bastante el mérito positivo para obtener determinados puestos.

Patente prueba acaba de dar de este *polaquismo* la Real Academia Española, llamando á su seno al Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde, personaje dignísimo y de reconocida capacidad en otras materias, pero enteramente desprovisto de méritos

filológicos y literarios, para ocupar un sillón en la Academia de la Lengua. Y todo por obra y gracia de D. Francisco Silvela, paladín de *la selección* en todas las esferas y apóstol de *la verdad*. ¡Buena regeneración espera á este pobre país!

Después de todo, poco puede importarle á Millán no estar incluido *de oficio* en la lista de los inmortales, pues de derecho lo estará por algunas de sus producciones. Pasarán sus novelas, que este género al fin y al cabo está sometido á las influencias de la época, del gusto y de la moda, y sólo alcanzan vida perdurable aquellas contadas obras de los grandes génios, que toman puesto en la literatura universal; pero su estudio iconográfico de D. Pedro Calderón de la Barca y sus libros de carácter taurino, aunque sólo fuera por el importante caudal histórico que atesoran, vivirán con lustre y serán siempre celebrados por la posteridad.

1899.





«DE PITÓN Á PITON»



Libro de *Sobaquillo*
escritor eminente
y muy inteligente
en el arte de Montes y de *Illo*.

¡Vaya un *ejemplar* que ha *saltado* á la *arena* literaria!

Gallardo, esbelto, elegante y con hermosa *lámina*, resulta verdaderamente *dibujado*.

Trae una enjundia y unas *defensas* que ya las quisiera para su uso particular la mayoría de las *babosas* que se lidian en el coso madrileño. Y conste que no aludo á los Saltillos jugados recientemente, porque yo respeto siempre á los toros de bien.

El aplauso con que ha sido saludado el libro *De pitón á pitón*, se ha acrecentado al examinarlo *de cabeza á rabo*.

No ha sucedido lo que con algunos toros del Duque, si aplaudidos al pisar el ruedo, quemados en el segundo tercio de su vida artística.

Que no *empece* lo noble de la raza para ser fogueado en cualquier plaza.

De pitón á pitón no está condenado á fuego ni á muerte, sino á vida robusta, lozana, perpetua, perdurable, asegurada por la agudeza, el ingenio, el chiste, que ha prodigado á manos llenas el egregio *Sobaquillo*, padre literario de la criatura.

Y ha rociado á ésta con más sal que la que ya tenía, el gran Mariano de Cavia, digno padrino de tal vástago, aderezando un prólogo con los más finos y sabrosos ingredientes de su celebrada cocina. Eso, no es ya un plato del día, es un plato de todo el mes, de todo el año y aun de todos los siglos.

Cavia y *Sobaquillo*, escritores insepara-

bles y amigos de toda la vida, son *el número uno* de los *humoristas* contemporáneos. Hay quien trata de imitar su estilo; pero ¡qué diferencia!; la que va del cuadro al cromo, la misma que hay entre las *largas* auténticas de Rafael Molina y las de otros lidiadores que pretenden copiarlas:

Sin pensar que es deseo irrealizable,
el querer imitar lo inimitable.

En el libro *De pitón á pitón* ha hecho *Sobaquillo* un verdadero derroche de su gracia ya proverbial, y hombre de su tiempo, no se ha contentado con las narraciones anecdótico-aurinas de actualidad y con el estudio de los pitones en la época presente, sino que adelantándose á su siglo é imprimiendo nuevos derroteros á nuestra incomparable fiesta nacional, presenta un vasto plan de reformas para dotarla de nuevos elementos que contribuyan á su futuro esplendor, ofreciendo soluciones curiosas é importantes que no me creo en el caso de revelar:

Pues en mí fuera indiscreto

dar del proyecto un resumen,
cuando comprando el volumen
puede saberse el secreto.

Angel Pons *ha metido el capote*, ó el lápiz, que para el caso es igual, interpretando las pintorescas y fantásticas ideas de *Sobaquillo* con una valentía, una corrección, y un vigor superiores á todo encomio.

En fin, que por muchos días
(lo auguro sin ser profeta)
habrá una entrada completa,
un lleno, en las librerías.

La cual que estará muy justificado, porque aparte de los primores literarios del libro y del estilo insuperable en que está escrito, se trata de un asunto que interesa á todo español *castizo* y de buena cepa, y no de disquisiciones ó *resquemores* de D.^a Emilia (c. p. b.), ni de desahogos pedagógicos ó *paliques* apestosos de *Clarín*, que todo ello viene á ser, como decía *Pucheta*... música del porvenir.

Lector, cuesta el libro en venta

tres pesetas con cincuenta;
pero al comprarlo verás,
que su prosa succulenta
vale muchísimo más.

Abril, 1891.





TOREROS DE ENCARGO (I)

~~~~~

Ya no hay toros, ni hay toreros,  
ni hay arte ya, ni hay escuela,  
ni hay ya saber, ni hay *sentío*,  
ni hay ya vergüenza torera,  
ni, en fin, quien con *dinidáz*  
sepa llevar la coleta.

(LA GRAN VÍA).

El Sr. D. Gonzalo Sánchez de Neira, apreciable joven, al que cuento en el número de mis buenos amigos, consideraba, sin duda, de gran necesidad el dar á conocer al mundo

---

(1) Incluyo en esta colección algunos artículos de polémica, para que pueda apreciarse el interés que inspiraban años atrás, ciertas figuras culminantes del toreo. Todo esto ha desaparecido: ¿quién sería capaz hoy de refir ninguna batalla por los toreros en ejercicio? Y bien será advertir que la vehemencia empleada en estas discusiones no interrumpió ni enfrió siquiera la buena amis-

lo que él mismo llama sus *extravagancias taurinas*; y no teniendo paciencia para esperar un momento oportuno en que enderezar su tremenda catilinaria y hacer pavesa (moralmente, se entiende) á toreros y aficionados, ha buscado para verificarlo una ocasión, á mi entender, traída por los cabellos.

Tomando por pretexto una carta mía publicada en el periódico *El Sinapismo*, en que me limitaba á dar algunos consejos al diestro Rafael Guerra (*Guerrita*), y en la que sólo incidentalmente nombraba á *Lagartijo* y *Frascuelo*, ha creído el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo) que el arte del toreo se derrumbaba por completo, si él no lanzaba al viento una ardiente protesta, y sin venir

---

tad que siempre me ha unido al Sr. D. Gonzalo Sánchez de Neira, como á su buen padre D. José, cuya pérdida todos lamentamos. Quizá la última visita que éste hizo, fué á mi casa pocos días antes de caer enfermo, para manifestarme su gratitud por el *elogio exagerado*—son sus palabras—que había hecho de su persona y de la segunda edición de su *Diccionario taurómico*.

No creo que hice más que tributar la debida justicia al amigo inolvidable en el artículo de referencia inserto en las páginas 181 á 189 del presente volumen

á ton ni á son, se ha dirigido al periódico *La Pica* de Barcelona, y ha metido un puyazo recargando á la gran mayoría de los aficionados y á todos los toreros pasados, presentes y futuros. Por fortuna, se le ha corrido la garrocha, (¡cosas del diablo!) y á estas horas no hay ninguna desgracia que lamentar, como no se tenga por tal algunos rasguños interidos á la lógica, á la gramática y al buen sentido.

Ya lo saben los lectores de *La Pica*. El señor Sánchez de Neira (D. Gonzalo) no cree que se debe llamar *maestros*, ni siquiera discípulos, á *Lagartijo* y *Frascuero*; sin embargo, en un arranque de magnanimidad (Dios se lo pague) les perdona la vida, concediendo que tampoco son *nulidades*. Item más: el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo) declara del modo más terminante y solemne que *él es muy exigente* y no se deja convencer por ninguno de los toreros actuales, llámense *eminencias*, *medianías* ó *maletas*. Afirma que *Cara-ancha*, *Hermosilla*, *el Gallo*, *Mazzantini*, *Guerrita* y *el Espartero* serán espadas cuando él sea obispo, y termina su profesión de fé, manifestando que el toreo mo-

vido sólo engaña á los tontos (por ejemplo, como yo), pero no convence á los sensatos, como él.

Me felicito por haber dado ocasión, aunque forzada, al Sr. Sánchez de Neira (don Gonzalo) para dar á luz su demagógico programa taurino, y dejando íntegras estas estupendas afirmaciones, que no me compete rectificar, voy, sí, á poner facilísimo y eficaz correctivo á otras lindezas parecidas á las anteriores, que constan en la carta del señor Sánchez de Neira (D. Gonzalo) y que van á mí dirigidas.

Se enoja mi apreciable contrincante, por que refiriéndome á Rafael Molina, le he llamado (en sentido figurado, por supuesto, y poniendo las palabras en letra cursiva) *el divino maestro*; y dice, creyendo poner una pica en Flandes, «que el arte del toreo no es divino, aunque opine así el Sr. Carmena.»

Pero venga usted acá, hombre de Dios. Todos los aprendices de gramática castellana saben que la palabra *divino* tiene dos acepciones: una como adjetivo, que se aplica á todo lo que pertenece á Dios ó es propio



de su esencia, y otra que se usa metafóricamente, para elogiar lo que es excelente, admirable ó bello. Yo, que soy un hablista tan mediano como el Conde de Casa-Valencia, el Marqués de Pidal ó algún otro Académico *de los de menor cuantía*, no desconozco una cosa tan sencilla; y me extraña, en verdad, que un joven estudioso é inteligente, como lo es mi querido contradictor, se lance á dirigir censuras tan desprovistas de fundamento. Si el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo), no se fía de mi palabra, cója la duodécima edición del *Diccionario de la lengua castellana, por la Academia Española* (Madrid, 1884), que á pesar de ser un texto bastante malo, es el más legal para nuestro asunto, y en la página 395 podrá leer lo siguiente:

**DIVINO.** *Adjetivo.* Perteneiente á Dios.—*Figurado.* Muy excelente, extraordinariamente primoroso.»

Vea, pues, el señor Sánchez de Neira (don Gonzalo), como se puede aplicar y se aplica generalmente en sentido figurado el adjetivo *divino*, al orador, al cantante, al músico, al

actor, al torero, á cualquier personalidad, en fin, que realiza de un modo admirable ó primoroso, un acto que despierte profunda sensación en el que lo vé ó lo oye.

Y vamos ahora, á tratar del nombre de *maestro* que yo he dado á *Lagartijo*, y que tan mal estómago le ha hecho al Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo). Dice mi simpático adversario, ahuecando la voz: *Maestro* en un arte es *el que sabe hacer y hace cuanto en él se conoce.*»

¿De cuándo acá? ¿Quién le ha enseñado semejante cosa al Sr. Sánchez de Neira, (D. Gonzalo)? Entre las acepciones que tiene la palabra *maestro*, la más general y la que conviene al caso presente, es, la que consta en la página 662 del citado *Diccionario*, y dice así:

«MAESTRO. El que es práctico en una materia y la maneja con desembarazo.»

«MAESTRÍA. Arte y destreza en enseñar ó ejecutar una cosa.»

Ahora bien, el Sr. Sánchez de Neira (don Gonzalo), podrá decir, en conciencia, si á *Lagartijo*, que lleva treinta años practican-

do con lucimiento é inteligencia el ejercicio de lidiador de toros y ocupa uno de los primeros puestos en su profesión por voto de la inmensa mayoría del público, puede ó no aplicársele el nombre de maestro.

¡Ni como es posible, discutir siquiera, la disparatada afirmación del Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo)! ¡Hacer bien en un arte *cuanto en él se conoce!* De modo, que el músico tendría que abordar con éxito, para ser verdadero maestro, lo mismo la música religiosa, que la teatral, que la sinfónica. El pintor no sería maestro si no pintaba con la misma perfección los asuntos místicos, los históricos, el género y el paisaje. El actor debería representar lo mismo la tragedia, que el drama, la comedia y el sainete, y sino, no era maestro. El poeta tendría que ser á la vez poeta lírico, dramático y festivo. No sigo haciendo deducciones, por no mortificar al Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo).

Otra de las más peregrinas afirmaciones de mi querido amigo y antagonista, es la siguiente: «El Sr. Carmena dice entre otras cosas, y después de llamar nada menos que

divino á Rafael Molina (*Lagartijo*), que los que hoy empiezan no deben imitarle. Sin duda alguna, si lo divino debe imitarse, no le será mucho el arte de *Lagartijo*, cuando el Sr. Carmena no quiere que se imite.»

Pero, Sr. Sánchez Neira (D. Gonzalo), ¿qué culpa tengo yo de que usted no lea con cuidado? ¡Si digo todo lo contrario de lo que usted me atribuye!

«En todo lo que sea torear,—le digo á *Guerrita*,—debes imitar y asimilarte, en cuanto sea posible, como ya lo haces, la ejecución del maestro Rafael Molina. En el momento de arrancarte á matar, debes olvidarte por completo del gran Rafael, y colocarte, en el terreno que se coloca el extraordinario matador de toros Salvador Sánchez (*Fras-cuelo*).»

¿Lo entiende usted bien, amigo D. Gonzalo? *En todo lo que sea torear*, recomiendo que se imite á Rafael; y sólo *en un momento*, en el de arrancarse á matar, es cuando recomiendo que no se le imite. Le diré á usted por qué. Si *Guerrita* hubiese empezado á torear quince años antes, entonces le ha-

bría aconsejado que también en ese momento imitase á Rafael, procurando dar los admirables volapiés que á este diestro se le aplaudían con frenesí en la plaza vieja; pero como hoy no tiene Rafael las facultades que tenía en aquella época y necesita recurrir á un *tranquillo* que no podría utilizar con el buen resultado que él, ningún otro matador, por esto creo, que únicamente en ese momento es en el que no se le debe imitar. Ya usted ve, como ha resultado todo lo contrario, de lo que usted me hacía decir.

Y allá va la última afirmación del señor Sánchez de Neira (D. Gonzalo), que también es *de oro*:

«Tampoco estoy conforme con mi querido amigo, en lo referente á *Guerrita*; la modestia no debe reñir nunca con la dignidad, y el pordiosear aplausos, *dando la vuelta al redondel*, no es en mi opinión muy edificante, diga lo que quiera el Sr. Carmena.»

No, yo no digo nada. El Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo) se lo dice todo. Ni de cerca, ni de lejos, he tratado en mi carta, de si la modestia y la dignidad deben estar reñi-

das, ó en buena armonía, ni nada tampoco he hablado del pordioseo de aplausos dando la vuelta al redondel. En esto, debe referirse el Sr. Neira á alguna otra carta, pues yo no puedo tacharle de mala fe; pero sí puedo decirle sencillamente, que creo *que ha barajado las cartas*.

Voy á terminar, y créame mi apreciable amigo; en ninguna época ha habido diestros como él los apetece. La perfección no es posible en nada, y menos en el toreo: Guillén y *Pepe-Hillo*, á quienes no negará mi amable impugnador el nombre de maestros, murieron de resultas de tremendas cornadas; una cornada alteró la salud y consumiÓ, aunque lentamente, la vida de Francisco Montes, el *Napoleón de los toreros*; inutilizado está el *Tato*, al que no se puede negar competencia en el ejercicio de su profesión. Cayetano Sanz, al que ví torear en sus últimos años, le ví también repetidamente silbado é insultado, por no poder acabar con sus toros y nadie niega su maestría; y *Costillares*, y *Romero*, y *Cúchares*, y el *Chiclanero*, y todos los toreros, en fin, han tenido tardes muy

buenas, muy medianas y muy malas. Toreros como los que el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo) desea, tendrían que ser, ó bajados del cielo, ó fabricados de encargo, y por desgracia, ni una ni otra cosa puede hacerse.

Las comparaciones son siempre odiosas, pero cualquiera que sean las deficiencias que puedan tener en su profesión *Lagartijo* y *Frascuero*, no es posible negar que han llenado con decoro, y aun con gloria, los primeros puestos en el toreo durante un cuarto de siglo; que han matado algunos miles de toros, casi siempre con aplauso, en todas las plazas de España; que han conservado su prestigio con no escasos esfuerzos de inteligencia y de valor; y me parece poca autoridad el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo — dicho sea sin ofensa— para pretender pasar la esponja sobre todo esto, y ostentar tanto desdén para las opiniones ajenas y tanta vanidad en las propias.

Caridad, apreciable joven, caridad; menos difícil que matar un toro es escribir una carta de columna y media, teniendo tiempo para

pensar lo que se escribe, y sin embargo, ya ve el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo), los errores en que ha incurrido.

### LA PUNTILLA

¡Pobre GONZALO! á mi ver,  
Tu locura es singular;  
¡Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer!

(MORATÍN Y YO)

Pues, como iba diciendo, la *Paulina* que administré al Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo) en el artículo *Toreros de encargo*, por meterse á deshora donde no le llamaban, hubo de trastornar el alhorre á mi contrincante, y ardiendo en santa ira y echando fieros y venablos, por habersele probado á la faz del universo-mundo que andaba muy verde en gramática, se descuelga con un escrito kilométrico, haciendo como que contesta á mi artículo, plagiándome de camino el título y desatándose en impropiedades, ya que



de razones, se encuentra, al parecer *fallo al palo* (1).

Pero, compadre, si usted mismo se fabricó el látigo, ¿por qué se queja tanto de los latigazos?

¡Y qué forma tan tabernaria y tan macarrónica! A qué viene, hablarnos del *requesón* y de la *leche* y del *óle* y del *requeteóle* y del *jumo* y de las *patuditas*... ¡Qué tiene que ver toda esta ensalada, con lo que se discute!

Mi iracundo contradictor, ignora por lo visto, la diferencia que existe, entre el tono festivo y picante en que puede hacerse una crítica razonada y decente, y el lenguaje dislocado y chavacano, impropio de todo escritor, que, valga poco ó mucho, se estime en algo como particular.

No he de seguirle yo en este terreno. Poco trabajo me costaría desmenuzar los articulejos que ha escrito, y presentar á mis lectores al buen D. Gonzalo, hecho un escarabajo li-

---

(1) Los artículos del Sr. D. Gonzalo Sánchez de Neira se publicaron en *La Pica* de Barcelona, números 22, 24 y 26 del año 1888 y *El Sinapismo* de Madrid, números 7, 11 y 13 del mismo año.

terario; mas no voy, repito, por semejante camino. Juzgue el lector lo que cada uno de nosotros sea y valga, y concretémonos á la cuestión.

Ya que el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo) tomó la pluma para contestar á mi artículo, lo primero á que estaba obligado, era á rebatir las afirmaciones que enfrente de las tuyas sostenía yo; pero no lo ha hecho así: guarda un significativo silencio, lo cual quiere decir en buen romance que no encuentra un resquicio por donde salir, y ni aun aquel adjetivo *divino*, que tanto le sacó de sus casillas, lo hace ya objeto de discusión.

Hay, no obstante, algo más risible que este silencio, y es, el palmetazo que pretende darme respecto al único punto de que trata en su escrito,—ó sea, á la acepción de la palabra maestro,—preguntándome, por qué no me he fijado en la primera definición del *Diccionario de la Academia*, que es la siguiente: «*Maestro*: el que enseña una ciencia, arte ú oficio, ó tiene título para hacerlo.»

Pero, Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo),

si yo no he sostenido que Rafael fuera maestro porque se dedicara á la enseñanza del toreo, sino porque ejecutaba con maestría las suertes, ¿cómo había de buscar, ni aplicar la acepción de la palabra en tal sentido?

¿O es, que no se puede llamar á nadie maestro, si no lleva el título en el bolsillo y se dedica á dar lecciones?

No debe ser así; porque según nos dijo el maestro Ciruela en su primer artículo, maestro en un arte, es *el que sabe hacer y hace cuanto en él se conoce*.

¿No es eso, *Don Contradicciones*?

Eso debería ser, según la absurda definición expresada; pero ahora resulta que don Gonzalo no está de acuerdo consigo mismo, y que no siendo profesor, como lo fueron Romero y Cándido en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, no habiendo escrito preceptos como Montes y *Pepe-Hillo*, ó no habiendo dado lecciones, como las dió Cayetano á los sócios del Jardinillo, ni á tiros le concede á nadie el dictado de maestro; y es una injusticia, que no se le otorgue al Medrano, que

también da lecciones á todos los novilleros en la plaza de Madrid.

Siguiendo el delicioso criterio de mi antagonista, una mañana que yo me levante de buen humor, escribo media docena de preceptos sobre el arte de torear, y quedo *ipso facto*, convertido en maestro. Vaya un modo de discurrir.

Pero lo más chistoso del caso es, que el mismísimo D. Gonzalo, se olvida de lo que está sosteniendo, y en un párrafo de su artículo, llama implícitamente maestro á Rafael, puesto que califica de *discípulo* suyo á *Guerrita*.

Tengo para mí, que sólo por terquedad ó cuestión de amor propio, pretende negar D. Gonzalo, lo que saben hasta los barren-deros de la villa; que se llama maestro, al que es inteligente y práctico en cualquier ciencia, arte, oficio ó materia, cuya ejecución requiere cálculo, habilidad ó destreza; sin que sea condición precisa dedicarse á la enseñanza, pues en este caso, se denomina al que la ejerce, más propiamente que con

el nombre de maestro, con el de profesor ó catedrático.

Y termino, por mi parte, esta polémica, que de fijo es ya enojosa para los lectores, no sin rogar antes al Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo), que á la persona que le haya indicado—porque eso no ha salido de su caltre,—que ningún autor clásico dice *me extraña*, sino *extraña sin me*, le pida el dinero que le haya llevado por la noticia.

Sin meterme á rebuscar autores, en los que encontraría citas á docenas, tengo por casualidad sobre mi mesa las *Correcciones fraternas* de D. Fermín Caballero, libro que no conoce D. Gonzalo, pero que es de los más clásicos de nuestro idioma, y hojeando algunas de sus páginas, leo en la tercera de la *Quinta correccion*, el siguiente párrafo que viene de molde:

«No es mucho, pues, que se hayan visto *Burros flautistas*, *Bichos parlantes*, y *Perrros sapientes*, ni ME EXTRAÑARÁ que se encuentren *Beceros geógrafos*.»

¿Le parece á usted *extraño* esto, amigo

D. Gonzalo? A mí sí que me causa usted, no *extrañeza*, sino verdadera admiración.

«Y nadie llegue á indicar  
Que es mi admiración culpable,  
Pues yo osaré replicar,  
Que el mundo debe admirar  
A un hombre tan admirable.»

Con que, buenas tardes D. Gonzalo, sabe usted que se le quiere; pero mucho cuidado otra vez con lo que se escribe.

CARTA DEL OTRO MUNDO

*Valle de Josafat*, 2 de Junio 1888.

Sr. Director de *El Sinapismo*.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Aquí recibimos diariamente los periódicos que se publican en ese mundo, del que todavía conservo gratísimo recuerdo; y leyendo esta mañana el número 13 de *El Sinapismo*, correspondiente al 31 de Mayo, me

fijé en un artículo titulado «Últimas palabras», firmado por un señor de *cuyo* nombre no quiero acordarme, el cual ha tenido á bien estropear el final de mi fábula «El oso, la mona y el cerdo», estampándole como suyo y de Samaniego, en esta desdichada forma:

«Si el sabio no aplaude, malo.  
Si el necio silba, mejor.»

(SAMANIEGO Y YO.)

Pues bien, señor Director, dicha fábula no es de Samaniego, sino mía y muy mía, como puede verse en cualquiera de las numerosas ediciones de mis obras, y *me extraña* que el articulista ignore una cosa tan sabida hasta de los alumnos de primera enseñanza, amén del ultraje que me hace alterando tan ridículamente la moraleja que yo pongo en boca del oso y que dice:

«Guarde para su regalo  
esta sentencia un autor:  
si el sabio no aprueba, ¡malo!  
si el necio aplaude, ¡peor!»

Espero de su amabilidad, señor Director, se sirva disponer la inserción de estas líneas, como protesta del *desahogo* é ignorancia del susodicho redactor, al que debe usted encargar, que en lo sucesivo, procure no dar gato por liebre á sus lectores y vea bien lo que escribe antes de ponerlo en letras de molde.

Dando á usted anticipadas gracias por su atención, y deseando verle por aquí lo más tarde posible, queda suyo afectísimo y seguro servidor q. b. s. m.—TOMÁS DE IRIARTE.

## E P I T A F I O

*A la memoria de una polémica sostenida  
con el Sr. Sánchez de Neira (D. Gonzalo).*

Fíjate, caminante, en esta losa,  
Do yacen tres escritos de Gonzalo,  
Redactados los tres en mala prosa,  
Con intención de sacudirme un palo.

Sintiendo del orgullo el acicate,  
Buscó Gonzalo aplauso á sus escritos;  
Mas dijo en ellos tanto disparate,



Que en vez de escuchar palmas oyó pitos.

Sírvale de escarmiento el varapalo;  
Y ya que vió frustrada su vigilia,  
Jamás tome la pluma el buen Gonzalo  
Si no es para escribir... á su familia.

Abril-Junio, 1888.







## LA MUERTE DE «EL ESPARTERO»

Y LA PRENSA SEVILLANA

---

No necesitará seguramente la redacción de *El Enano* adhesión alguna á la enérgica protesta que formula contestando á las apreciaciones consignadas en algunos periódicos de Sevilla contra la prensa de Madrid en general y *El Enano* en particular, con ocasión de la sensible desgracia acaecida en la Plaza de esta corte al simpático y arrojado espada Manuel García (*el Espartero*).

Son tan razonadas, justas y exactas todas las consideraciones expuestas en la protesta citada, que no habría que agregar á ellas ni una palabra más; pero como quizá no falte

algún espíritu suspicaz que piense que son los redactores de *El Enano* jueces en causa propia, he querido que haya una voz ajena á la redacción, siquiera sea tan poco autorizada como la mía, que diga algo sobre cuestión tan enojosa.

¿Qué decía *El Enano* en su bien escrito artículo *Justicia catalana*, que tanta polvareda ha levantado en la prensa de Sevilla? Pues decía sencillamente lo que pensaban la mayor parte de los aficionados de Madrid. Que si los espadas *Espartero* y *Reverte*, que disfrutaban de tantas simpatías, continuaban por el camino emprendido en las seis ó siete primeras corridas, no satisfacían pronto las esperanzas que habían hecho concebir y no correspondían á lo que había derecho á exigir de su reputación y de sus trabajos anteriores, se les cerrarían las puertas de la Plaza de Madrid. ¿Qué hay en esto de particular? Y sobre todo, ¿en qué pueden influir tales conceptos para ocasionar la catástrofe que todos lamentamos?

El *Gordito*, *Lagartijo*, *Frascuelo*, *el Gallo* y otros diestros de menor categoría han te-

nido temporadas desgraciadísimas en la Plaza de Madrid, que determinaron su alejamiento temporal de ella; han sido censurados acerbamente en la prensa, y á nadie se le ocurrió jamás hacer las afirmaciones peregrinas ni deducir las consecuencias que ha sostenido una parte de la prensa de Sevilla. ¡Pues bueno fuera sentar la teoría de que si un lidiador lee en un periódico un juicio desfavorable á su trabajo, no puede presentarse de nuevo en la Plaza *con la calma y serenidad de que debe ir provisto el hombre que tiene que acometer una lucha un tanto peligrosa, como es la lidia de los toros!*

Además, *el Espartero*, en la funesta tarde del 27 de Mayo, salió á torear cuando todavía resonaba el eco de los muchos aplausos que se le otorgaron en la anterior corrida, y prensa y público habían sido pródigos en sus manifestaciones de entusiasmo al celebrar el acierto y valentía de que dió gallarda muestra ante las reses de D. José Navarro. En el primer tercio de la lidia del toro *Perdigón*, oyó palmas Manuel en dos ó tres qui-

tes hechos con oportunidad y valentía; de modo que ni había hostilidad preconcebida contra el diestro, ni éste pudo hallarse cohibido bajo la impresión desfavorable del público, que sólo deseaba, como desea siempre, que los diestros ejecuten el trabajo á su satisfacción. El desgraciado lidiador cometió la imprudencia inconcebible de arrancarse á matar dando la espalda á un caballo muerto donde el toro tenía querencia y éste *se quedó con él*, pues en lugar de entrarle con muchos pies, como requería la mala condición del bicho, que alargaba el pescuezo, lo hizo con muy pocas facultades y quedándose delante de la cara.

Es, por tanto, querer sacar las cosas de quicio el atribuir á nadie la responsabilidad de una desgracia que la prensa y el público de Madrid han lamentado profundamente, demostrando su sentimiento con manifestaciones por demás expresivas. Si moralmente hay *algo* que pueda ser causa de las muchas cornadas que acribillaron el cuerpo del desgraciado lidiador y de su trágico y desastroso fin, habría que buscarlo en las exagera-

ciones de la prensa sevillana y de los aficionados de aquella hermosa capital, que desde la aparición del *Espartero* en el coso, quisieron presentarle como un fenómeno capaz de poner á caldo á todos los toreros pasados, presentes y futuros, y echaron sobre los hombros de un muchacho simpático, pundonoroso y valiente como el que más, el peso de un nombre y de una responsabilidad que tenía que justificar aun á costa de inminentes riesgos, para responder al *tronío* con que le enviaban sus paisanos.

Todavía recuerdo la gran espectación que hubo en la Plaza de Madrid al presentarse en la segunda temporada del año 1885 el novel matador á recibir la alternativa de manos del *Gallo*, y el desencanto que produjo en el público su trabajo; pues si bien se reconoció que el valor temerario parecía condición ingénita en aquel joven, su desconocimiento absoluto de la forma de estoquear reses, le dejaba indefenso en la hora suprema, poniendo su vida en constante peligro. Fué, sin embargo, simpático á los aficionados de Madrid, que el valor es la pri-

mera y más atractiva cualidad del torero; pero á un peritísimo y viejo taurófilo, que todavía vive, le oí yo decir: «A este chico le han engañado sus paisanos, y si no corrije la forma de entrar á matar, haciéndolo con más rapidez y marcando la salida á los toros con la muleta, ha de recibir muchas cornadas». Vaticinio que por desdicha se ha cumplido y que he recordado muchas veces.

Y es que siempre han tenido vehemente deseo los sevillanos de contar con un matador de primera categoría que pueda competir ventajosamente con los de mayores méritos nacidos en otras localidades, habiendo creído entonces que el Mesías deseado podría ser Manuel García. Respecto á este particular, tuvo *Lagartijo* una frase muy feliz. Agitábase por aquella época la cuestión de las Carolinas y se abrió una suscripción nacional para construir un barco que habría de llamarse *Patria*, por si llegaba el caso de sostener por la fuerza nuestro derecho. Pues bien; en una reunión de amigos, y refiriéndose á los entusiasmos un tanto prematuros de la capital andaluza por el nuevo diestro,



parece que dijo el gran Rafael: «Si los sevillanos pudieran hacer un matador de toros por suscripción, se reuniría más dinero que para el barco *Patria*».

Ni la prensa ni los aficionados de Madrid, que no juzgan al torero con más ó menos pasión porque haya nacido en esta ó en la otra localidad, fueron nunca hostiles para el desgraciado Manuel. Se le censuraban sus defectos, estimulándole para que los corriera y no se aceptaban á cierra ojos los desmesurados elogios de la afición sevillana; pero siempre despertaron gran simpatía las condiciones personales del diestro, su valor, su vergüenza torera y sus excelentes deseos de complacer al público, aun á riesgo de verter su sangre en la arena. Circunstancias inesperadas y ajenas al mérito del lidiador, vinieron más tarde á traerle un gran contingente de partidarios. Las desavenencias surgidas el año 1890 entre *Lagartijo* y *Guerrita*, hicieron que todo el partido lagartijista, el más numeroso que ha tenido torero alguno, se pusiese del lado del *Espartero*, para significar su oposición á *Guerrita*, y puedo

asegurar, porque he presenciado todas las corridas verificadas en esta Plaza, que siempre ha habido más benevolencia para juzgar al *Espartero* que á ningún otro lidiador.

Conste, pues, que la desgracia que todos lamentamos y las numerosas cornadas que acribillaron el cuerpo del *Espartero*, han obedido, en primer término, á su valor temerario, que era, como he dicho antes, condición ingénita en él; y en segundo lugar, á la manera defectuosa de estoquear los toros, que le dejaba indefenso en el momento de la reunión. No tenía el infortunado matador más que dos caminos que seguir: ó estrecharse con los toros y ser con frecuencia víctima de desgraciados accidentes, ó estar despegado de ellos y no cumplir á satisfacción de los públicos.

Siguió casi siempre el primero, porque á ello le obligaban su pundonor, su valentía y la responsabilidad del puesto á que se le había elevado.

La prensa y el público de Madrid no han hecho más que aplaudir mucho al malogrado espada en cuanto ha habido el menor

motivo para ello, no extremar jamás el rigor de sus censuras y hacer una imponente manifestación de duelo por su tremenda desgracia.

#### ACLARACIONES

*Sres. Redactores de EL ARTE TAURINO, de Sevilla:*

Más bien por corresponder á las formas corteses con que esa redacción ha tratado de rebatir las apreciaciones consignadas en mi artículo publicado en *El Enano* de Madrid, que por necesidad de reforzar éstas, voy á molestarles con breves aclaraciones.

Supone la redacción de EL ARTE TAURINO que yo he caído en un lazo que me tendieron mis buenos amigos los redactores de *El Enano*; suposición enteramente gratuita y destituida de todo fundamento, puesto que mi intervención en el asunto fué completamente espontánea, porque creí y sigo creyendo que los conceptos contenidos en el artículo *Justicia catalana* no pudieron contribuir en poco ni en mucho, como absurdamente,

á mi juicio, sostuvo una parte de la prensa taurina de Sevilla, á la catástrofe ocurrida al malogrado Manuel García.

Ustedes podrán calificar de falsas y descabelladas las ideas emitidas por mí, respecto al trabajo del infortunado diestro; pero el hecho es, que lo mucho que le castigaron los toros demuestra evidentemente la poca defensa que tenía como estoqueador; no creyendo yo qué sea escarnecer la memoria del que desempeñó en vida un ejercicio ó arte que cae bajo el dominio de la crítica, señalar los defectos que al lado de otras brillantísimas cualidades ostentara; tanto más, cuanto he dicho en todos los tonos, que era *valiente como ninguno*, cualidad primera y esencialísima en un torero, que le abrió las puertas de todas las plazas de España.

*Tampoco admitimos*—dicen ustedes—que se afirme que el *Espartero* recibiera la alternativa en Madrid de manos del *Gallo*. Y yo les contesto, que quieran ó no quieran, tienen que admitirlo; toda vez que Fernando Gómez dió en Madrid la alternativa al *Espartero* en la corrida verificada el 14 de Oc-

tubre de 1885, cediéndole el primer toro, de nombre *Pichón*, de la ganadería de doña Teresa Núñez de Prado; y no creo que la investidura de matador de toros se ajuste á más ceremonial que éste. Conste, pues, que no he tenido que revolver papeles, consultar obras, ni calentarme la cabeza, para asegurar que el *Gallo* dió la alternativa *en la plaza de Madrid* al *Espartero*; lo cual no es negar que la recibiera antes en la plaza de Sevilla de manos del *Gordito*. He dicho la verdad, y nada más.

Sobre si deben ó no deben confirmarse en Madrid las alternativas de Sevilla, emite esa redacción voto negativo, invocando como precedente el ocurrido en la semi-novillada que se dió en esta corte el 4 de Marzo último, espectáculo que ni la Empresa al anunciarlo se atrevió á calificar de corrida de toros. No me parece ocasión oportuna la presente para entrar en esta cuestión; pero frente al caso que ustedes citan, que por cierto fué censurado por toda la prensa taurina de Madrid, y en el que intervinieron diestros de tan escasa autoridad en el arte, como *Torerito*,

*Quinito* y *Faico*, está lo que hizo el *Gallo* que no debe ser persona sospechosa para ustedes, con el asentimiento del mismo Manuel, y la conducta observada recientemente por el indiscutible, inviolable é insustituible Rafael Guerra, monarca sin rival entre los actuales matadores de toros, aunque no ha nacido en Sevilla, dando solemnemente la alternativa al diestro sevillano Emilio Torres *Bombita*, en la 12.<sup>a</sup> corrida de abono celebrada en la plaza de Madrid el 27 del pasado mes de Junio.

No he negado yo ni podía negar que esa hermosa y privilegiada tierra ha producido muchos y buenos matadores de toros; lo que he afirmado y afirmo es que los aficionados sevillanos han deseado contar *en todas las épocas del toreo* con un matador de toros que iguale y aún exceda á los mejores nacidos en otras localidades; y como desde la desgracia ocurrida al inolvidable Antonio Sánchez el *Tato*, hace ya un cuarto de siglo, las dos grandes figuras del toreo, *Lagartijo* y *Frascuelo*, no eran de Sevilla, buscaban con vehemencia los sevillanos un lidiador de

excepcionales cualidades para ocupar un puesto preeminente en la tauromaquia y pensaron hallarlo en Manuel García el *Espartero*.

Creo, por tanto, que mi afirmación es perfectamente razonable y no tiende á rebajar ni en un ápice á los muchos célebres matadores sevillanos que tanto lustre y gloria han dado á nuestra fiesta nacional.

En lo que no puedo estar conforme, porque lo considero una heregía taurina, es en que ustedes, á quienes tengo por buenos aficionados, lleven su apasionamiento hasta el punto de decir, que en Sevilla ha existido un matador de toros, Antonio Carmona el *Gordito*, que fué el asombro de su época. El *Gordito* fué, en efecto, un asombro como banderillero, un fenómeno jugueteando y haciendo suertes de adorno con las reses, y un verdadero maestro toreando; pero su trabajo como matador de toros fué en general deplorable. Numerosas razones y datos demostrativos de esta opinión podría aducir; mas sería cruel hacerlo, tratándose de un diestro que se halla retirado del palenque y

que merece toda clase de respetos por haber sido una de las más brillantes figuras del toreo. Pregúntenle, no obstante, y *con mucha reserva*, lo que opina sobre el caso á mi amigo D. Braulio, á quien desde aquí envío un cariñoso saludo, y estoy seguro que votará conmigo.

Mucho celebraré que estas ligeras aclaraciones atenúen el mal efecto que sin duda produjo á ustedes mi carta y calmen también la irritabilidad de *La Muleta* y algún otro periódico sevillano, que, según me dicen — pues yo no he podido haberlos á la mano — hánme puesto de oro y azul.

Madrid, Julio 1894.







## PARA RECTIFICAR

~~~~~

Mi egregio amigo D. José Sánchez de Neira, dió de mano en la semana última á sus perseverantes trabajos de carácter técnico, dedicados á enriquecer la preceptiva del arte taurino, y poner al alcance de todas las inteligencias los principios que legaron á la posteridad José Delgado y Francisco Montes; y abriendo un paréntesis en su ardua y abrumadora tarea, llevó á las columnas del número 34 de *La Lidia*, un artículo titulado *Optimismo*, del que copio el siguiente párrafo:

«¿Qué nos importa que *Guerrita* y sus

compañeros en la corrida á beneficio de la Cruz Roja, después de anunciar que trabajaban gratis, hayan cobrado cada uno mayor suma de la que ordinariamente perciben en funciones corrientes?»

Esta injusta acusación del Sr. Neira, hace precisa una rectificación categórica y contundente, que viene obligada á hacer la misma *Lidia*; pues elogiado en sus columnas repetidamente el desinterés de *Guerrita* por dos de sus más autorizados redactores, *Don Jerónimo* y *D. Cándido*, si fuera cierto lo que se dice en el párrafo transcrito, resultarían risibles tales elogios, siendo así que lo risible es la afirmación del Sr. Neira.

No pudiendo atribuirle á mala fe, tratándose de persona tan veraz y respetable, tiene que ser producida por ignorancia del asunto; y como una de las obras de misericordia es enseñar al que no sabe, dire á mi amigo D. José:

Que *Guerrita* se ofreció á tomar parte en dicha corrida sin retribución alguna, como así lo verificó.

Que acordado espontaneamente por la Co-

misión organizadora, abonar sus sueldos á los banderilleros, picadores y puntilleros como en corrida ordinaria y sufragar á las cuadrillas los gastos de viaje, fonda y coche, correspondió á la de *Guerrita* por todos estos conceptos, la suma de dos mil cuatrocientas treinta pesetas, pero sin que de ella fuese un solo céntimo para el matador.

Ahora bien; si *Guerrita* cuando torea en Madrid percibe como es sabido seis mil pesetas por corrida, el mismo Sr. Neira podrá juzgar la veracidad de lo que con notoria ligereza ha dicho al ver (así consta en las cuentas) que sólo se abonaron dos mil cuatrocientas treinta, y éstas fueron para la cuadrilla, por los conceptos que se indican..

Queda, pues, demostrado, que *Guerrita* no cobró ni más, ni menos, ni lo mismo que en otras corridas en la de la Cruz Roja, sino que toreó gratis como había ofrecido, é igual conducta observaron los demás matadores que tomaron parte en ella; resultando, por tanto, la aseveración del Sr. Neira, completamente inexacta.

Sin duda equivocó la corrida de la Cruz

Roja con la del *Reina Regente*. En ésta, si es efectivamente cierto que los espadas Mazzantini, *Jarana*, Reverte, *Bombita* y Lesaca, percibieron íntegros los sueldos que tenían asignados en las corridas ordinarias; y *Guerrita* que no toreó, hizo un donativo de cinco mil pesetas en metálico, para el caritativo objeto á que se destinaba el producto de la fiesta.

Y aquí debería terminar mi rectificación; pero ya que tengo la pluma en la mano, no puedo menos de manifestar á mi amigo Neira, la extrañeza que me produce ver su constante enemiga con el diestro Rafael Guerra. ¿A qué puede obedecer que un aficionado como D. José, que entiende de toros, no desperdicie ocasión para censurar con saña impropia de su edad y de su temperamento, al primer torero de esta época, y en cambio elogie y cubra con el manto de su benevolencia al cúmulo de medianías que pululan por las Plazas?

No pueden guiarle los móviles que impulsan á dos ó tres revisteros que escriben críticas acerbas y apasionadas contra *Guerrita*,

porque la integridad y honradez de Neira están fuera de toda discusión; pero tengo para mí que el amor propio entra por mucho en esta desdichada campaña.

D. José ha sostenido siempre que *Guerrita* no llegaría á ser una eminencia en el toreo. Al tomar la alternativa ya le pareció que *no estaba maduro* para obtenerla. Y cuenta que el *neófito* llevaba toreando diez años, seis de ellos en cuadrillas de tanto peso é importancia como las de *Lagartijo* y *el Gallo*, y era un fenómeno como banderillero. ¿Qué debería decir de estos noveles matadores que obtienen la investidura de tales, con sólo torear una temporada en clase de novilleros?

Si entresacara de la colección de artículos publicados por Neira en varios periódicos, todos los juicios y conceptos depresivos que en el transcurso de seis ú ocho años ha emitido de *Guerrita* como torero, de seguro que daba un mal rato á mi buen amigo; pues reconocido ya por tirios y troyanos el célebre diestro como la primera figura del toreo, resaltaría más la injusticia de aquellas desca-

belladas apreciaciones, y se pondría de manifiesto la ninguna influencia que ejercieron en la opinión de los aficionados; *tribunis risis*, que decía *El Padre Cobos*.

No se pueden cerrar los ojos á la evidencia. *Guerrita* es hoy, como *Lagartijo* y *Frascuero* ayer, la figura preeminente de la tauromaquia. Tiene defectos como los han tenido los más grandes toreros; pero tratar de empequeñecer su mérito con juicios apasionados y reticencias de mal gusto, y ensalzar deliberadamente á otras medianías para colocarlas á su nivel, puede parecer algo así como despecho por haber fracasado D. José en su profecía, y hasta dar lugar á que se le confunda con esos revisteros, dedicados casi exclusivamente á narrar las proezas del *Patata*, el *Aqualimpia*, *Brazo fuerte* y el *Niño del Guarda*.

Y conste que estas observaciones, que consigno exclusivamente por amor á la verdad, no tienden á menoscabar la autoridad de Neira, al que profeso cariñoso afecto hace muchos años, ni pudiera hacerlo en justicia, tratándose del autor del *Diccionario Tau-*

romáquico, obra importante y meritísima, que, si escasa de condiciones literarias, dislocada en su sintáxis y no exenta de errores, constituye un brillante trabajo de investigación, y un inagotable manantial de curiosas noticias histórico-taurinas, cuyo subido valor no amenguan los reparos expuestos. Errores de bulto contiene el *Diccionario de músicos* de Saldoni, que tampoco está escrito en castellano, y, sin embargo, todo el que se ocupe de estudiar la música española, viene obligado á consultarlo, como ineludible es acudir al magnífico libro de Neira, para cualquier estudio serio que se relacione con nuestra fiesta nacional.

Pero todos estos méritos, que paladinamente reconozco, con ser muchos, no bastan para dar patente de infalibilidad al distinguido taurófilo;

*Porque si á veces dormitaba Homero,
bien puede Neira echar un sueño entero.*

ME AFIRMO Y ME RATIFICO

Quién había de pensarlo,
quién había de creer,
el que fuera tan *soberbio*
tan *soberbio* don José.
(*La caza del oso*).

Pero, Sr. D. José Sánchez de Neira: ¿quién le ha dicho á usted que yo prefiero la nueva amistad de un torero á la antigua que nos profesábamos con verdadero cariño? En Dios y en mi ánima juro, que yo le sigo profesando á usted el mismo afecto de siempre, y que por mi parte no considero extinguida, ni aun entibiada, la buena, sincera y desinteresada amistad que ha mucho tiempo nos une.

¿O es que proclama usted la novísima teoría, de que cuando un amigo rectifica á otro cualquier error ó disiente de su opinión, ha de quebrantarse *in continenti*, ó romperse por completo la amistad?

Porque en sustancia lo ocurrido es, que habiendo usted afirmado que *Guerrita*, después de anunciar que trabajaría gratis en la

corrida de la Cruz Roja, había cobrado mayor suma de la que ordinariamente percibe, rectificué yo esa afirmación y demostré que no era cierta, según usted mismo noblemente reconoce. Si figuró entre las partidas de gasto la de seis mil pesetas, como sueldo de Guerra, y las correspondientes á los demás matadores, fué con el laudable propósito de que estos donativos no pasaran á engrosar el producto líquido de la fiesta, en el que había de clavar su caritativa garra el *general* Bartolo, acaparando el 50 por 100. De modo que estaba yo en lo firme al hacer la rectificación.

Dice usted, y dice bien, que *Guerrita*, como todo el que trabaja para el público, está obligado á sufrir las correcciones y censuras que se le dirijan; pero ¡viven los cielos! que de esta máxima se exceptúa usted sin duda, y ¡guay! del que ose discutir ó rectificar una tilde de sus escritos, porque incurre *ipso facto* en la pena de excomunión mayor. Aquí sí que viene bien el proverbio *justicia y no por mi casa*.

No he de meterme á fondo en el trasno-

chado asunto que usted tiene á bien resucitar, ni seguirle paso á paso en las dos mortales columnas de su artículo; (1) pero sí me será permitido decir que no corresponde la forma un tanto desdeñosa y autoritaria empleada por usted, con la muy cortés, humorística y cariñosa de mi escrito, en el que hice salvedades honrosísimas para su persona.

Tampoco he de discutir, porque está ya discutido hasta la saciedad, lo que *Guerrita* vale como torero; limitándome á advertir á usted, que el argumento Aquiles que presenta para notarle de mal matador de toros; haber sido cogido al entrar á matar en la última corrida que toreó en Madrid, es de lo más inocente y candoroso que he visto.

Al arte del toreo, mi Sr. D. José, se le llama por antonomasia «el arte de *Pepe-Ilo*», y sin embargo, á este gran maestro le mató un toro en el acto de consumir la

(1) El artículo de referencia titulado *Vindicación*, se publicó en *La Lidia* del día 6 de Abril de 1896.

suprema suerte. A *Curro Guillén* le sucedió lo mismo; y Montes y Cayetano, y Domínguez y *el Tato*, y todos los grandes toreros han tenido cogidas al practicarla; y su ídolo de usted en estos tiempos, *Frascuelo*, al que con tanta justicia elogia, ha sido muy castigado por los toros al arrancarles con la valentía y guapeza que en él eran proverbiales. ¿Qué le parece á usted de ello, mi dulce amigo?

Ni siquiera me agradece usted con sinceridad que le considere entendido en cosas de toreo, pues me echa en cara que personas más competentes le confirieron ese diploma treinta años antes de que yo viniese al mundo de la tauromaquia, lo cual sólo demuestra que yo nací veinticinco ó treinta años después que usted, cosa que celebro muy de veras.

Hace ya bastante tiempo dije, en efecto, que su *Diccionario tauromáquico* era una obra importante y meritísima, como he vuelto á repetirlo, porque es verdad, en el artículo que tanto ha escocido á usted, lo cual no excluye que tenga muchísimos errores, dis-

culpables por otra parte en trabajos de esta magnitud. Ahora que va usted á publicar una nueva edición por cuadernos, ya verá cuánto tiene que corregir. Dios le conceda larga vida para que salga su obra perfecta, que no será yo entonces el último en elogiarla (1).

Paso por alto algunas ofensillas veladas que usted me dirige, porque me hago cargo de su estado de ánimo al escribir el artículo *Vindicación*, y porque, dicho sea sin ofensa, soy menos quisquilloso que usted.

Y proponiéndome no volver ya sobre este asunto, que es en verdad poco interesante para los lectores de *La Lidia*, termino reiterándole á usted mi siempre cariñoso afecto y buena amistad; pero haciéndole la especial recomendación de que no dé acogida y autoridad con su firma á esas hablillas y falsas afirmaciones que recaen en perjuicio de ter-

(1) Cumplí con gusto esta promesa en un artículo que va inserto en este volumen, celebrando la nueva edición que del Diccionario publicó Neira, infinitamente superior á la primera.

cero, porque en eso soy inflexible, y me vería en la necesidad de rectificar.

No propales las mentí-
que digan cuatro embusfé-;
porque serás correjí-
cuando des gato por lié-.
Dedícate con empé-
(aunque es obra de romá-);
á rectificar los yé-
que tiene tu Diccioná-,
tarea en que por lo mé-
habrás de invertir seis á-.

Abril, 1896.







LA SUERTE DEL VOLAPIÉ

AL SR. D. JOSÉ SÁNCHEZ DE NEIRA

Mi siempre querido amigo: Hace tiempo que me asalta una duda respecto á la buena práctica de la suerte de matar á volapié; y aunque *casi* tengo ya opinión formada sobre el punto en cuestión, deseo ilustrarla con un voto para mí de mayor cuantía, como es el de usted, gran definidor de todas las suertes de la tauromaquia. ¿Será usted tan amable que me otorgue su benevolencia en esta demanda? No puedo dudarle un momento, dada su exquisita cortesía, y entro en materia sin más preámbulo.

En los últimos años que toreó el inolvidable *Lagartijo*, fué, como todo el mundo sabe, objeto de ágrías y enérgicas censuras, porque al arrancarse á matar los toros daba su famoso paso atrás, cosa que se calificaba de *tranquillo* de mala ley, que desvirtuaba por completo la ejecución de la suerte, según la definen los más autorizados maestros. No le servían de disculpa al incomparable torero aquellas magistrales y artísticas faenas de muleta practicadas con los toros nobles, faenas, que dicho sea de paso, no hay en el día quien ejecute con tanta elegancia y perfección, aun incluyendo al mismo *Guerrita*; ni le servía tampoco *hacer polvo* á los toros con grandes estocadas puestas en lo alto. La ovación y el aplauso eran en el momento imponentes; pero los revisteros *profesionales* echaban agua al vino y ni una sola vez dejaban de censurar el paso atrás. Realmente era este un grave defecto en Rafael, compensado por las muchas bellezas de su toreo, que cubrieron sobradamente aquella y otras deficiencias en largo período de tiempo.

El modo de practicar la suerte de volapié,

según lo explica Montes en la primera edición de su *Tauromaquia*, pág. 185, consiste: «en armarse el diestro para la muerte sobre corto por razón de que el toro no arranca, lo cual es requisito preciso para la suerte: estando, pues, armado así, se espera el momento en que el toro tenga la cabeza natural, y yéndose CON PRONTITUD á él, se le acerca la muleta al hocico bajándola hasta el suelo para que humille bien y se descubre, hecho lo cual se mete la espada, saliendo del centro con todos los pies.»

La explicación que usted hace de esta suerte en su magnífico Diccionario es análoga á la de Montes; pero omite un punto *esencial* y es el de que el matador se vaya hacia el toro CON PRONTITUD, circunstancia en mi concepto absolutamente necesaria, pues ejecutándose la suerte con toros *quedados* y que no han de hacer nada por el diestro, si éste no se arranca con gran rapidez, no puede traspasar ni el pellejo del animal. Por esta razón ciertas estocadas que usted y otros revisteros más ó menos «remarcables» califican de *eléctricas* ó á *tiro rápido*, se ajus-

tan en su ejecución, ni más ni menos que al precepto de la PRONTITUD, recomendado por Francisco Montes.

En lo que no creo que quepa duda es, en que una vez perfilado el matador á la distancia conveniente para irse hacia el toro, ya no puede hacer, ni siquiera iniciar un movimiento de retroceso, sin desvirtuar la ejecución de la suerte. Este fué el pecado original del volapié de *Lagartijo* en su última época, y por ello, como he dicho antes, se le dirigieron enérgicas censuras.

Pues bien; en la actualidad, el pundonoroso torero Luis Mazzantini, que es de los que con más holgura y precisión practica en algunas ocasiones la suerte del volapié, incurre *siempre* en el defecto de Rafael, si bien menos pronunciado, dando un paso atrás con el pie derecho, después de perfilarse con los pies unidos para arrancarse á matar. Y no se diga que el atrasar el pie derecho sea para afianzar el viaje, porque el viaje se afianza—y así lo hacía *Frascuélo*—adelantando el pie izquierdo al emprenderle.

Como ningún revistero hace mención de

este movimiento de retroceso, y usted mismo que es tan severo en sus apreciaciones relativas á otros diestros, dice que Mazzantini practica el volapié tan magistralmente como pudo hacerlo *Costillares*, me ocurre preguntar lo siguiente:

¿Es lícito al matador de toros, dentro de las buenas prácticas de la suerte del volapié, iniciar el más leve movimiento de retroceso después de perfilado para entrar á matar?

Yo entiendo que no, y me acompaña en mi opinión un voto de calidad, que para usted no será recusable: el del arrojado Salvador Sánchez (*Frascuero*), al que oí decir en una reunión de aficionados, que *cuando se perfila el espada para arrancarse á matar, debía abrirse un pozo detrás de sus pies para que así se viera quién ejecutaba la suerte con valentía y como Dios manda, y quién la falsificaba con subterfugios y camamas.*

Creo que el gran Salvador estaba en lo firme; pero como al mismo tiempo observo que usted y los revisteros en general no pararán mientes en esto, formulo la pregunta indicada, confiando en que con su reconocida

competencia y acreditada bondad, contestará á su siempre afectísimo amigo, L. C. y M.

RECARGANDO EN LA SUERTE

En el número 8.º de *Sol y Sombra*, correspondiente al día 10 del actual, expuse algunas consideraciones relativas á la suerte de matar á volapié, y dirigí á mi buen amigo D. José Sánchez de Neira la pregunta siguiente: ¿Es lícito al matador de toros, dentro de las buenas prácticas de la suerte del volapié, iniciar el más leve movimiento de retroceso después de perfilado para entrar á matar?

El Sr. Neira, con la amabilidad que es en él característica, me contesta en el número anterior de este semanario, diciendo que si la memoria no se me hubiese ido en esta ocasión, recordaría que en el número 33 de *La Lidia*, correspondiente al día 27 de Noviembre de 1892, está contestada mi pregunta. La verdad, como no es fácil tener metido en la cabeza el contenido, ni aun si-

quiera el índice de los muchos y buenos artículos que para lustre de la literatura taurina ha escrito el laborioso é infatigable don José, no recordaba el titulado *Vicios ó costumbres*, que desde luego me he apresurado á consultar, sin que por desgracia haya obtenido el resultado satisfactorio que esperaba.

Dos párrafos hay en el artículo que pueden convenir á nuestro asunto. Dice el primero:

«¿Quién, que lo haya visto, puede olvidar aquella graciosa patadita del *Tato* al arrancarse al volapié? Consistía en alzar la pierna derecha, como si jugase á la pata coja, y adelantar con ella el paso necesario para herir: y de este modo, ni perdía terreno yéndose atrás, ni perjudicaba la buena ejecución de la suerte.»

Como se ve por lo dicho, el *Tato alzaba la pierna derecha*; pero al sentarla en el suelo, *adelantaba con ella el paso necesario para herir*, con lo cual, como dice muy bien el señor Neira, *ni perdía terreno YÉNDOSE ATRÁS*,

ni perjudicaba la buena ejecución de la suerte.

El segundo párrafo es como sigue:

«También, á semejanza del *Tato*, *echa atrás*, aunque sin encorvarla, su pierna derecha el espada Luis Mazzantini; de modo que tampoco pierde terreno, puesto que no mueve el pié izquierdo de su primitiva colocación.»

No comprendo la semejanza que puede haber entre lo que hacía el *Tato* y lo que hace Mazzantini: aquel, según el Sr. Neira, ALZABA LA PIERNA DERECHA; pero al sentarla en el suelo ADELANTABA *con ella el paso necesario para herir*, y éste ECHA ATRÁS LA PIERNA DERECHA *y sienta el pié en el suelo*, ATRASÁNDOLO; de modo que aunque tenga fijo el pié izquierdo, siempre realiza con el derecho un movimiento de retroceso. Aquí viene bien aquello de que media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que es todo lo contrario.

Añade el Sr. Neira en los breves renglones que me dedica, que el hombre que tenga una pierna fija en el suelo como si estuviera

atada á un poste, no hay medio de que por irse atrás con la otra pierda terreno ni se caiga en pozo alguno; á lo que contesto—y esto es de sentido común—que el hombre que tenga juntos los pies en el suelo y esté abierto un pozo detrás de él, como atrase uno de los pies y vaya á sentarlo en firme, se viene abajo de seguro.

Estas ambigüedades y logomaquias de mi respetable y simpático contrincante me afirman en la idea que tengo de que el matador debe *arrancarse* desde donde *para*, sin retroceder con ninguno de los pies una vez colocado en suerte, que es lo que hacían el *Tato* y *Frascuelo*; y que todo lo que no sea esto, desvirtúa en parte la buena ejecución de la suerte de matar.

Hay en las líneas del Sr. Neira otra proposición que es absolutamente gratuita y desatinada, como voy á demostrar ahora mismo. Sosteniendo yo que la entrada al volapié debe ser rápida y que no están en lo cierto los que califican de *eléctricas* las estocadas que se dan con la *prontitud* recomendada por Montes, dice el Sr. Neira «que

prontitud no es aceleramiento, ni rapidez, y mucho menos velocidad.»

Pero esta peregrina acepción de la palabra *prontitud* debe haberla adoptado mi buen amigo para su uso particular, porque para los demás es completamente absurda; y á fin de probar que no hablo al aire, aquí traigo el *Diccionario de la Lengua castellana por la Real Academia Española*, edición vigente de 1884. Abriéndolo por la página 871, leo lo siguiente:

«PRONTITUD.—Celeridad, presteza ó velocidad en ejecutar una cosa.»

«PRONTAMENTE. — Apresuradamente, con prisa ó celeridad.»

«PRONTO.—Veloz, acelerado, ligero.»

Creo que el Sr. Neira no recusará el texto citado, que es el más legal para el caso, ni volverá á decir «que *prontitud no es aceleramiento, ni rapidez, y mucho menos velocidad.»*

Y en vista de lo que resulta de autos, puede y debe afirmarse que para ejecutar la suerte del volapié en la forma establecida por Francisco Montes, hay que irse al toro

con *prontitud*, ó lo que es lo mismo, con esa *velocidad* tan censurada por algunos críticos y tan recomendada por el *Napoleón de los toreros*.

Junio, 1897.







CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES

**Carta abierta dirigida al "Tío Capa,,
distinguido revistero de toros del periódico
"El Globo,, y apoderado del diestro
Mazzantini.**

Quién demontres te sugirió, mi queridísimo *Capa*, la descabellada idea de publicar la noticia que tanta polvareda ha levantado, respecto á la retirada de *Guerrita*? ¡Y con qué comentarios la aderezabas, tan malévolos y denigrantes para el famoso cordobés! Se iba de los toros, entre otras razones, porque era *muy amante de su dinero*, y no cabía duda acerca de la verdadera fuga del diestro, puesto que no había emprendido viaje á Barcelona, donde tenía que matar los *inevitables* Saitillos.

No era necesario que el aludido desautorizara el *infundio*, como lo hizo de una manera terminante en cuanto llegó á sus oídos, para que todo el mundo, al saber que eras tú el propalador de la especie, se comiese la partida, y trayendo al magín el consabido *¿Quid prodest?* hiciera al punto el siguiente silogismo:

¿A quién aprovecharía en primer término la retirada de *Guerrita*? Al diestro Mazzantini, que torearía en este caso doble número de corridas.

¿Quién ha lanzado la noticia á la publicidad? *El Tío Capa*, apoderado del susodicho diestro Mazzantini.

Ergo la cosa tiene todos los caracteres de un *canard*, y hay que ponerla muy en cuarentena, dada su sospechosa procedencia.

Total: una situación completamente falsa para tí y un flaco servicio prestado á tu poderdante.

Llamas á *Guerrita*, en son de burla, matador de los *inevitables* Saltillos, y me sorprende mucho, mi querido *Capa*, que hombre tan conocedor, como tú lo eres, de las